



¡Me ha dicho mamá  
que no me quieres!

mami,  
¿tú elegiste a mi papá?

*Carmen Serrano*



¿Somos padres o solo progenitores?

E  
a  
l s  
r  
e d t  
v  
n o  
i e e  
c e  
p  
e d s n  
d e  
n i  
b l t n  
s u  
n  
d n u s  
d r  
p u  
s a n  
e



c

í

q

■

T

e

2

a

Título original: *¡Me ha dicho mamá que no me quieres!*

Carmen Serrano, 2013

Ilustrador: Maricruz Gisbert

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Los niños ni son cosas  
ni mercancía privada.*

# Prólogo

Un padre o una madre no se hacen de un segundo para otro. No entras en una sala judicial siendo progenitora y sales siendo una madre. No entras en la sala siendo un progenitor que solo les has dado un besito por la noche al llegar del trabajo, y sales de la sala convertido en el padre que los hijos necesitan, quieren y admiran, porque eso hay que ganárselo, seguramente renunciando a muchas horas que se invierten en el trabajo o con los amigos, y que ahora se roban a los hijos cuando más lo necesitan. ¡La infancia dura tan poco!

En nuestras carreras profesionales, los *galones* y los *títulos* los otorgan los magistrados, los catedráticos o los notarios. A más horas, más títulos, más peldaños ascendidos. A más dinero, más bienes materiales. Pero ante los hijos, son las horas de sueño; las horas con ellos en el parque; haciendo los deberes juntos; llevándolos a la

visita con el pediatra; levantándoles el ánimo cuando están tristes; ayudándoles tras un suspenso; felicitándoles tras un merecido sobresaliente; haciéndoles saber y creer que pueden conseguir lo que se propongan; y apoyándoles en los partidos que perdieron, no solo en los que ganaron...

Son únicamente esas vivencias las que hacen que nuestros hijos nos otorguen galones, y éstos no los puede dar un juez. Por tanto, cuando solicitemos la custodia compartida, tengamos todo esto en cuenta. Que nuestro egoísmo motivado por un falso triunfo ante un juez no robe a nuestros hijos esas maravillosas vivencias con el padre o madre que sí puede y quiere dedicar dichas vivencias. Si uno de ellos siempre le dedicó más horas, si tiene mayor educación emocional, si sacrificó más por esos hijos sin que ningún juez se lo pidiera, si lo hizo únicamente porque lo sintió, seguramente será el que más galones tenga ante sus hijos, y es a éstos a los que un juez debe escuchar, no solo oír. Los niños, si no son manipulados por

los adultos, difícilmente se equivocan.

Si de verdad tienen educación emocional, difícilmente nieguen a sus hijos horas con su padre o madre.

¿Podrá pensar alguien que yo nunca supe del sufrimiento de las mujeres que tienen que compartir los hijos?

Si es así, si algunas han pensado esto, ¡qué equivocadas están esas personas!

Es precisamente por ellas por las que un día decidí escribir este libro: para que no se repita una y otra vez este sufrimiento. Somos las que iniciamos este proceso, estas historias.

Ya son muchos años viendo cómo sufren amigas, amigos, conocidos y niños, muchos niños. Ya son muchos años viendo cómo la idea que tuvimos un día, cuando éramos más jovencitas y más ignorantes, les ha costado mucho sufrimiento a hijos y a aquellos hombres que elegimos como padres.

Algunas chicas deciden casarse o formar una



familia con un hombre que a lo mejor no es el padre que realmente desean para sus hijos. Y deciden conformarse con ese hombre inadecuado porque simplemente lo aman con el corazón, cuando se sabe que además hay que amar con la cabeza, si hablamos de traer hijos al mundo; o porque, a pesar de que no lo aman, creen que con el tiempo sí lo amarán; o porque ese hombre tiene mucho dinero y esto les proporcionará una vida acomodada, sin complicaciones materiales; o porque, a pesar de ser un bicho raro, también tiene prestigio social y creen que con el tiempo cambiará; o por temor a que se les *pase el arroz*...

En fin, mil y una historias que se desarrollan mientras nadie nos advierte de que cuando soñamos con tener hijos, a esos sueños no les ponemos cara, ni horas de sueño, ni posibles sufrimientos o enfermedades de ellos. Son los sueños que durante años nos inculcaron a las mujeres, sin explicarnos la responsabilidad que asumíamos. Debíamos ser verdaderas madres para

nuestros hijos.

¡Ay, amigas mías, cuánto sufrimiento para las que de verdad sois madres! Cómo lloráis al ver que vuestros hijos tienen que marcharse con su padre, pues sois conscientes de que es necesario para ellos, para su crecimiento personal, pero eso no evita que los echéis de menos, sobre todo cuando aún son tan pequeños. Al principio, es muy duro.

Quiero hacer una declaración de agradecimiento a todas las madres separadas que no abusaron de su poder ante la ley. Que, por encima de ello, fueron madres de verdad.

Habéis sido muy valientes y muy coherentes. Habéis sabido distinguir vuestra relación de pareja de vuestro deber con vuestros hijos, y para ello se necesita mucho valor. ¡Enhorabuena!

Pues teniendo claro que también es una gran enseñanza para vuestros hijos el saber —aprender— que no se trata de seguir viviendo una mentira, que no se trata de aguantar, sino de convivir como

personas que se respetan y no se odian. Las separaciones, llegados a un punto de desencuentro, son necesarias precisamente para que los hijos aprendan lo que es el respeto, para que aprendan que nos podemos equivocar, pero se puede rectificar y continuar cada vida por separado.

Una madre con la valentía y entereza suficiente para saber que se equivocó de persona y por eso rectificó. O que aceptó que él, su pareja, quisiera dejar de serlo. Pero que hubo una consecuencia magnífica de esa elección: sus hijos. Y son esos hijos los que merecen una madre feliz.

Ser padres es cuestión de calidad humana, emocional, de responsabilidad y no de género. Lo que yo pretendo con este libro es hacer visibles a aquellos padres que sí lo son, y que deben desarrollar su paternidad para beneficio de sus hijos. No se trata de estadísticas, de mayorías o minorías. Se trata de niños y de sus necesidades, no de las necesidades de los adultos.

Una vez me dijo una amiga: «¡Lo que yo daría

por sentir que mis hijos se van de verdad felices con él! ¡Lo que yo daría porque no se fueran sintiéndose obligados por mí, sino porque su padre se los ha ganado!».

¡Qué pedazo de madre!

# A modo de introducción

Estaba sentada en una cafetería, tomándome un café, al tiempo que escribía no recuerdo qué. Como me gusta escribir, suelo hacerlo bastante concentrada aunque haya mucha gente a mi alrededor.

La cafetería tenía una terraza que daba a un parque amplio, con columpios, toboganes y, por supuesto, lleno de niños. ¡Eso me encanta! Aunque el parque estaba un poco alejado, se apreciaba el ir y venir de los niños hacia las mesas de la terraza, pues siempre tienen algo que decirles o pedirles a sus padres: agua, *chuches*, helados, papas...

Esa cafetería casi siempre está repleta de madres, aunque no de todos los padres que debieran.

Me llamó la atención un niño que tendría unos cinco o seis años, y que además de estar solo y no

jugar con ningún otro niño, le daba patadas con desgana a una pelota. Cierto es que de vez en cuando le daba algún toque más fuerte.

Yo pensé que estaría enfadado y, por eso, de vez en cuando, se lo *explicaba* al balón.

Su madre debía de ser alguna de las señoras que estaban sentadas en la terraza, a tres mesas de la mía. Y entonces vi cómo el niño cogía la pelota y corría hacia mí. Me pregunté: «¿Qué habrá visto en mí que viene tan deprisa y le ha devuelto la sonrisa?».

Al tiempo que corría, le dijo a una de esas señoras: «¡Mami, es papá!», pero a tan solo unos tres metros de mi mesa frenó en seco. Y esperó con los hombros caídos a que su padre se le acercara. Entonces me dio la risa, la verdad, porque deduje que iba a comenzar el chantaje emocional, pensé que seguramente quería que le comprara algo o que lo defendiera ante los demás niños para que vieran que con su padre nadie podía... ¡Bonita manera de llamar su atención!

Pensé que le contaría a su padre, con expresión triste, lo que le pasaba.

Mi cara debía de ser el reflejo de la felicidad en el estado más puro, recordando en esos instantes que yo también sentí eso de pequeña: «Mi padre es el más fuerte. ¡Ahora veréis!».

Su padre se agachó a su altura con la intención de darle algo, pero no le dio tiempo porque el niño le dijo con el tono más triste que jamás he oído de boca de un niño a su padre: «¡Me ha dicho mamá que no me quieres!».

Agaché la cabeza, intentando aislarme de lo que acababa de presenciar. Solo sé que, cuando pasaron por mi lado, su padre lo llevaba en brazos y abrazándolo lo atraía hacia sí. Imagino que con lo que ese niño creía resultaba difícil de consolarlo.

¡Dios mío!, lo que hubiera dado yo por abrazar a ese niño y decirle que eso que le había dicho su

mamá no era verdad, que seguramente se lo habría dicho enfadada y sin pensar en las consecuencias de sus palabras. Que los adultos a veces hacemos estupideces, sin ser conscientes del daño que hacemos a personitas como ellos, los niños, y que, desde luego, ninguna culpa tenía él. Me habría gustado hacerlo, pero lógicamente no pude.

Recuerdo que, pasados unos instantes, me dieron ganas de acercarme a las mesas y preguntar como una loca quién había sido la indeseable capaz de decirle eso a un niño. Para más inri, a su propio hijo. Le había preparado la maletita para que se marchara con su padre, pero en ella no solo llevaba ropa, también amargura y dolor. Mucho dolor.

**Son miles los niños a los que se les dice esto o cosas parecidas. Y éste es el maltrato más sutil y dañino que se le puede hacer a un niño. Es imposible crecer emocionalmente sano si oímos estas cosas desde pequeños.**

Si descubriésemos que una mujer no da de



comer a su hijo, automáticamente dejaríamos de llamarla madre, y además, el resto de las mujeres la denunciaríamos; no lo permitiríamos. Eso mismo hacemos con los hombres a diario. Denunciamos a todo aquel que comete cualquier exceso con el resto de la sociedad. Nadie defiende a maltratadores, violadores o asesinos. Sin embargo, permitimos que los niños sean masacrados emocionalmente con palabras que solo parecen palabras, pero que realmente caen sobre las mentes de los niños como flechas, provocando la mayoría de las veces heridas que nunca terminarán de sanar, que lamentablemente les acompañarán a diario, al colé, al instituto, en sus primeras relaciones y durante el resto de sus vidas, a no ser que hagamos algo todos juntos para cambiar esta situación. ¿De qué les sirve tener el estómago lleno si sienten que las peleas de sus progenitores son provocadas por ellos? No intentes explicarle esto a un niño. Él piensa que si no hubiera nacido, sus padres no se pelearían.

¿Y sabes qué pienso? Que lamentablemente tienen razón, porque sin ellos no habría casas por las que pelearse, ni pensiones, ni horarios, ni amenazas del tipo «¡Vas a pagar de por vida lo me hiciste!».

Este incidente, el que me ocurrió aquel día en la cafetería, fue el detonante de este libro y de todas las demás actividades que vengo desarrollando desde entonces. Creo que aún no he superado aquel incidente. No lo superaré hasta que todos los padres juntos hagamos que la sociedad entera sea consciente de que no importa el género de quien diga una atrocidad como aquella a un niño. Da igual si lo dice la madre o el padre. Que el hecho de traer hijos a este mundo no nos hace santos. Ni sabios... Y quien cometa esa maldad debe ser consciente de que causa un dolor innecesario. Que le conste —porque así se lo haga saber la sociedad entera— que comete el mayor maltrato a los niños de este mundo civilizado. Por encima de una bofetada, por violenta que ésta sea,

estoy convencida de que la bofetada psicológica que supone que alguien le diga a un niño que sus padres no lo quieren es aún peor. Puede suponer una hecatombe mucho más grave que la maldita bofetada física en la vida de cualquier niño.

Desde el principio, me gustaría dejar muy clara una distinción: no es lo mismo tener hijos que ser padres. No es lo mismo. Ni siquiera parecido. Y es esta diferencia la que tenemos que entender todos para siempre, porque una vez comprendida e interiorizada por padres, educadores y hasta por los medios de comunicación y audiovisuales (series, películas, programas de televisión...), habremos evitado que muchos niños crezcan atormentados.

Tengo el convencimiento de que lo más importante para el desarrollo de un niño, por encima de conocimientos académicos, situación económica y demás cosas que podamos necesitar los adultos, por encima de todo eso, lo que más necesita un niño es sentirse querido y crecer sin

prejuicios sociales.

Los niños no vienen a este mundo para cumplir nuestros sueños, sino que estamos obligados a ayudarles a que ellos cumplan los suyos.

¿Alguien se ha parado alguna vez a preguntarse qué piensa un niño ante una situación como la que viví ese día en aquella cafetería?

El niño aquel seguro que pensó: «Dice mi madre que mi padre no me quiere. Pero ¿por qué no me quiere? Yo no le he hecho nada malo. Además, yo sí lo quiero mucho a él. ¿O acaso no debería quererlo?».

¿Alguien se puede plantear decirle a un niño que no debe querer a su padre o a su madre?

¿Y qué pensará si quien se lo dice es la persona que eligió al padre que ese niño tendrá de por vida?

¿Y qué pensará de ese hombre, que le han dicho que se llama papá, pero le dice cosas malas de su madre, con lo mucho que él la quiere?

¿Y qué pensará al ver que solo puede ver a su

papá o a su mamá en un horario estricto de visitas, como si fuera un delincuente encarcelado que no puede decidir cuándo y a quién puede ver? ¿Pensará el niño que él también es un delincuente por el simple hecho de haber nacido?

Aunque la situación del niño es aún más trágica, puesto que los delincuentes al menos tienen abogados que los defienden. Pero ¿quién defiende a ese niño al que en la intimidad de su hogar le dicen esas cosas?

Hoy, cuando este libro ya está terminado y es parte de mi vida, me gustaría pensar que esa mujer a la que catalogué como indeseable tenga la posibilidad de leer este libro, por iniciativa propia o porque alguien se lo hiciera llegar. Lo espero de todo corazón.

# 1

## El correo electrónico

From:

mehadichomama@gmail.com

To:

anna1999@mailito.com

Querida Anna:

Hoy he abierto tu correo. En él me dices que necesitas, de una manera imperiosa, casi vital para ti, ayudar a tu amiga.

Me cuentas que su pareja —no sé si habitual o no, eso no

me lo especificas, aunque para el caso es lo mismo— es un imbécil que la ha dejado embarazada.

No sé si esto me lo has contado por la furia que sientes. No obstante, de todo lo que me has contado lo que más impresión me ha causado no es que tu amiga esté embarazada, que no es poca cosa, sino que me digas que alguien la ha dejado embarazada.

Intuyo por otra parte que no ha sido violada, ya que en

caso contrario me lo habrías especificado. Por tanto, si no ha sido violada, ¿cómo me dices que la han dejado embarazada?

Por tu forma de expresarte he pensado por un momento que eras mi abuela. Querida sobrina, con tu correo electrónico me he dado cuenta de que las mujeres de mi generación tenemos una causa pendiente con todas las generaciones siguientes, como por ejemplo con la tuya.

¿Sabes?, he pensado



en cómo podemos  
resolver este  
desaguisado, y creo  
que lo mejor será que  
te envíe algunas  
cosas que ya tenía  
escritas. Como bien  
sabes, siempre que  
algo me inquieta lo  
escribo, y este  
asunto debe  
inquietarme bastante,  
porque tengo  
muchísimos apuntes,  
más de los que hay en  
la biblioteca de  
Alejandría.

Bla-bla-bla...

Un besito. Mamen.

Aquel correo electrónico que recibí de mi sobrina no pudo causar en mí mayor tristeza, porque esto que piensa ella no se trata de un caso aislado. La situación en la que se encuentra su amiga no es un caso puntual, y lo que ocurrirá con ese futuro bebé, si es que llega a este mundo, tampoco será un caso único, incluso si no llegara a nacer.

Lo primero que me vino a la mente, nada más leer el correo al que me refiero, fue la forma de pensar de Anna, mi sobrina. ¿Cómo puede una mujer de veintiún años decir que un chico, un novio, una pareja, ha dejado embarazada a su amiga? Esto solo lo entendería en un caso de violación; o si estuviéramos hablando de un caso ocurrido hace cuarenta años; o en esos países donde impera la esclavitud de la mujer y donde siguen siendo explotadas, vendidas y sin capacidad para decidir qué hacer con sus vidas... De no ser así, evidentemente, ningún hombre deja

embarazada a una mujer si ella no quiere. ¡Ahora ya no!

Está claro que hemos dado un mensaje pésimo a las generaciones que acaban de llegar a la vida adulta y a las que aún están por llegar.

Es obvio que debemos ayudarlas a entender la realidad de estos tiempos, que para nada son los tiempos que vivieron nuestras abuelas, madres, e incluso algunas de nosotras. Pero mi generación, que es en la que reside el verdadero problema, no debe transmitir a las siguientes los males heredados de las anteriores.

¿Por qué el verdadero problema está precisamente en las mujeres de mi generación? Si me lo permites, esto te lo explicaré más adelante.

Primero quiero contarte lo que ahora concebimos como algo normal. Seguro que esto le ha pasado a tu madre, o a tu abuela, o a tu hermano, o a tu hermana, o a otro familiar, o a algún amigo... No conozco a nadie que no tenga casos cercanos como el que te voy a contar a

continuación. Pero lo curioso es que aunque esto lo padece prácticamente toda la sociedad, de momento solo unos cuantos se atreven a reaccionar y a mover ficha. El resto permanece impassible, tal vez por cobardía, o por no ser tachados de machistas, o por lo que sea. Estamos en el siglo XXI y se ha avanzado en muchos aspectos, pero en el tema de hacerse la guerra parece que no avanzamos. Seguimos anclados en la época de las Cruzadas.

Déjame que te cuente la historia que vengo planteándote desde el párrafo anterior.

Hace tiempo, cuando aún tenía más o menos la edad de Anna, unos veintipocos años, se casó una pareja de conocidos. Estas dos personas no empezaron bien desde el principio de su relación. Incluso unos meses antes de la boda la anularon por incompatibilidad de caracteres. No tenían nada que ver una con otra. No sé cómo se conocieron ni en qué circunstancias. Lo cierto es que siempre me lo he preguntado, porque eran tan

diferentes...

Ella era lo que se conoce como una mujer muy convencional, con pensamientos muy manidos, del tipo: «A tal edad hay que casarse... A tal edad hay que tener hijos... A tal hora se debe cenar... El lunes se come pollo; el martes, lentejas...». Era una de esas personas a las que no les gustan las sorpresas. En el ámbito profesional puede que evitarlas esté muy bien, pero en la vida íntima las sorpresas son uno de los ingredientes esenciales.

Antes de la boda quiso imponer sus reglas: de fiesta tendrían que salir juntos, su futuro marido no podría salir con los amigos... Por supuesto que esta mujer no es la única que hace esto. Son muchas las personas que intentan que su pareja olvide su vida anterior y que no tenga vida más allá de sus límites de guarda y custodia.

La chica de la que hablamos le hizo a su prometido una lista que, de haberla aceptado el chico, entonces habría que haberlo coronado como santo, o más bien proclamado como tonto. Pero no,

no la aceptó. Él le vio las orejas al lobo y se negó a casarse con esa mujer. Él tenía una forma totalmente diferente de ver las cosas. Pensaba que la vida hay que vivirla y además siendo consciente de todas las cosas buenas que la vida nos brinda.

Pero la insistencia de ella, que no dejaba de llorar, recordándole lo mucho que lo quería y prometiéndole que le dejaría su espacio y, por supuesto, dejándole bien claro que su deseo de casarse no se debía a que el vestido de novia ya estuviera comprado (cosa que le repetía una y otra vez a un promedio de cien veces al día), hizo que él se sintiera fatal, con un cargo de conciencia terrible, puesto que sabía que ella había tenido una infancia muy difícil.

Esta chica solo tenía a sus padres, y éstos dejaban bastante que desear. Era hija única y siempre estuvo envuelta en las peleas de sus padres. Esto lo sabíamos todos en el grupo de amigos, por eso ella nos daba tanta pena a todos. Sus padres eran unos... En fin, el padre era un

hombre con dinero, ganado de una manera un tanto rara y no me refiero a que procediera de las drogas, me refiero a que, por ejemplo, sustrajo información confidencial de la empresa en la que trabajaba, y luego hizo lo que vulgarmente se conoce como chantaje. La madre era una pobre mujer que al estar al lado de aquel personaje acabó refugiándose en la bebida. Siempre estuvo chantajeada por el susodicho, de manera que tenía que hacer lo que él quisiera, si no, se vería en la calle, que es lo que además le ocurrió en muchas ocasiones. De ahí que esta chica estuviera siempre rodeada de malas influencias y sin quererlo se viera envuelta en medio de todas las peleas. Ésta era una familia acaudalada pero con una convivencia nula.

El novio, por su parte, era atípico: no le gustaba hacer lo mismo que a casi todas las parejas, no era una persona convencional. Recuerdo que era muy guapo y todo un conquistador. Ella además lo sabía; ya era así

cuando lo conoció. Él nunca le dijo a ella que cambiaría, jamás la engañó, y aún así le suplicó que se casara con ella.

Para intentar convencerlo, le dijo que lo aceptaba tal y como era, que lo entendía perfectamente, que tenía razón en todas sus convicciones y que nadie (incluida ella misma) tenía por qué cambiar a nadie. Además, ella era consciente de que precisamente eso era lo que sus padres habían hecho durante toda la vida: intentar cambiarse el uno al otro. Así les había ido...

También le dijo a su novio que si él no quería una boda con velo y todas esas parafernalias, que de acuerdo, que ella lo aceptaba. Al fin logró convencerlo. Sin embargo, unos meses después, para asombro de todos, se casaron, sin velo, pero sí con todas las demás parafernalias. Incluso se permitió el lujo de cambiar el vestido por uno nuevo para que le diera más suerte.

Por supuesto, él había dejado bien claro antes de la boda todo lo relacionado con el asunto de los



hijos: hasta que no llevaran un tiempo suficiente de convivencia, no tendrían descendencia. Esto lo sabíamos todos los miembros del grupo de amigos. De hecho él se encargó de dejarlo bien claro en muchas ocasiones y ella lo aceptó.

Era habitual oírle decir: «¡Por supuesto que no! Los niños los tendremos más adelante, que éste es un asunto muy serio y hay que estar muy seguros...».

¡Hasta yo la creí!

Indudablemente, nadie obliga a nadie a contestar *sí* en un altar. Otra cosa es que, después de haber anulado tu boda poco antes del enlace, por lástima o cargo de conciencia, te apiades de la otra persona porque no deja de suplicarte que te cases con ella.

Esto es muy triste, lo sé, sobre todo para el que suplica. Pero el que suplica lo hace por pura satisfacción personal. En cambio, para el que cede porque no puede soportar ver a nadie sufrir tampoco debe ser fácil. De hecho, está

ampliamente demostrado que no saber decir *no* puede acarrear graves consecuencias. Sinceramente, creo que suplicar en los asuntos del amor casi siempre desemboca en que uno de los dos miembros —a veces los dos— acabe herido grave o muy gravemente.

Hasta aquí, no se trata más que de dos personas adultas haciendo mal las cosas: una por insistir y otra por dejarse convencer.

Por fin volvieron del viaje de novios, y él teniendo claro —ahora ya definitivamente— que había cometido un gran error al casarse, puesto que siempre seguirían siendo incompatibles. Decidió contarles a algunos de sus familiares que se iba a separar. El motivo era que prefería hacerlo en aquel momento, cuando aún no tenían hijos, que después de años de dura convivencia, porque además, estaba seguro de que las peleas no iban a cesar entre los dos. Ella las había sufrido a diario entre sus padres y debía verlo como algo normal. Justo lo contrario de lo que él había

vivido en la casa de los suyos.

Durante el viaje de novios se olvidó de todas las promesas que le hizo a su marido antes de casarse, así que volvió a ser la misma de siempre y tuvieron una media de seis broncas diarias.

Sin embargo, a pesar de la tensión que había entre ambos, él no encontraba el momento adecuado para hablar con ella de su deseo de separarse, hasta que por fin:

—Cariño, ¡estamos embarazados! —le confesó ella.

—¿Cómo? ¿Cómo que estamos...? —reaccionó él—. Pero si te estabas tomando la píldora. Pero si solo hemos..., en el viaje de novios y en... Pero si te lo dejé claro. ¡Me lo prometiste!

¡Ay, esas promesas!

—Ya, ya lo sé, cariño —repuso ella—. Pero yo sí quiero tener un hijo. Además, con la píldora me salían manchas en la piel.

Pues nada, una cosa estaba clara, el bebé

llegaba y él tenía muy claro que todo esto lo había empezado él mismo al contestar *sí* aquel fatídico día ante el altar. El bebé que venía en camino iba a ser su hijo y poca culpa podía tener la criatura antes de llegar al mundo. Al padre le habían mentido, sí, pero ahora ya poco importaba. Los hechos no se discuten, están ahí, nos guste o nos disguste. Ya solo queda afrontarlos de la mejor manera posible.

Y finalmente decidió quedarse. Imagino que pensaría que así sería un buen padre para su hijo.

Durante el embarazo continuaron las peleas y empezaron los chantajes por parte de ella. Su frase favorita era «¡La única que quiere a este hijo soy yo, así que si te quieres marchar, hazlo, pero olvídate del bebé!».

En parte era verdad, la única que había decidido la llegada de ese bebé había sido ella. Seguramente, porque pensó que así se aseguraba al hombre del que estaba enamorada.

Diez meses después de decir *sí* en el altar,

nació el bebé, una niña, y con la hija llegó el poder para la madre.

Y ocurrió lo que sucede la mayoría de las veces: él se enamoró de la criaturita que acababa de nacer, pero, sin duda, no amaba a la madre, y esto ella no se lo iba a perdonar ni tan pronto ni tan fácilmente.

Cuando apenas el bebé tenía un añito, se separaron. Y vuelta a empezar...

Sus reproches más habituales eran: «No me quieres... Solo quieres al bebé... Si no fuera por el bebé, ni vendrías a verme...».

¡Por supuesto que iba a ver al bebé y a ella no! Así es la vida.

Ella se obsesionó con él y lo amenazaba constantemente, incluso con quitarse la vida. Cada vez que él iba a recoger al bebé, ella lo esperaba con intención de convencerlo para que volviera.

Lo llamaba cientos de veces, lo seguía para ver adónde y con quién iba, lo seguía a todas partes. Le montaba unos números

impresionantes...

Los amigos de él le decían que se tranquilizara, que con el tiempo ella lo asumiría. Pero se vio obligado a poner tierra de por medio. La situación empezaba a darle miedo y se marchó a vivir a otra ciudad.

Cuando ella por fin tuvo claro que él nunca iba a volver, decidió hacerle la vida imposible cada vez que quería ver a su hija.

Cuando el exmarido la llamaba para recoger a su hija, le hacía saber que solo a ella le correspondía dar el visto bueno para que él viera o se llevara a su hija. De hecho, eso solo sucedía si a ella le apetecía o le pillaba de buenas.

Las reacciones típicas de ella eran del tipo: «Bien, te dejo que te la lleves, pero no durante más de dos horas. Si te retrasas iré a buscarte y te montaré un pollo allí donde estés. Y si no estás donde me has dicho, llamaré a la policía y te denunciaré».

Conociéndola, estoy totalmente convencida de

que hubiera cumplido sus promesas.

Como ella gozaba de doble nacionalidad, lo amenazó con algo que le resultaba muy sencillo: se hacían las cosas como ella quería o se marcharía con su hija a vivir al país de su madre. Entonces, al padre de la pequeña se le complicarían mucho las cosas.

Lógicamente, él cedió. Cedió y además nunca se atrevió a reclamarle horas pendientes, fines de semana, vacaciones... Todo sucedía según el antojo de ella.

Dicen que ella se casó. Rehízo su vida con otro hombre, pero al exmarido nunca lo perdonó. No le perdonó que no la amara. Casi no le dejaba que viera a su hija, y cuando lo permitía, siempre lo hacía bajo la sombra de la amenaza.

Pasaron unos años y la niña creció. Cada vez que los amigos de él le increpaban por no denunciar a su exmujer, siempre les decía lo mismo: «Ella es muy buena madre. Con mi hija es muy buena; solo la tiene tomada conmigo. ¿Qué

pensaría mi hija el día de mañana si yo denunciara a su madre?».

A pesar de que él era un hombre con un fuerte carácter, cada vez que le tocaban este asunto o se hablaba de su exmujer como madre, se desmoronaba. Siempre decía: «Si alguien me dijera algo malo sobre mi madre, aunque fuera verdad, lo odiaría. Jamás le diré a mi hija nada malo acerca de su madre. ¿Qué ganaría mi hija con eso?».

No hace mucho tiempo me crucé con unos amigos comunes, y durante la conversación salió a relucir este tema. Precisamente porque les estaba contando que yo tenía que hacer algo para ayudar en este asunto de los hijos *sin padres*, y recordé este caso.

Me contaron que cuando empezó la dichosa crisis económica, él se retrasó en uno de los pagos de la manutención de su hija. Y justo en aquella fecha, llamó a la supermadre Coraje para recoger a la niña, a la que ahora solo veía de tarde en tarde



porque ya había crecido y prefería estar con sus amigos. Algo lógico en los adolescentes. Y aún más cuando las progenitoras han conseguido que los padres casi sean unos extraños para sus hijos, ya que, como se dice en España, el roce hace el cariño.

Me contaron que, como la veía tan poco, él siempre temía ser casi un desconocido para su hija.

La madre llevaba años esperando a que llegara el día en el que su exmarido se retrasara en alguno de los pagos de la manutención de su hija. Ese gran momento llegó. Ese gran momento para ella, claro. Así que, tal y como era de esperar, cuando él llamo por teléfono para recoger a su hija, ella le montó una bronca en toda regla. Lo amenazó con que no vería a su hija nunca más, y además, que le contaría a la niña que su padre rehusaba pagarle la pensión. Él ni siquiera tuvo la posibilidad de explicarle los motivos de su retraso, porque, antes de intentarlo, ella le colgó el teléfono.

El exmarido la volvió a llamar más de veinte veces, y cuando por fin le contestó, él ya estaba histérico, lógicamente, y le dijo que él no solo era una cuenta bancaria, que lo había sido durante muchos años y que no estaba dispuesto a continuar así, que no le pagaría más la pensión en esas condiciones. Según me contaron, él se explayó y se desahogó: le reprochó todo lo que durante años no se había atrevido a decirle.

Tantos años reprimiéndose y ella, la madre Coraje, la que hace todo por el bien de su hija, había puesto el teléfono en modo manos libres, en el coche, sin que él lo supiera, y con su hija dentro escuchando la conversación. Para colmo ella le dijo a la niña: «¿Ves, cariño? Esto es lo que tengo que soportar siempre que hablo con tu padre. Estas broncas son las que tú nunca oyes». Justo después de decir esto, la madre colgó el teléfono. Por tanto, el padre se dio cuenta de lo que acaba de suceder.

Buena puñalada, ¿eh? ¡De profesional!

De la existencia de esta llamada no tardó mucho tiempo en hacerse eco el colegio. La niña lo pasó muy mal; no pudo evitar contarlo. Y lo que de pequeña contaba con mucha pena, ahora, varios años después, se ha convertido en odio hacia su padre, temiéndome que después llegará peor: la indiferencia.

Del padre, por otra parte, dicen que estuvo unos días como loco, debido a la impotencia que sentía. Su hija lo había escuchado hablar mal a su madre. Desde entonces, nunca más ha vuelto a ver a su hija. Quiso ponerse en contacto con ella, pero ella nunca le contestó. Al parecer, esta hija se parece más a su padre de lo que ella misma pueda pensar, puesto que no quiere oír a nadie que le hable mal de su madre. Creo que de eso hace ya unos tres años, pero aquí no termina la cosa. El padre sigue ingresando la pensión de su hija, como siempre había hecho, pero ahora lo hace en otra cuenta, esperando a que algún día se la reclame su hija. Él sigue comprándole regalos y

almacenándolos. ¡Qué lástima me dio cuando me lo contaron! Tenía acumulados los regalos de los Reyes Magos, de Navidad, de los cumpleaños y de cada verano. Y aunque la hija no lo sabe, él sí se preocupa por sus estudios, pregunta a todo aquel que le pueda contar algo sobre ella. Él sigue esperando a que con el paso de los años su hija le dé una oportunidad.

Les pregunté a mis amigos en común por qué él no iba al colegio a ver a la niña. Me dijeron que lo había hecho en varias ocasiones, pero cada vez que intentaba acercarse a ella, le fallaban las fuerzas, empezaba a pensar en cómo le afectaría eso a su hija, que podía rechazarlo. Finalmente desistía y se iba sin que su hija se hubiera dado cuenta de nada.

Me contaron que él siempre pensaba que la niña era feliz así, que el único que sufría era él, y que era mejor que siguieran así las cosas.

Todo esto que acabo de contar de forma resumida en varias páginas, realmente ha sucedido

en muchos días, semanas, meses, años —dieciséis—, en los que el padre ha sufrido mucho. Dicen estos amigos que la niña está convencida de que su padre no la quiere. En el colegio lo cuenta así desde bien pequeñita. Es más, me contaron que en ocasiones la niña afirmaba cuando era pequeña que su verdadero padre era el marido actual de su progenitora. Hasta utilizaba el apellido de este señor, de quien dicen que es un bendito. Estoy segura de ello.

Esta madre Coraje presume de bastarse a sí misma para sacar a su hija adelante. De haberle cambiado su verdadero padre por otro, con la misma facilidad con la que le renueva el vestuario a principio de curso.

No sé cuándo acabará esta tortura, pero lo que sí sé es que no solo sufrió este hombre, al que se le ha negado ser padre. Porque, ¿y los abuelos? ¿Y los tíos? ¿Y los primos?

La madre casi nunca dejó a la niña asistir a fiestas organizadas por la familia de su padre,

aunque la llamaran los primos. Imagino que de estas llamadas la niña nunca se enteró, pero eso sí, la madre acudió al funeral de su exsuegra, la abuela de la niña. Imagino que para apuntarse un tanto a su favor de cara a las demás personas. Para ella era muy importante lo que pensarán los demás, aunque era evidente que no le importaba lo que sintieran, ni siquiera lo que sintiera su propia hija.

En esta historia, ¿cuántas personas han cumplido su sueño? ¿Cuántas personas son felices? Y lo que más me interesa de todo, ¿qué siente esa niña?

Sencillamente, siente que su padre no la quiere, que su padre la abandonó. ¿Puede haber algo beneficioso en todo esto? Nada que salga de unos sentimientos llenos de odio, rencor o despecho puede hacer feliz a nadie.

Y ahora pregunto: ¿cómo es posible que una madre pueda permitir tanta infelicidad en su hijo, en vez de remediarla? Tengo la certeza de que una verdadera madre nunca lo permitiría. Tal vez, sí lo

permitiría una progenitora, que no es lo mismo que una madre...

Está clara la diferencia: jamás una madre antepondría sus derechos, deseos y sentimientos a los de su hijo. Jamás.

## 2

# Lo que aprendemos de pequeños

Me gusta escribir.

Llevo años escribiendo en forma de pequeños relatos. Me gusta la palabra *relato* desde que vi la película *Memorias de África*. Siempre que escucho esta palabra, me traslado mentalmente a la escena donde Denys Hatton le regalaba una pluma a la baronesa Blixen, y ella la cogía dubitativa, sin tener muy claro si algún día sería capaz de atreverse a escribir.

Llevo años escribiendo. Siempre me ha gustado hacerlo. Lo hago en cualquier momento y en cualquier lugar. Siempre llevo encima un lápiz y una libreta. Esto no quiere decir que escriba bien, pero si no escribo mis ideas, entonces no paran de rebotar en mi cabeza.



No tengo el ego del escritor, por eso nunca necesité que nadie leyera lo que escribo. Es más, jamás se lo enseñé a nadie. Para mí era más que suficiente que mis pensamientos sobre las cosas más cotidianas estuvieran registrados, pasados a papel. Desde contar cómo les había ido a mis hijos el primer día de colé, hasta qué pensaba acerca de las historias que oía a mi alrededor. De ahí nacían muchas historias para futuros guiones. Conservo miles de papeles sin un principio ni un final definido, anotaciones que algún día completaré.

Pero este asunto que tenemos entre manos tú y yo es distinto. No se trata de un relato ni de un guión. Este asunto no ha parado de darme vueltas en la cabeza. Siempre supe que si no lo escribía, si no te lo contaba, entonces permanecería enfadada conmigo durante mucho tiempo.

Ahora sé —no porque sea más lista que nadie, sino más bien por mi edad— que lo que escuchamos de pequeños, lo que sentimos de pequeños, nos marcará en la vida adulta. ¡Qué

curioso! Cuando eres niño, los años duran una eternidad. Teníamos la sensación de que de verano a verano pasaban como siete años de adulto. Aquel primer verano con aires de libertad. Aquel verano en el que conociste a alguien, y tus padres te dejaron llegar un poco más tarde, entre otras cosas, porque ellos también estaban de vacaciones, ¡si no, a buenas horas!

Pues aquel verano, aquella experiencia, la cuentas cuando eres adulta como si hubiera durado siete meses, aunque en realidad solo fueron dos semanas. Las vivencias, las experiencias de lo vivido, dejan huellas diferentes en cada edad y cada persona. Debemos saber que el tiempo, las horas, cuando eres niño, no duran lo mismo que cuando eres adulto. Es importante tener esto en cuenta, porque esas horas —mejor, esas vivencias—, cuando somos niños, son las que definirán nuestra personalidad.

Sabiendo esto, ya no tenemos excusas: estamos obligados a darles a los niños lo mejor de

nosotros. Y no hablo de dinero ni de regalos materiales, que quede claro. Lamentablemente, hay quien lo confunde. Existe una frase que decimos los adultos que no me gusta nada, precisamente porque cuando alguien la pronuncia, me hace ver que no nos tomamos en serio a los niños. Esa frase es: «¡Mira qué felices son!; no se enteran de nada».

Esto no es cierto. Los niños lo perciben todo, se dan cuenta de todo. Incluso los bebés saben cuándo hay un buen ambiente en casa. Y eso queda grabado en lo más profundo de nuestro ser.

Y ahora que somos adultos y sabemos todo esto, deberíamos evitar a los niños sufrimientos futuros e innecesarios, ¿no te parece?

Soy una persona feliz; lo digo de verdad. No me refiero a que vaya cazando mariposas todo el día, sino a que vivo y dejo vivir lo más alegremente que puedo. Esto es importante y debemos aprenderlo desde pequeños. Siempre ha habido en mí un instinto de protección hacia las

personas más débiles, hacia toda esa gente que cuando sufren alguna injusticia compruebas que no se defienden, o no saben hacerlo, o no pueden... Supongo que ser la sexta de siete hermanos —y la primera chica— debió fortalecerme.

Además, estaba mi hermana pequeña. Recuerdo con claridad la frase que mi madre me repetía hasta la saciedad: «¡Cuídala!, que es la más pequeña y tú eres la mayor». Con tan solo dos años, me convertí en la mayor de las chicas de mi casa.

Siempre me sentí con esa obligación. Las cosas que nos dicen las madres calan. Para bien o para mal, pero calan... Es muy importante que esto lo tengan en cuenta todas las madres.

Recuerdo que con solo once o doce años, tenía una compañera de clase que realmente me caía muy, pero que muy mal. Era de esas empollonas que no ayudaba ni a Dios. Aunque el examen fuera tipo test, aunque la tuvieras sentada justo al lado y a la profesora de espaldas y sorda, se las

arreglaba para tener una especie de tortícolis, justo hacia el lado contrario de donde tú absurdamente intentabas llamar su atención, espionando una respuesta que te pudiera salvar del suspenso. ¡Jo, total, si solo tenía que contestar a/b/c! Pero no había forma. No te ayudaba jamás.

La tenía al lado y la hubiera abofeteado cientos de veces. No en vano las peleas con mis hermanos me servían de entrenamiento. No soy violenta, aunque esto es lo que sentía en aquel momento. ¡Lo siento!

Todos los días al salir al recreo, a la hora del almuerzo, bajaban unas niñas que estaban internas en el colegio. Eran distintas a todas las demás, parecían de otro planeta, y todos, absolutamente todos los días, le quitaban el bocadillo a la empollona. Ella cada mañana seguía la misma rutina: primero, asomaba la cabeza por la puerta; después, miraba a un lado y a otro; y por último, salía al patio. Pero... siempre se llevaba la misma sorpresa desagradable: la estaban esperando sus

enemigas para amenazarla y arrebatarle el bocadillo sin mucho esfuerzo. Como cada día a la misma hora, lloraba desesperada y además sola, porque tener amigas no se le daba muy bien. Sacar buenas notas sí, pero hacer amigas no era su especialidad.

Durante muchos días estuve presenciando esta situación tan lamentable. Este abuso de poder que ejercían las internas sobre la empollona me sacaba de mis casillas. ¿Por qué esta niña no se defendía? No podía entenderlo. Todos los días salía aterrorizada al patio y siempre se quedaba sin almuerzo, con el hambre que se tiene a esas horas. Recuerdo que pensé: «Esta chica debe de ser tonta. ¡A buenas horas me iban a quitar esas niñatas mi rico bocadillo!».

Me daba una pena terrible. Pensé que tal vez no sabía defenderse, o a lo mejor no tenía una hermana pequeña por lo que su madre no le había enseñado que había que proteger a los pequeños. A los que no se sabían defender.

Un día, harta ya de ver cómo le quitaban el bocadillo a la pobre niña, decidí seguir a estas pájaras. Efectivamente, una vez más se encaminaban hacia la empollona para quitarle nuevamente el bocata. Y ya no pude aguantarme más, así que me acerqué y les dije: «¿No pensaréis quitarle otra vez el bocadillo, verdad?». A lo que me contestaron: «¿Y tú quién eres para ponerte tan chulita?». La verdad es que me temblaban las piernas; era la primera vez que hablaba con ellas. Todas las alumnas sabíamos que estaban allí porque eran niñas conflictivas. Además eran mayores que el resto de las niñas. Pero yo tenía muy claro que no iba a consentir que la volvieran a molestar.

Les dije que era mi amiga y que nunca más les iba a dar ni el bocadillo ni nada. Que si querían pegarse con alguien, tendría que ser conmigo.

Me miraron de arriba a abajo y me llamaron boñiga de mierda. Les contesté que boñiga y mierda eran lo mismo. A diferencia de lo que me

temía, se marcharon riéndose. Pero lo curioso de este asunto es que nunca más volvieron a molestar a la chica empollona. Nunca supe el porqué, puesto que no llegamos a pegarnos. Supongo que se dieron cuenta de que la cosa iba realmente en serio.

No soy una persona violenta, para nada, más bien todo lo contrario, pero como dije antes, criarse con seis hermanos te da una cierta ventaja con respecto a los demás niños de tu edad. Es habitual que un niño se acobarde si jamás ha entrado en pelea con otros niños. Yo, en cambio, sí tuve muchas peleas con mis cinco hermanos y mi hermana. Por eso no me achantaba fácilmente. Si quieres sobrevivir a cinco hermanos y a una hermana, y no ser siempre el blanco de sus travesuras, solo hay una solución: ¡al ataque! Solo así consigues ser respetada. Aunque después, cuando por fin maduras, comprendes que esto no es así. Lo curioso de esto es que en casa las movidas se producían a diario, de manera que



siempre tenía hermano para elegir. No obstante, fuera de casa mis hermanos eran sagrados. Hermanos que pocos minutos antes yo misma quería haber colgado de la lámpara, ahora los defendería hasta la muerte. Por eso creo que si alguien abusa de un niño, un abuelito o de quien no se pueda defender, tengo que salir en su ayuda. No lo puedo soportar. Por lo visto, esto me ocurría desde bien pequeña, pero como yo me veía mayor...

Ahora que soy adulta, veo que seguimos cometiendo injusticias y sigo oyendo un sinfín de estupideces, solo que ahora, debido a mi edad, las oigo la mayoría de las veces provenientes de los propios progenitores. Pero como somos *adultos*, entonces nos permitimos el lujo de cometer abusos con propios y extraños.

Lo que ocurrió aquel día en el patio de mi colegio me enseñó que algunos podemos cambiar la realidad de otros. Que no todos sabemos hacer las mismas cosas. Que todos podemos ser

incapacitados en muchas cosas o en determinadas situaciones. Yo, por ejemplo, lo era en Matemáticas; ella, la empollona, en Relaciones Humanas.

Por eso, todos necesitamos ayuda en muchos momentos de nuestra vida. Son nuestros padres los que tienen que enseñarnos que esto es así. Pero para poder hacerlo, todos tenemos que haber vivido la experiencia de la protección de nuestros padres desde pequeños. Tener la certeza de que ellos jamás habrían sido capaces de causarnos ningún dolor injusto e innecesario.

Esto es lo que tenemos que enseñar a las futuras madres: que todos nos necesitamos y que cada uno de nosotros ocupa un lugar muy importante dentro del conjunto.

Cuando pienso en los niños a los que, lamentablemente, nadie les enseñó esto, intento ser positiva, imaginar que van a tener la suerte de contar con alguien a su lado que enriquezca lo máximo posible su vida. Siempre me viene a la

cabeza el niño que aparece en la película *Love actually*. Su madre muere, pero su padrastro hace todo lo que está en su mano para que él sufra lo menos posible esta pérdida. Las escenas protagonizadas por el niño y su padrastro son extremadamente sensibles. Hasta cuando intenta ayudarlo con lo que el niño cree que es el amor de su vida, la pregunta que le hace es: «¿Él o ella se ha fijado en ti?». Me parece impresionante; esto sí que es ayudar de verdad. Ni siquiera cuestiona la preferencia sexual de un niño de diez años. Cuando un padre (o padrastro, o cualquier adulto) hace una pregunta de esta forma a un niño de diez años, le está dejando claro que cualquier asunto que le preocupe, sea del calibre que sea, será tomado en serio. Que el padre (o padrastro, o adulto) permanecerá siempre a su lado para ayudarlo.

No se ve a la madre del niño en la película. Solo se hace referencia a ella, pero queda muy claro que era una verdadera madre.

¿Te imaginas que todos los niños abandonados, a pesar de tener progenitores, tuvieran la suerte de tener un maestro, un tutor, con la calidad emocional de este padrastro de la película?

Hace tiempo conocí a una pareja separada. Ella no llevaba bien el asunto de las visitas del padre y la familia de éste. En raras ocasiones permitía que la abuela paterna fuese a recoger a su nieto. Por cierto, aprovecho para decir que no está nada bien boicotear a los abuelos. Al cabo de un tiempo, ocurrió lo peor: la madre del niño murió. Y por si ésta fuera poca tragedia para el niño, se encontró que tenía que irse a vivir con un padre y una familia casi desconocida.

No sé cómo le fue a este niño. Sí sé que también hay que estar preparados para estas cosas. Si su madre lo hubiera pensado alguna vez, ¿no crees que se lo hubiera puesto más fácil a su hijo? Solo espero, de todo corazón, que esta abuela que tanto sufría para poder verlo antes no se lo haya puesto difícil a los que antes poco ayudaron. El

niño no lo merece. Ningún niño merece tener que vivir estas situaciones.

Una madre y un padre deben pensar hasta en lo impensable. Prever las consecuencias.

Está clara la diferencia entre las personas que tienen hijos y las que son verdaderos padres. Cuando se decide ser madre, no dejamos de ser mujeres, sino que añadimos algo más. No se trata de restar, sino de sumar. El currículo se amplía.

Si esto no lo sentimos de verdad, vamos a ser unas acomplexadas siempre, y los complejos producen daños colaterales por el camino.

Llevo muchos años observando el mundo de los niños, primero como niña, que lo fui (aunque mis hijos insistan en que eso fue hace muchos años); después, como tía. Lo fui con tan solo once años, y a ese primer sobrino, al que quiero con toda mi alma, le siguieron unos cuantos más —y con ellos, sus amigos—; varios años después decidí ser madre.

Ser tía a una edad tan temprana te da muchos

puntos de vista, porque el jaleo es impresionante. Para cuando yo conseguía desprenderme de la adolescencia, ese primer sobrino, por poner un ejemplo, ya daba su guerra pertinente, y los que le seguían, por supuesto. Pero la empatía que tienes con ellos al ver que sus padres les riñen por cosas que tú habrías hecho igual hace tan solo unos años, te hace ver lo fácil que se nos olvida a los adultos lo que significa ser niño, estar en el período de aprendizaje.

Entonces comprendes que a los adultos se les ha olvidado que cuando eran niños y estaban jugando en el parque, no soportaban la bufanda. Entre otras cosas, porque no tenían frío... Quienes sí lo tenían eran sus padres, que llevaban más de media hora sin mover ni un músculo hablando con el resto de padres del parque. También se les ha olvidado que los niños no quieren llevar pantalones blancos al parque —por muy bonitos que sean o muy bien de precio que estuvieran en la tienda—, para después oír decir al progenitor en

cuestión: «¡Ni se te ocurra ensuciarte!». U otra barbaridad más conocida: «¡No chutes el balón con esas zapatillas, que son nuevas!».

Son muchas las tonterías que los adultos somos capaces de decir a los niños.

Al parque los niños van a jugar, no a contarse chismes con sus amigos. Por lo tanto, ¡claro que chutarán la pelota!, ¡claro que pisarán los charcos—eso mola—!, ¡claro que del color blanco no quedará ni rastro! Es lo lógico; son niños. Los ancianos no pisan charcos, no juegan al balón, no patinan intentando conseguir una nueva acrobacia, porque eso ya lo hicieron cuando eran niños. Ya aprendieron qué es todo lo que deben hacer para no ensuciarse o hacerse daño.

Pero no sé qué nos pasa al llegar a esa edad en la que podemos decidir si ser padres o no. Se nos va bastante la cabeza. Creo que la recuperamos al llegar a la vejez. No solo es experiencia, sino también la certera realidad de la vida y avergonzarse en muchas ocasiones de las

estupideces que hicimos por el qué dirán o pensarán... Al llegar a esa edad madura, recuperan la conciencia, como cuando eran niños. No es importante el qué dirán. Lo importante es vivir cada día como si fuera el último. El anciano que se ensucia los pantalones piensa lo mismo que el niño: «¡Ya se lavarán! Eso no puede ser tan importante».

Todos estos años de observación me han servido para darme cuenta de que los niños sufren. Los ancianos también, aunque esto lo dejaré para otro momento. Seguiré centrándome en el tema principal de este libro: los niños.

He aprendido que no es lo mismo poseer un gran cargo, que ser un gran encargado. Que no es lo mismo aceptar una responsabilidad, que estar capacitado para llevarla a cabo. Que no es lo mismo ser alguien que ejerce de profesor, que ser un maestro. Que no es lo mismo ser progenitora, que ser madre. Y que no es ni parecido ser padre convencido, que progenitor elegido en la ruleta de



la demanda del momento.

Me he formado la opinión de que lo más devastador para una persona, lo que impide que esa persona crea en sí misma y se valore, es que ella misma se cuestione la percepción que los demás tengan de ella. Si esto ocurre desde pequeño, es decir, si un niño cree que los adultos no lo quieren —porque así se lo ha hecho saber alguien, y ese alguien es significativo en su vida—, entonces no habrá nada ni nadie que pueda cambiarle esta creencia. Al menos será muy difícil hacerle cambiar esta peligrosa percepción, si no es con la ayuda de un profesional que hile muy fino.

**No sentirse queridos por los que un día decidieron traerles a este mundo es lo que más dolor y desequilibrios emocionales causa en los niños.**

Cuando pensé en aquella señora de la cafetería como una indeseable por decirle a su hijo que su padre no lo quería, lo sentí de verdad, en lo más

profundo de mi ser.

Ahora sé que carecer de cierta información hace que lleguemos a la edad adulta provocando daños a nuestros seres más queridos, pensando incluso que los protegemos de algo, o de alguien, cuando en realidad es nuestra propia ignorancia la que les causa tanto perjuicio.

Pero ¿en qué está pensando la gente de mi generación? Contamos con toda esa información de la que hace años se carecía. Sabemos que muchos niños tienen que pasar por las consultas de los psicólogos, destrozados porque les hacen sentir que no son queridos, porque se sienten como monedas de cambio.

Lo padecen nuestros hijos y ¿nosotras no lo sabemos? Dedicamos tan poco tiempo a saber qué es lo que nuestros hijos sienten... Me temo que los vemos, pero no los observamos. Me temo que los oímos, pero no los escuchamos.

¿Qué piensa una progenitora cuando le dice a su hijo que su padre no lo quiere? Sinceramente,

creo —quiero creer— que no lo ha meditado, que no sabe las consecuencias que puede acarrear decir eso —o algo parecido— a su hijo. Y sé que esto lo podemos cambiar con solo meditarlo un poco.

Pero, ¡ojo!, no son las progenitoras las únicas que cometen este tremendo error. También lo hacen muchos progenitores. Evidentemente, me parece horrible y devastador para el niño, aunque si es un hombre quien lo hace, entonces se encarga la sociedad de sancionarlo, ya nos avergonzamos de ello. Por culpa de aquellos hombres que actuaron muy mal y por los que aún continúan haciéndolo, ahora hay hombres igual de capacitados que las mujeres y, sin embargo, son alejados de sus hijos. Esto es un grave error de la sociedad. Que las mujeres pensemos que los hombres no son aptos para amar, criar, cuidar, educar... es la misma barbaridad que los hombres piensen que las mujeres no son aptas para conducir, estudiar, fundar empresas...

Y siempre vuelvo a lo mismo: ¡ay, esos complejos! Esos miedos a que la otra persona esté igualmente capacitada y no podamos destacar en lo que nos creemos indispensables. ¡Qué miedo me dan los complejos que se esconden bajo la palabra *género*!

Pero ¿qué ocurre cuando es una mujer la que dice que ella es mejor y está más capacitada para atender a su hijo, que su pareja no es capaz? Incluso a algunas mujeres se les ha permitido mentir en este sentido.

Lo malo del asunto es que nos hemos acostumbrado a todo esto. La sociedad se ha familiarizado con esta situación. No podemos pensar que ocurre porque una pareja se lleve mal o se separe. Nada tiene que ver. Puede que sea el detonante, pero no el origen. El origen es precisamente el que debemos desterrar, el que no deben heredar las nuevas generaciones.

Me explico. Hemos crecido creyendo que las madres son las dueñas de los hijos y que los

padres no saben nada de niños. Que no tienen capacidad para amar a sus hijos; los niños son cosas de mujeres... Y lo que es peor, que los niños no quieren a sus padres igual que a sus madres. Así nos lo contaron nuestras abuelas, pero, tengamos en cuenta que ya estamos en el siglo XXI. Las circunstancias de nuestras madres y abuelas nada tienen que ver con las nuestras. Ellas sí tenían verdaderos motivos para creer y sentir eso.

Es verdad que no queremos del mismo modo a un padre que a una madre. A cada uno lo hemos necesitado de manera distinta, amado de manera diferente, pero los dos son igualmente necesarios.

Aunque, por otra parte, recuerdo que de niña una maestra me enseñó que a la hora de sumar no podíamos mezclar peras con manzanas. Por eso, el amor hacia una madre y hacia un padre es incomparable.

Cuando hablamos de amor, no debemos referirnos a la cantidad, sino a la calidad. La calidad en el amor a un niño se basa en tener de

todo un poco, no en tener mucho de alguien y nada de otro.

Un niño afortunado..., es un niño amado por cuantos más mejor, (Padres, abuelos, maestros, tíos, primos, amigos, y un largo etc.) y que tiene la certeza absoluta de que eso es así. Un niño carencial es un niño que sólo es amado, en el mejor de los casos, por algunos, (uno de los padres, uno de los abuelos, una abuela, algún tío y poco más, ¡algunos ni eso!)] y tiene la certeza de que esto es así, porque alguien ha decidido hacérselo creer. ¡Sea verdad o no!

No sé si te habrás dado cuenta, pero los hijos de parejas separadas tienen muchos más problemas que los hijos de padres separados. Parece que he dicho lo mismo, ¿verdad? Sin embargo, no es ni parecido.

Poco tiene que ver esto con el estado civil, pero sí con la decisión que un día tomaron en cuanto a tener hijos o ser padres. Son dos decisiones distintas, aunque la diferencia para los

niños es abismal. El estado civil es cuestión de papeles, pero la paternidad y la maternidad son cuestión de amor, afecto, ternura, entrega, compromiso responsable... Eso no lo dan los papeles.

Un ejemplo de personajes muy conocidos en España:

Hay un torero y una diseñadora de moda flamenca que hace años decidieron separarse. Tienen una hija que debe ser muy feliz, porque cada vez que esa mujer habla del padre de su niña, te dan ganas de ser tú esa niña. Habla de él con respeto y admiración.

Siempre está recordando que se amaban muchísimo cuando su hija nació, pero que tenían que seguir caminos distintos. Esto, dicho con amor, lo entiende hasta un niño.

El padre, por su parte, hace exactamente lo mismo. Acude con su actual mujer —ha rehecho su vida— a las presentaciones de las nuevas colecciones creadas por la madre de su hija, y

hace lo mismo, habla maravillas de ella: que es la mejor madre, la mejor diseñadora y un sinfín de halagos más.

Los dos se aseguran que esa niña crezca convencida de lo mucho que sus padres la quieren. Eso da mucha seguridad y autoestima. Está claro que para ellos su hija está por encima de todo.  
**¡Son padres de verdad!**

Separados, sí, pero sin dejar de ser padres. Permitiéndole a esa niña valorar a su padre y a su madre. Los dos saben que la niña no les pertenece. Saben que son responsables de ella, tienen que educarla, cuidarla y amarla. Los dos son conscientes de que en el amor de unos padres a sus hijos no cabe el «Yo la quiero más». Eso lo empobrecería todo.

Yo he escuchado muchas veces a mi padre halagar a mi madre, diciéndole cosas bonitas. Es el mejor regalo que ha podido hacerme como hija.



Mis hijos serán los únicos que podrán valorar si su padre ha sido un buen padre o no. Jamás permitiría que nadie me dijera cómo ha sido mi padre para mí; eso es mío en exclusividad. Nadie en el mundo me puede quitar lo que yo siento por mi padre. Ni mis hermanos podrían. Ni mi madre hubiera podido. Está claro que esto lo puedo decir porque ella me permitió tenerlo.

No puedo evitar sonreír a la vez que escribo, pues mi padre es muy despistado —siempre lo fue—, lo cual ha sacado de sus casillas a algunos de mis hermanos. Para mi madre ha sido algo incomprensible, no lo podía entender. Sin embargo, a otros nos resulta de lo más auténtico. Nos encanta. Tenemos cien mil anécdotas sobre los despistes de mi padre, y cuando las recordamos, nos resultan entrañables y provocan nuestra risa.

Las personas somos así, de mil maneras diferentes. Por eso, lo que a tu madre le puede parecer maravilloso, a ti, no, y viceversa.

De la pareja de padres que os he hablado,

simplemente os puedo decir que es maravillosa.  
Es maravilloso que las nuevas generaciones  
cuenten con este precioso ejemplo.

### 3

## Lo normal y lo habitual

¿Lo normal?

Somos una sociedad que nos hacemos llamar civilizada, moderna, pues todos sus miembros — hombres o mujeres— están en igualdad de derechos y obligaciones. Esta sociedad es la mía, pero necesito que nos hagamos una pregunta: ¿por qué una mujer puede obligar a un hombre a tener un hijo?

Puede que te sorprenda la pregunta, estoy segura. También pensarás: «¡Bah!, eso es imposible». En ese caso, te repreguntaría: «¿De verdad piensas que eso es imposible?». De hecho la ley nos lo permite.

Nosotras podemos mantener relaciones sexuales adultas, consentidas, sin necesidad de tener que engendrar hijos.

No hay absolutamente nadie que pueda obligar a una mujer a tener un hijo si ella no quiere. Bajo ningún concepto. Aunque esté embarazada y su pareja quiera, aunque le suplique el que hubiera sido el progenitor, él no tiene ningún derecho a decidir sobre la voluntad de la mujer. Si ella no quiere, no pasará nada. Hasta aquí pueden llegar los derechos del hombre. He dicho derechos, porque las obligaciones son otro cantar.

Existe un pero muy largo que puede dar mucho de sí. Si la pareja ha decidido no tener hijos, incluso si nunca hablaron de tener hijos, pero ella se queda embarazada —por pura ignorancia, falta de responsabilidad o engañando. Lo último suele ocurrir con más frecuencia de la deseada, puesto que existen métodos anticonceptivos de mil tipos diferentes, incluso la píldora del día de después —, lo dicho, si decide que sí, lo tendrá.

Pero ¿y si es él quien no quiere? Ya se sabe: la mujer y la ley le obligarán.

¿Y a qué le obligan?

Creo que les damos solo dos opciones:

1. A asumir una responsabilidad que jamás se plantearon.
2. No asumirla, pero aun así, a pagar dinero, porque la ley dirá que si las pruebas de paternidad dan positivo él tendrá que apechugar, al menos, con las consecuencias económicas.

A estos hombres, a estos chicos que nada se les consultó los hacemos padres.

Mantuvieron relaciones adultas y consentidas, pero nunca se les dijo: «Quiero tener un hijo, así que si mantienes relaciones conmigo, te haré padre».

Jamás se les advirtió, ¿verdad que no? Sin embargo, nos encontramos con nuevas versiones del hombre:

1. El que no se ha enterado de cómo ha

sucedido, porque le faltan un par de primaveras.

2. El que, aún teniendo claro que le han engañado, no quiere asumir que habrá un bebé en el mundo sin padre, y aceptará que otra persona decidió que él sería padre. Éste será padre.
3. El que tiene claro, igual que el anterior, que ha sido violada su capacidad de decidir y robado descaradamente, pero no quiere asumirlo. Aunque le va a dar igual, puesto que la ley lo confirmará como progenitor. Éste ni siquiera quiere ser progenitor.

Esto es lo que dirá la ley. Cuestión que, por otra parte, la progenitora de la criatura ya sabía, igual que un ladrón lo sabe cuando está robando.

Entonces, a este hombre la ley le obligará a pagar y todas esas cosas, pero a lo que jamás podrán obligarle la ley y la susodicha es a que sea padre.

Y en estos casos, ¿en qué lugar se quedan los niños? En el limbo. Eso no lo puedo soportar.

Como mujer, me avergüenza muchísimo este tipo de situaciones. Sin duda son para avergonzarse. Conseguir que las mujeres no estuviéramos bajo el yugo de nadie costó muchos esfuerzos a muchas mujeres y algunos hombres. Sin la ayuda de esos hombres —dicen que una minoría, afirmación que no comparto—, no lo habríamos conseguido. Ahora debo ser una de esas mujeres —tampoco creo que seamos minoría— que les recuerde al resto —espero que una minoría— que a ellos también hay que considerarlos iguales a nosotras en derechos, condiciones y obligaciones.

También tienen derecho a decidir cuándo y con quién quieren ser padres. Siempre que la elegida esté de acuerdo, claro. Si esto siempre ocurriera así, no habría tantos progenitores que no llegan a ser padres, ni tantos hijos en orfandad permanente, a pesar de que viven sus progenitores.

Dicho lo cual, ¿qué hemos estado haciendo las mujeres de mi generación? ¿Erradicar el machismo y cambiarlo por un evidente feminismo? Si nosotras y solo nosotras elegimos el padre que hoy tienen nuestros hijos, si, además, ya nadie nos ha obligado a ser madres, ¿con qué criterio nos quejamos? ¿No era esto lo que queríamos conseguir? ¿Se trata de culpas? ¿Y ahora quién o qué género la tiene?

¡Qué estupidez! Evidentemente, no se trata de eso.

Creía que esta batalla ya la habían ganado nuestras madres y abuelas, unas pocas generaciones antes. Pero como bien dicen, lo que poco cuesta poco se valora. En el siglo pasado, que parece ya muy lejano, hubo mujeres que lucharon para conseguir lo que nosotras hoy disfrutamos. Lo hicieron con la palabra, día a día, intentando convencer a toda la sociedad, que por entonces era completamente machista. Digo completamente, porque las mujeres también lo



eran. De hecho, pienso que incluso más que los hombres. Ellas educaban inconscientemente a sus hijos para que así fuera. Les enseñaban a los hijos a ser dueños y señores, los reyes de la casa; a sus hijas, a servir como fieles y leales esposas a sus maridos obedeciéndoles siempre. No importaba la condición social. Ricos o pobres daba igual.

La mujer no tenía ni voz ni voto. Fíjate bien en la frase. Suena a frase hecha, ¿verdad? Lo es, pero arrastramos sus consecuencias desde tiempos ancestrales. Cuando queremos hacer de menos a alguien, decirle que no nos interesa nada de lo que diga, que deje de decir tonterías y que cualquier cosa que diga nos importa poco menos que nada, hacemos válido el contenido de esta frase: «Ni voz ni voto».

Pues esto es lo que (no) teníamos antaño las mujeres, y aún quedan muchos millones de ellas en esta lamentable situación. En silencio.

Ahora, las que tenemos los mismos derechos, esos que tanto costó ganar para nosotras, ¿qué

hacemos para que los disfruten todas?

Que pudiéramos ser madres cuando nosotras lo decidiéramos. Que pudiéramos mantener relaciones sexuales adultas y consentidas, sin necesidad por ello de tener que ser madres.

Éstos eran los objetivos. Los avances tecnológicos, sin duda, ayudaron mucho, pero más todavía, la voz de muchas mujeres y hombres reclamándolos.

Así debe ser. Esto ya se consiguió.

No pertenezco a ningún partido político ni practico ninguna religión. Esto no quiere decir que no tenga mis ideas y mis creencias. Pero ni me gusta absolutamente todo de un partido político, ni todo de una religión concreta. Me gusta pensar con claridad, como persona. Me gustan los valores humanos, últimamente tan devaluados. Entre ellos, hay uno que engloba a todos y nos distingue de los animales: el respeto a los demás.

Soy mujer. Ahora lo puedo decir orgullosa. Muchas personas lucharon para que hoy me sienta

así. Nadie tiene más derechos que yo. Nadie me puede imponer nada. Por eso tengo más claro que nunca que la libertad del individuo es sagrada.

Como no me gusta que nadie me diga cómo debo pensar, ni permito que se me obligue a hacer algo que no quiero o a aceptar una responsabilidad tan grande como es la de tener hijos si no lo he decidido, quiero luchar para que esto llegue a ser una realidad al alcance de cualquier ser humano, sea cual sea su género, raza o credo.

Hace tiempo decidí tener hijos; tengo tres. Además muy seguidos. Los tuve en veinte meses. Sé que no salen las cuentas, pero es que dos son mellizos.

Mi marido (mi pareja, mi esposo, mi amante, mi compañero, mi gran amigo... o como cada uno quiera llamar a nuestra situación civil) y yo decidimos por igual que queríamos tener hijos, y desde luego que intentaríamos ser padres. En eso estamos.

Tenemos hijos, pero cada día intentamos ser

padres para ellos, y ellos mismos y el paso del tiempo dirán si hemos sido buenos o no. Ser buenos no supone decirles a todo que sí, para nada, ya quisiera yo que eso fuera posible. ¡Qué cómodo sería! Pero hay que educar, y educar es poner barreras. Es decir no cuando hay que decirlo, duela a quien duela y cueste lo que cueste. Lo contrario es condescender, o sea, irse por la pendiente con ellos hasta el precipicio. En definitiva, una irresponsabilidad.

Pero la sociedad se levanta una mañana y nos dice a las mujeres de mi generación a través de los medios de comunicación que ha llegado el tiempo de la igualdad para la mujer. La que quiera puede utilizar la ley para su propio beneficio. Puede obligar a un hombre que haya mantenido relaciones con ella a ser el padre de su hijo, aunque utilice el engaño, aunque someta a esa persona a ser lo que no quiere ser.

Si con la palabra igualdad nos referimos a que lo estamos haciendo igual de mal que ellos lo

hicieron en el pasado, entonces no merece la pena.

Pero ¿cómo es posible? Nos quejamos de lo mal que lo hicieron, del poder absoluto que tenían los hombres en la familia y de cómo nosotras las mujeres poco podíamos hacer al respecto.

Si el padre apagaba el televisor, nada se podía hacer; si ponía un horario, lo mismo. Ante cualquier decisión, por pequeña que fuera, poco tenía la madre que decir. Bueno, rectifico: ella siempre podía decidir si la tortilla era de tres, cuatro o cinco huevos.

Afortunadamente, vimos cómo las cosas fueron cambiando, cómo nuestras madres y abuelas fueron ganando terreno día a día dejando atrás muchas injusticias. Ellas se empeñaron en que sus hijas tuvieran acceso a los mismos estudios que sus hijos, puesto que ellas —mejor que nadie— sabían que sin una preparación adecuada, poco se podía hacer. Fueron librando batallas y dándonos la oportunidad de tener esos estudios, pero eso sí, lo hicieron sin sembrar el terror y sobre todo, sin

cometer injusticias, las mismas a las que ellas habían estado sometidas. Nos dieron esas agallas para hacernos respetar y, así, tener las mismas oportunidades y hacemos dueñas de nuestras decisiones, al igual que ellos, los hombres.

Se iban acabando las imposiciones. Para ello contábamos con la ayuda de muchísimos hombres que no estaban de acuerdo con esos abusos que la ley les permitía. Sin esa ayuda, habría sido totalmente imposible.

Por fin podemos decidir qué hacer con nuestras vidas. ¿Pero qué hemos hecho nosotras con este legado?

Crear una guerra de sexos. ¿Habrá cosa más absurda? Si hubiera algún vencedor en esta guerra, ¿cómo sería posible la igualdad? Tal vez para algunas no haya sido tan absurda. Ya lo veremos.

Ahora tenemos la oportunidad de hacerlo muy bien. Solo debemos aprender de los errores del pasado para no volver a cometerlos.

Es horrible, para mí que soy mujer, escuchar

demasiadas veces expresiones del tipo: «¡Que se jodan!», refiriéndose, lógicamente, a los hombres.

«¡Que se jodan!». Pero ¿quiénes? ¿Nuestros hijos, hermanos, amigos, tíos, sobrinos, compañeros? ¿Todos? ¿Queremos que salgan malparados todos?

Que nadie me diga: «Si la ley lo permite, por algo será». Los hombres también tenían antes la ley de su parte, lo que no quiere decir que lo que hacían fuera justo. Antes, solo el padre podía decidir la educación y tener acceso a las cuentas de la economía familiar, incluso podía darle una bofetada a su mujer, si lo creía necesario. Esto es lo que decía la ley. Y esto no sería justo jamás, aunque cambiaran las leyes mil veces. Unas veces estaría permitido por la ley y otras no, pero justo, nunca.

Por otro lado, una chica ahora puede darle una bofetada a su novio, pero cuidado, que si el chico se la devuelve, aunque ella hubiera empezado la disputa de manera violenta, el que dormirá en

comisaría sin duda será él. Para muestra un botón: hubo una *miss* que denunció a su novio por haberla empujado. Él tuvo la orden de alejamiento correspondiente, pese a que ella reconoció habersele ido la manita a ella antes que a él el empujón.

Quiero educar a mi hijo para que sea un caballero, por supuesto, y que jamás le levante la mano a nadie. Mucho menos a quien no esté en igualdad de condiciones, pero, para lo que no me gustaría tener que educarlo, aunque así lo dictara la ley, es para que se dejara atropellar por cualquiera que aprovechara esas circunstancias (la de ser más débil físicamente) obligándolo a ser una nueva víctima. Tampoco hay que criarlos tontos.

Eso mismo hago con mis hijas, educarlas para que sean conscientes de que han de defenderse siempre. Pero una cosa es defenderse y otra muy distinta, ser el atacante. Les digo «Si atacáis, sabed que lo normal es que la otra persona se



defienda». Por lo tanto, deben medir primero sus fuerzas. No es justo pensar «Tengo menos fuerza física que él, de manera que si le pego, como es un caballero, no me la devolverá». Porque si piensan eso, habrán utilizado un arma muy necia: el victimismo. Esto es ser cobarde y mala persona.

Lo de esos dos personajes del ejemplo anterior no me preocupa lo más mínimo. Son dos personajillos que ganaron mucho dinero en los platos de televisión riéndose de la justicia y los telespectadores. Sin embargo, el mensaje que enviaron a los adolescentes era inaceptable.

Por otro lado, la ley también decía que si la mujer no estaba de acuerdo con el matrimonio, pues, ya se sabe, puerta y camino. Eso sí, sin los hijos y condenada a un trabajo mísero, puesto que no había recibido ningún tipo de formación. Si encontraban trabajo, era con un sueldo con el que desde luego era imposible llegar a final de mes. Esto seguro que te suena actual porque, hace bien poco, una jueza le retiró a un padre el derecho de

poder ver a su hijo. Este hombre se había quedado en el paro y, como ya sabes, sin dinero no hay hijo.

En el pasado, una mujer no podía salir del país, tener una cuenta corriente, alquilar una casa... sin la autorización del padre o el marido. Te recuerdo que a muchas mujeres el marido les era impuesto. Para otras, el marido era el único hombre al que habían conocido, pues no habían salido del pueblo, donde no había mucho para elegir. Si no se daban prisa y permitían que el mozo eligiera a otra, pasaban a ser la solterona del pueblo, un estigma de por vida.

Lógicamente, con este panorama una mujer no podía marcharse de casa. Si conseguía irse con los hijos —algo muy difícil, puesto que la custodia de los hijos era de los hombres, quienes podían mantenerlos económicamente—, imagínate la cantidad de penurias que debían pasar.

Algunos se marcharon a por tabaco y nunca más volvieron. «Mucho mejor», dice mi tía, pero lo sufrido por esas mujeres para sacar a sus hijos

adelante, no lo quiero ni pensar. Aun así, después de haber sido abandonadas junto a sus hijos, algunas se sentían afortunadas, ya que lo único que les aportaban sus maridos eran palizas a diestro y siniestro. Lamentablemente, otras muchas los aguantaban por el dinero que entraba en casa. Y esto, tan humillante, hay que entenderlo. En aquella época, sin trabajo, dinero y formación, ¿cómo se podía sacar a flote a unos hijos?

Todo esto te habrá sonado a clase de historia, ¿verdad? ¿Y qué necesidad tienes de que te recuerde estas cosas? Opino que debería ser obligatorio enseñar estas cosas en los centros educativos.

Cuando se desconoce el valor de las cosas, lo que otros tuvieron que sufrir para que los demás pudiéramos disfrutarlo, se corre el riesgo de cometer los mismos errores de necios.

No todos los hombres abusaban del poder, por supuesto, solo lo hacían los que eran malas personas, pero el que calla otorga. Como nosotras

ahora, que somos mayoría las que no estamos de acuerdo en cómo se está llevando este abuso de poder por parte de algunas mujeres en el ámbito de los hijos y, sin embargo, consentimos con nuestro silencio a que se cometan tantos atropellos.

Parece que a muchas se les ha debido olvidar que esos hombres de los que ahora abusan algunas también tienen madres y hermanas y tías y amigas y compañeras. Pero no se nos debería olvidar. Porque somos mujeres, pero ante todo, también somos personas y con posibilidades de ser madres algún día. ¿No deberíamos hacer lo mismo que nuestras antecesoras?: luchar por la igualdad de derechos y obligaciones.

**Ellas no pelearon para que la mujer tuviera más. Lucharon para que sus hijos, hombres o mujeres, tuvieran lo mismo y fueran iguales en derechos y obligaciones.**

Aquella época pasó. Pero algunos hombres empiezan a revivirla con idéntico chantaje: no ver a los niños. Aunque con una diferencia: nosotras

en aquella época carecíamos de las mismas oportunidades que ellos. No teníamos estudios, no podíamos acceder a un trabajo, elegir marido, pareja, compañero, decidir si tener hijos o no... Ahora ellos no siempre pueden elegir ser padres o no, en ocasiones son falsamente tachados de maltratadores perdiendo así la custodia de sus hijos, con la orden de alejamiento correspondiente, perdiendo, a su vez, el hogar y cargando con el estigma de maltratador de por vida, puesto que con la nueva ley de violencia de género les hemos robado, de un plumazo, la presunción de inocencia.

¿No estaremos buscando venganza, verdad?

¿Me puede alguien explicar por qué ahora hay mujeres empeñadas en que nuestros hijos varones paguen por algo que ellos no hicieron? ¿Me puede alguien explicar por qué estas mujeres lo hacen en el nombre de *madre*, si no hay ninguna madre en el mundo que quiera que un hijo sea más valorado que otro?

Evidentemente, nadie puede explicármelo. No puede porque ésta es la misma estrategia, la de las malas personas. Ahora coincidente con que son mujeres (algunas, no todas], como en la época anterior en la que fueron hombres (algunos, no todos). Pero ni lo consiguieron aquellos hombres —finalmente estamos aquí con lo que nos corresponde de nacimiento—, ni lo conseguirán estas mujeres. Las *madres y padres* no lo vamos a consentir. Es nuestra obligación defender a nuestros hijos, tengan el género que tengan. Esto no se le olvida a una verdadera madre nunca.

En estos tiempos que corren, hemos visto como algo normal en los medios de comunicación —sobre todo en los audiovisuales. Concretamente, en los programas del corazón— cómo una mujer dice perrerías del padre de su hijo. A estas mujeres las hemos llamado madres, cuando, a lo sumo, solo son progenitoras. Han saltado por encima de los derechos de sus hijos.

Lo que ha estado ocurriendo de forma habitual

no puede convertirse en norma. No podemos claudicar y considerarlo como normal.

En algunos medios de comunicación, en algunos programas, han hecho que a los niños y adolescentes que están formándose les parezca normal lo que ha venido siendo habitual. Pienso que hay una gran diferencia entre estas dos palabras. En el pasado, lo habitual era acosar o apalear a los homosexuales; que los negros fueran tratados como animales; que a los judíos se les matara en los campos de exterminio; que unos hombres pudieran abusar de sus mujeres por el hecho de que la ley los amparaba; y un sinfín de barbaridades más. **Esto fue lo habitual en ciertos momentos de la historia. Pero nunca fue lo normal para las personas de buen corazón.** Siempre hubo y habrá quien luche para poner fin a las injusticias.

Recuerdo aquella película de Steven Spielberg, *La lista de Schindler*, en la que el protagonista consiguió salvar la vida de miles de

personas, intentándolo con muchísimas más. Aquel hombre habría podido pensar que eso que hacía su gobierno y tantas otras personas, eso que provocó el mayor horror de la historia, el mayor genocidio humano, era normal. Podría haber decidido no hacer nada al respecto. Hubiera podido pensar «Si todos lo ven normal, ¿qué puedo hacer yo en todo esto?». O bien hubiera podido pensar que una sola persona no podría hacer nada para evitar aquel holocausto o parte de él. Sin embargo, aquel hombre pensó que cada vida contaba, que cada vida merecía la pena, que nadie tenía derecho a exterminarla. Decidió que debía hacer lo que únicamente puede ser entendido por normal: defender a los débiles, a los indefensos, porque él sintió que podía, que debía hacerlo.

Lo que él hizo fue normal; lo que hicieron sus compañeros no, aunque fuese una macabra rutina.

La historia ha demostrado que en ocasiones la ley no tiene razón —no siempre es justa—, y que una sola persona puede cambiar el destino de las



demás. El daño que causaron quedará grabado en nuestras mentes para vergüenza de la humanidad.

Cualquiera que abuse de su poder bajo el amparo que le dé una ley debe saber que las leyes cambian, pero lo que nunca debe variar es el respeto a los demás. Ésa sí es la ley inamovible de todos los tiempos. Cualquier falta de respeto será siempre un atropello inaceptable, digan lo que digan leyes, jueces, legisladores o quien sea.

**¿Qué es lo normal para los seres humanos, lo que hizo Schindler o lo que hicieron miles de nazis?**

Lo hemos conseguido, ahora la ley también está de nuestra parte, de la de todos, ¿o no...? Pero no solo se trata de si la ley está o no de nuestra parte, como habéis visto, porque las leyes a veces son todo menos justas. Por una sencilla razón, las leyes las siguen haciendo seres humanos, y como no somos dioses, seguimos cometiendo errores, dejando pequeñas lagunas, las cuales son siempre aprovechadas por las

alimañas.

A los jueces no les queda más remedio que hacer cumplir la ley, aunque en ocasiones sepan que no son justas. Pero, si hay leyes que se han quedado con alguna laguna pendiente, habrá que hacerlo saber. Mientras se sigan cometiendo injusticias, debemos seguir denunciándolas. Da igual si las cometen hombres o mujeres. Solo distingo personas buenas o malas.

¿Has pensado que tú puedes ser esa persona que cambie la vida del niño que tanto sufriría de no ser porque le has abierto los ojos a la verdad a su madre, a esa vecina, a ese padre, a ese compañero...?

## 4

# ¡Que no seas tú!

Como madre, no quiero que responsabilicen a mi hijo de lo que las generaciones anteriores hicieron mal. Tampoco que algún día culpen a mis hijas con lo que nosotras ahora estamos haciendo peor.

Paso a explicarme.

Nosotras, las mujeres de hoy en día, no podemos permitir que los hijos de parejas separadas vivan una guerra en el propio hogar. Digo esto porque, aunque estén separados, la guerra continúa. Dentro y fuera.

Quién no ha oído alguna vez: «¡Hoy te toca irte con el gilipueñas de tu padre!», «¡Si te quisiera de verdad, no te compraría esas zapatillas de mierda! Yo sí me gasto la pasta contigo», «¡A sus otros hijos seguro que se las compra de marca!» O la universalmente utilizada: «¡Todos los hombres son

iguales! Son todos unos hijos de...». Esta frase no la voy a terminar. ¿Para qué? Eso sería insultar a todos los padres, a todos los hijos. En definitiva, a la mitad de la población mundial. ¿De qué sirve?, ¿a quién beneficia?

¿En quién piensan estas mujeres? Algunas deben pensar que si les hablan mal a sus hijos de los padres, las van a querer más a ellas.

Si realmente es así, aprovecho para decirles que ese pensamiento es absurdo y macabro.

Estoy convencida, porque así me lo han hecho saber muchos especialistas en el asunto, de que lo único que consiguen esas progenitoras con estas actuaciones es empobrecer la autoestima de sus hijos.

No quiero ni pensar en lo triste que debe ser no sentirse querido por tu padre —o pensarlo— porque así te lo han contado. Pero tenerlo y que no lo puedas disfrutar porque te lo impida la persona que se supone que más te quiere, esa misma que te trajo al mundo, no tiene ningún sentido. No

imagino sufrimiento más absurdo, ridículo y hasta cruel si es la madre la que lo ocasiona.

Esas palabras calan hondo, causando un daño terrible a quien no ha dejado de oírlas desde bien pequeño.

Sé que hay hombres que también lo hacen, pero, a día de hoy, la mayoría de las custodias las hemos tenido las mujeres, aprovechándonos injustamente de ello.

Digo mujeres y no madres, porque mientras sigan diciendo esas cosas a sus hijos, no son verdaderas madres. Según mi humilde opinión, solo son mujeres que han tenido hijos. Y ellos, los que hagan eso, también son solo hombres con hijos, progenitores, pero no padres.

**El título de padre y madre solo será para quien se lo gane y lo merezca.**

Si de verdad no es un buen padre, desgraciadamente el hijo lo sabrá algún día Pero lo mejor es que no sea la madre la que se lo diga al niño. Que no sea la madre la que le obligue a

crecer con ese horrible sentimiento de no ser querido por su papá.

Dado que el privilegio de elegir es solo de la madre, no debe pagar su error con su hijo. La madre tiene derecho a elegir al progenitor, a elegir si tendrá el hijo o no, a elegir el momento, pero no tiene derecho a dejar a su hijo sin padre.

Ahora me gustaría sacar a colación la Declaración de los Derechos de los Niños. Naciones Unidas quiso que en el mundo se reconociera la necesidad de respetar los siguientes derechos de los niños:

- Derecho a la igualdad.
- Derecho al pleno desarrollo.
- Derecho a la identidad.
- Derecho a la salud.
- Derecho a los niños con discapacidad a recibir atención.
- Derecho a recibir amor y comprensión.
- Derecho a la educación y al juego.

- Derecho a la preferencia en situaciones de peligro.
- Derecho a la protección frente al abandono, el maltrato o la explotación.
- Derecho a la fraternidad.

La ONU consiguió que estos diez derechos fueran reconocidos internacionalmente, aunque su cumplimiento no es obligatorio. He aquí la tragedia.

¡Qué bien!, ¿verdad? No es obligatorio, así que por eso nos saltamos unos cuantos, ¿no?

Como ejemplo, quiero desarrollar lo que dice el tercer derecho de nuestros hijos, el derecho a la identidad, que reza así: «Tenemos derecho a ser inscritos al nacer, a tener un nombre y una nacionalidad. A conocer a nuestros padres y a ser cuidados por ellos».

Es decir, tenemos derecho a contar con una familia que nos cuide, a no ser separados de ella si no es necesario y, en caso de serlo, a mantener

contacto con nuestros familiares. Hasta lo de tener una nacionalidad, más o menos íbamos bien, pero a partir de ahí, descarrilamos. Ése era el tercer derecho, que nos lo saltamos constantemente. Pero ¿y el cuarto, que es el de la salud? Porque está claro que los destrozan psicológicamente. ¿Acaso la salud mental no se tiene en cuenta?

¿Y el sexto, ese que habla del derecho a recibir amor y comprensión? En éste, ¿no deberíamos entender que un niño no tiene capacidad para comprender que le digan que su padre no lo quiere?

¿Y el noveno? Este habla del derecho a la protección ante el maltrato. Decirle a un niño que su padre no lo quiere, ¿no es un maltrato? ¿A quién le habría gustado oír esto de pequeño? Y ahora que eres mayor, ¿te gustaría escucharlo?

Anteponemos nuestros deseos, sueños, odios, rencores... a los derechos de los pequeños.

Es bueno recordar el pasado, pero con un fin muy importante: no cometer los mismos errores.



Lo triste, lo que verdaderamente me enfurece y me avergüenza, es que nosotras, las mujeres, damos cancha a las que hacen eso. En ocasiones, incluso he visto cómo en las televisiones alguien aplaudía tal conducta. Quiero pensar que muchas lo hacen de forma inconsciente. Pero yo quiero ayudar a que sean conscientes del daño irreparable que producen. Quiero contribuir a que nunca más oigamos tamaño despropósito. Si las cosas están así y no nos gustan, porque no son justas, habrá que cambiarlas.

Una bonita manera de empezar sería dando la cara por esos niños. Se puede hacer de muchas maneras. Bastaría con no quedarse callada si alguna vez oyes a alguna de estas señoras hablar así a su hijo en público. La mayoría lo hace en presencia de otras mujeres para sentirse arropada, para ser consolada por lo mal que le ha ido con su expareja, porque ha sido abandonada o por mil cosas más que le causan dolor. En el caso de que esa mujer sea un ser querido, entonces la situación

duele, y mucho, por supuesto, pero si permitimos que ella, en esos momentos de odio y rabia, se venga de su pareja jugando con los sentimientos de su hijo, estamos contribuyendo a las terribles consecuencias que tendrá para todos. Sería un buen momento para que, con buenas palabras y el tono adecuado, le digamos: «Comprendo tu malestar, pero si tú le hablas así a tu hijo acerca de su padre, el daño no se lo estás haciendo a él, sino al niño, el cual no tiene culpa de nada». En el caso de que la madre te responda con algo del estilo de que tampoco ella tiene la culpa de nada, entonces debes hacerle ver que al menos ella pudo elegir, pero su hijo no.

También sé que cuando alguien se atreve a cuestionar a alguna de estas mujeres, automáticamente le ponen el sello de machista. En estos casos no hay que darle mayor importancia, puesto que le están acusando con algo inconsistente y carente de sentido. Defender a un niño no es ser machista, es una obligación de los

adultos y un derecho de los menores.

Si de verdad queremos a esta persona, ante esa situación de dolor prestémosle nuestro apoyo, pero de manera coherente. Evitemos el daño colateral. La incoherencia nos va a llevar a la cosificación de los hijos, alimentando en ellos la ira, la rabia, la impotencia, el odio... Todos éstos son sentimientos negativos que no ayudan, pero sí destruyen. No conozco a nadie con esos sentimientos que sea feliz ni que haga feliz a los que tiene a su alrededor.

Si has sido valiente, quizá con un poco de suerte habrás ayudado a un niño. Si la persona adulta a la que intentas ayudar es suficientemente madura —aunque estará muy enfadada y seguramente tendrá sus motivos para desearle lo peor a su expareja por haberle causado tanto daño —, habrás contribuido a que la próxima vez se comporte de forma racional. Eso te ennoblece. Además, ten por seguro que algún día te lo agradecerá.

Si, por el contrario, no es suficientemente madura o no es buena persona, entonces la progenitora se cogerá un cabreo de mil demonios, porque seguro que estaba esperando tu apoyo y el de las demás personas para sentirse importante.

Desgraciadamente, las mujeres que actúan así forman parte de un gremio que está de moda. No me refiero al de padres separados, sino al de mujeres que han tenido hijos, pero nunca han sabido lo que significa ser madre. Quizá jamás se habían parado a pensar en cómo se sentían sus hijos.

**Pues... vamos a despertarlas y a ayudarlas a que reflexionen de una vez en lo que verdaderamente es importante: los hijos.**

Todo esto me parece surrealista: he visto y escuchado en televisión a una mujer poner verde (y de todos los colores) al padre de su hija, asegurándose de que jamás pueda sentir el orgullo de ser querida por su padre. Sin embargo, esta mujer no permitía que le hablaran mal de su propio

padre. Paradójico, ¿verdad? A cada una nos duele el nuestro. Ella sí que ha podido tener un padre, así se lo permitió su madre, pero ella no le consiente a su hija tener el suyo. Bueno, malo o regular, eso lo tendrá que decidir ella, la niña. Para eso es el suyo. Otra cosa es hablar de degenerados: violadores, maltratadores y demás escoria de la sociedad, pero yo hablo de padres normales, de los que quieren serlo, aunque no se les permite.

Esto a mí me trastorna y entristece enormemente. ¿Es posible que estas mujeres que hacen eso públicamente no tengan a nadie cerca que de verdad las quiera? ¿No tienen una amiga, una madre, un padre, una tía, que se arme de valor y les diga: «Cariño, te quiero, sé que estás muy dolida, y lo que te ha hecho esa persona es horrible. ¡Ojalá pudiera borrarlo de tu mente!, pero no puedo. No obstante, tampoco me parece bien que le hagas daño a tu hija (a tu hijo), porque el tiempo pasa y algún día te darás cuenta de que

aquello fue lo mejor que te pudo pasar. Tendrás un nuevo amor, incluso una nueva vida, mejor que la que tenías, y te darás cuenta también de que él no te merecía Pero cariño, la historia de tu hija (hijo) es otra. Ella (él) nunca tendrá otro padre. Éste será de por vida y debe ser ella (él) quien juzgue a su padre como tal, no como marido, sino como padre. No la puedes dejar huérfana (huérfano) de padre si lo tiene. Tú eres su madre y tienes la obligación de no causarle ninguna mella afectiva si lo puedes remediar. Y esto sí lo puedes remediar»?

¿No hay nadie cerca capaz de decirles esto o algo de este estilo? Si nadie se lo dice, ¿es por cobardía, por maldad o por desconocimiento? No hacérselo saber a tiempo puede causar estragos. Creer que ganará algo con ello es ridículo. Solo hay algunas cosas que pueden ganar y ninguna de ellas da la felicidad a sus hijos.

He conocido a maridos pésimos, pero que son magníficos padres. Qué tiene que ver que no te lleves bien con tu pareja o que te haya puesto los

cuernos cien veces... Ése es tu problema y, como adulta que eres, tendrás que solucionarlo tú. Si quieres, claro. Pero ¿qué tiene eso que ver con que ese hombre quiera o no a sus hijos?

¿Alguien me puede demostrar que cuando una pareja deja de funcionar, de amarse, de quererse o como lo queramos llamar, el hombre deja de amar a sus hijos? ¡Es absurdo siquiera pensarlo! Esto no funciona así. A los hijos se les quiere igual.

Pero nos hemos empeñado en hacernos la guerra, y las armas que utilizamos en esta guerra cruel son los niños. Algunos ejemplos de cómo se usan estas armas son los siguientes comentarios:

- «Me los quedo yo, porque los quiero más, y además te voy arruinar la vida».
- «Me aseguraré de que no te quieran ni ver».
- «Te lo voy a poner muy difícil, para que no me olvides jamás».
- «Además, la ley está de mi parte, y tú lo

sabes muy bien».

Ya estamos otra vez con la ley. Pues muy bien, así es, la ley, como ya he dicho en el capítulo anterior, está de parte de las mujeres. Espero que solo por ahora, que pronto sea equidistante y justa.

Pero una madre —¡ojo!, he dicho madre— que de verdad quiera a su hijo intentará evitarle cualquier dolor innecesario.

Las madres les evitan a sus hijos que pasen frío, les impiden que pasen hambre, les previenen, o al menos intentan, de que les hagan o les digan cosas dañinas en el colé, pasan noches en vela cuidando de ellos...

¿No puede evitarles el daño que les producen hablarles mal de su padre? ¿Y de su familia?

Cuando estas mujeres les hablan mal a sus hijos de sus respectivos padres y familias, les están diciendo que su 50% está mal o es malo. ¿No os dais cuenta? Les roban de un plumazo su media identidad. Desde luego, los que no pudieron elegir



al padre que hoy tienen fueron ellos. Siempre ellos, los niños. Los perdedores en todas las guerras.

Repito una vez más que nada tiene que ver el estado civil de la pareja. Pero sí la decisión que un día tomaron respecto a tener hijos o ser padres.

Pondré otro ejemplo de personajes muy conocidos en España:

Antes recordé a unos padres separados, puesto que la niña sigue teniendo padres.

Sin embargo, hay otra pareja en la que curiosamente él también es torero y, además, según los entendidos en el mundo del toreo, valiente como pocos. Esta pareja no lo ha podido hacer peor. No quiero ni pensar en esa hija. Casualmente, en este caso también se trata de una niña. Me imagino la cantidad de veces que habrá llorado y lo que seguirá llorando. Ni le dejan tener un padre ni puede tener una madre. Lo que sí puede tener constantemente es una sensación de no ser querida y, además, también tiene a la mujer que

la trajo al mundo frecuentemente enfadada, crispada, irritada...

Así, con este clima antinatural, no se puede hacer feliz a nadie, por mucho que uno se empeñe, ni por mucho dinero que se tenga. Hay que centrarse en dar felicidad. Es una de las pocas cosas que cuando se reparte aumenta.

Si me paro a pensar y me pongo en el lugar de la niña, creo que muchas veces tendrá las siguientes sensaciones negativas:

- «Toda la culpa la tengo yo».
- «Si no hubiera nacido, no se estarían peleando todos los días».
- «Dicen que me quieren, pero siempre que hablan de mí se enfadan».
- «Encima, gracias a la televisión, lo saben todos en mi colegio».

Es que esta niña lo tiene mucho peor.

Ellos tienen una hija, pero ¿la niña tiene

padres?

La televisión bucea todos los días en el amarillismo, contándonos los males ajenos. Pero ¿acaso se plantean los directivos de las cadenas el sufrimiento que causan a muchos niños? ¿Alguien se ha acercado a ellos para preguntarles cómo lo están pasando? No basta con taparles la cara o difuminar su imagen. Los sentimientos heridos no aceptan ese tipo de aspirinas.

¡Ya está bien de tanta incoherencia!

Me encantaría que a esa niña alguien le hiciera sentir el orgullo de tener un padre como muchos otros niños quisieran; que pudiera sentir que tiene un padre que seguramente vale la pena conocer, y que muchos quisieran conocer, por lo menos como personaje; que solo ella fuese la encargada de juzgarle como padre; y que pudiera comprobar por ella misma si su padre la quiere o no.

Una madre de verdad (no una simple progenitora) le diría a su hija: «Estoy totalmente convencida de que papá te quiere con toda su

alma. Nunca lo dudes, cariño». Éste es uno de los mejores regalos que le podemos hacer a nuestros hijos, tanto si estamos separados como si no.

Si leyéramos más libros de especialistas, si le dedicáramos un poquito más de tiempo a estudiar los comportamientos de los niños que se encuentran en estas situaciones, nos daríamos cuenta de que su sufrimiento es mucho mayor que el que puedan aparentar o sufrir sus progenitores.

Estos niños se sienten culpables, cuando en realidad ¿qué culpa tienen ellos?

Ser un niño y saber —porque se lo han dicho los adultos— que sin haberle causado ningún mal a su padre, éste no le quiere, debe producir una sensación similar a la que siente un condenado a cumplir una sentencia sin haber cometido ningún delito. ¿Cuál es el delito del niño? Nada en el mundo justifica decirle a un niño: «Tu padre (o tu madre) no te quiere».

Por favor, ponte durante un segundo en el lugar de un niño de éstos. Y ponte también durante un

segundo en el lugar de esa abuela a cuyo hijo están acribillando públicamente, diciendo de él que es un mal padre. Ese padre también tiene una madre, y no debemos olvidar que los hijos siempre son nuestros niños, siempre, aunque tengan treinta, cuarenta o cincuenta años. La abuela también sufre, puesto que le están haciendo mucho daño a su hijo. El dolor de esta señora, como el de tantas y tantas abuelas, es un dolor que gratuitamente las progenitoras de sus nietos les proporcionan. Las peleas y discusiones que tengan los ex deben ser única y exclusivamente de ellos. Los niños tienen que quedar aparte, porque si no se corre el riesgo de poner en peligro la relación con sus abuelos, tíos, primos...

Es curioso, pero el primero de los dos ejemplos de los toreros de antes da para una profunda reflexión. Me refiero a que los dos miembros de esta pareja de padres separada tienen una cosa en común: no pudieron tener a sus respectivos padres en casa y a diario. Ella, la

diseñadora de moda, debido a que su padre nunca paraba en casa, por lo menos durante su infancia. Y en el caso de él, el torero, debido a otra circunstancia que ahora no procede ser contada y que tampoco es lo importante de este asunto. Lo que sí resulta asombroso y digno de analizar es la fortaleza de ellos dos, de estos padres separados para asegurarse que su hija no sufra jamás la carencia emocional de sus padres.

De esta mamá sé, porque es un personaje público, que no hace mucho tiempo perdió a su padre, y dicen los que la conocen que esta pérdida la partió por dentro, que la dejó muy tocada.

Nunca olvidaré el día que dieron la noticia por televisión. Aún recuerdo que sentí una pena terrible, pues casi todos sabíamos lo mucho que ella lo quería.

Me llamó mucho la atención que su padre fuera la única persona a la que le dejase entrar a ver sus colecciones de moda flamenca. Ni siquiera su madre o hermana podían compartir ese momento

de creación de la diseñadora. En una entrevista que le hicieron, contó entre lágrimas lo que su padre había sido y supuesto para ella, que sin lugar a dudas su pérdida había sido el palo más duro que le había asestado la vida. Me conmovió y me hizo llorar. Yo también sabía lo que suponía una pérdida de ese calibre —en mi caso, mi madre—, y dije: «¡Qué lástima me da esta chica!». Mi hijo me contestó: «Mamá, no estés triste. Si tan duro fue para ella, será porque tuvo la suerte de tener un buen padre, ¿no? En realidad tuvo mucha suerte, ¿verdad mamá?».

Sin más remedio tuve que darle la razón y un abrazo.

¿Alguien se puede imaginar la mutilación que habría producido la madre de esta diseñadora en ella si alguna vez le hubiera impedido ver a su padre, si le hubiera negado el padre que le dio? Esto es así de crudo. Las parejas a veces se separan, pero a los hijos hay que dejarlos al margen. Siempre.

Sin embargo, en el caso del otro torero y su expareja, podemos asegurar que ambos tienen una hija, pero no estoy tan segura de que la niña tenga verdaderos padres. Tanto este torero como su ex tuvieron a sus respectivos padres a diario en casa. Por tanto, no conocen el dolor que puede causar el no tenerlos, el no poder disponer de ellos cuando se les necesita.

¿Acaso será que se valoran más las cosas cuando no se tienen? ¿Acaso será que no se trata de cantidad y sí de calidad? ¿Acaso será que no se trata de muchas horas y sí de tener la certeza de que te quieren, aunque en ocasiones no hayan podido estar contigo todo lo que tú quisieras?

Saber que te quieren es lo mejor.

Lamentablemente estos ejemplos los tenemos al orden de día. No hace falta la televisión. Tenemos hermanos, vecinos, amigos, tíos e hijos.

No, no hace falta la televisión para saber que esto existe, pero parece que consuela el mal de muchos. Pues el mal de muchos solo consuela a los



bobos y a los que no tienen escrúpulos.

He de decir que los adultos tenemos la obligación de defender y educar a los niños, a todos, sean nuestros o no. Esto también lo dice la ley. Si alguna vez ves que se está cometiendo un abuso sobre un niño no haces nada por ayudarlo, te conviertes en cómplice. No importa si el abuso viene por parte del progenitor o la progenitora, a ti solo debe importarte que se trata de un adulto que maltrata a un menor.

Cuando yo era pequeña, cualquier adulto apoyaba la educación que recibía. Si yo hacía algo que no estaba bien, en la calle, en el patio de mi casa, en el autobús o donde fuera, ningún adulto dudaba en recriminarme mi conducta inadecuada. Ahora la cosa está más complicada. Lo primero que pensamos es cómo nos contestarán esos niños y adolescentes a los que les vendría muy bien llamarles la atención. Sin embargo, preferimos callarnos cobardemente.

Sería muy bueno para nuestra sociedad que

todos nos aplicáramos lo que reza este dicho milenario: «Para educar a un niño se necesita a toda la tribu».

Por cierto, cuando oigas a una madre o a un padre autoproclamarse como autosuficiente para educar a solas a su hijo, sospecha.

Paradójicamente, a los padres con título, es decir, a los de verdad, a los que se lo han ganado con amor y esfuerzo, nunca les parece que han hecho bastante por sus hijos.

Hay un tema...

Hace unos años fue muy conocido un caso de una universitaria que mientras asistía a clase, dejaba a su bebé en el maletero de su coche. Este hecho fue descubierto por la policía, aunque muchos estudiantes habían oído en varias ocasiones el llanto de un bebé en diferentes días y horas. Pensaron que debía de ser el llanto de algún muñeco, hasta que por fin, otra estudiante puso en alerta a la policía. No sé qué habrá sido de ese

bebé, pero cada vez que lo recuerdo me estremezco y no puedo evitar pensar qué lleva a una estudiante, a una persona, a una madre a hacer algo así.

¿Por qué no utilizó métodos anticonceptivos para no quedarse embarazada? ¿Por qué continuó con su embarazo si hoy en día disponemos de medios para saber que estamos embarazadas con tan solo diez días de gestación? ¿Por qué no lo deja en un centro de acogida si no lo quiere?

¿Por qué algunas progenitoras se empeñan en hacerles cosas malas a niños indefensos? ¿Qué clase de personas comete estas aberraciones? A lo mejor las tenemos sentadas en la butaca de al lado y somos incapaces de darnos cuenta.

No podemos dar por sentado que toda mujer que tiene hijos es buena madre, por una sencilla razón, porque no es verdad.

Por eso hay decisiones como ser padres que no se pueden confundir con el hecho físico de tener

hijos. Los padres, los que quieren serlo, siempre deben meditarlo y aprender a serlo, porque no se nace sabiendo, y menos a ser padres. Porque si no habrá dos responsables. Pero ¿la última decisión solo la toma uno? Suena a algo fortuito. Evidentemente, sí, nacerá un hijo o no, quién sabe... Lo único seguro es que solo ella decidirá qué hacer. Si nace, espero y deseo que no caiga en manos crueles.

No vivimos en el Paleolítico. Se supone que somos mucho más civilizados. Por eso ahora sabemos que las personas con alguna discapacidad, del tipo que sea, tienen derecho a la ayuda para superar tantas barreras todavía hoy existentes, pues todos podemos ser discapacitados en cualquier momento de nuestra vida. Tal vez lo hagamos por egoísmo, no lo sé, pero sí sé que hoy en día lo hacemos. No dejamos que los devore el león porque les falte una pierna. Somos civilizados y tenemos corazón. Al menos eso quiero pensar...

De igual modo, sabemos que también hay gentuza, aunque es capaz de enmascarar su maldad y crueldad. La tenemos a nuestro alrededor sin saber muy bien quiénes son. Su irresponsabilidad los lleva a traer hijos a este mundo, sin previa reflexión, ni preparación, ni raciocinio; algunos por crueldad y otros por ignorancia.

Un ejemplo claro es el de aquel tipo que quemó vivo a su hijo de seis años para poder cobrar después el seguro. ¿Quién protegió a ese niño? No me refiero al momento en el que fue quemado, sino a aquellos seis años llenos de sufrimiento y maltrato que debió pasar.

¿Dónde estábamos cuando aquella progenitora dejaba a su hija rodeada de cristales para asegurarse de que no se moviera del sitio donde la dejaba mientras ella llegaba de vuelta a casa? ¿Dónde estábamos?

**No quiero que aparentemos ser lo que no somos.** Convivimos todavía con muchas personas que actúan como cavernícolas. Si a éstos les

pudiéramos retirar los hijos nada más nacer y conseguir que estos niños no sufrieran ningún mal, yo sería la primera en decir sí a la vida en todo momento. Pero seamos realistas, eso no podemos hacerlo. No quiero condenar a ningún niño a tener unos progenitores así.

Lo que te acabo de contar no tiene nada que ver con la pobreza. Estoy segura de que en el mundo hay más niños pobres y amados que ricos y amados. Con lo que sí tiene mucho que ver es con la hipocresía de unos pocos y el buen corazón de otros.

Nos dicen que todos tenemos derecho a vivir, pero se les olvida decirnos que ese derecho debe ser a vivir dignamente **No deberíamos permitir que un solo niño se vaya de este mundo sin haber sido amado y respetado.**

Si en este siglo en el que vivimos sobra de todo y somos incapaces de solucionar el problema del hambre; si somos incapaces de resolver la situación de miles de niños que están ya aquí, en

este mundo, y que siendo amados, somos incapaces de salvarles la vida; entonces, ¿cómo nos planteamos siquiera poder salvar la vida a los hijos de tantos degenerados? ¿Alguien me lo puede explicar?

¿Quién quiere ser el hijo del pájaro que violó a su hija y acabó lanzándola delante de un taxi para cobrar su seguro? Hablo de este malnacido que consiguió que no hubiera pruebas, para así poder escabullirse de la cárcel, cuando ya previamente había abusado sexualmente de su hija e inculpado a un profesor por ello, y continuó su marcha para acabar asesinando a otra niña. ¿Quién podría querer ser hijo de este monstruo? De él y de la pájara que lo acompañaba, que además durante el juicio por el asesinato de la niña reconoció, muy orgullosa, que era racista. Dijo: «Sí, me reconozco racista. No me gustan los gitanos, los negros ni toda esa gente».

Si esta pájara se quedara embarazada nuevamente y no quisiera tener a su hijo, no sería

yo quien se lo impidiera, bajo ningún concepto. Hay monstruos en el mundo. Debemos reconocerlo y asumirlo. Desde luego, lo que no deseamos para nosotros no se lo deseamos a nadie, y menos a quien no puede elegir.

Expresado lo anterior, te diré que estoy a favor de la vida, pero no de este tipo de vida.

No hace falta ser mala persona para abortar; eso no es cierto.

¿Cuántas criaturas jóvenes lo han hecho porque las circunstancias les han superado? El pánico a enfrentarse a unos padres que no entenderían la situación, a la sociedad que por un lado las anima a tenerlos, pero por otro las critica y rechaza. Otras que tienen miedo a no saber si podrán mantenerlos. Otras que sienten que no están capacitadas para afrontar una responsabilidad tan grande, porque se les queda muy grande el traje; algunas son niñas. Otras que ante una situación de riesgo tienen pavor a dejar a sus hijos sin madre. Hay gente que de forma hipócrita se atreve a



cuestionar a estas mujeres, sin haberse visto jamás en una situación parecida. Solo hay que tener un poco de empatía para entenderlas. Podemos pensar lo que queramos. En muchas ocasiones he oído cosas como: «Pues que no lo hubieran hecho». Qué fácil es criticar. Qué fácil es hacer leña del árbol caído.

A esa gente que critica tan alegremente me gustaría verla en una situación parecida. Si a su niña le ocurriera esto y no quisiera tener a su hijo, si no pudiera porque no está preparada, ¿qué haría esa gente que reprocha y juzga?

Posiblemente estas mismas personas que critican nunca les explicaron a sus hijas cómo debían afrontar su sexualidad y las consecuencias que puede acarrear, las buenas y las malas.

A lo mejor a alguna chica le han tocado unos padres que saben criticar mucho, pero que han dedicado poco tiempo a explicarle los valores humanos. Por ejemplo, ser responsable, hacerse respetar para no sufrir consecuencias... A

enseñarle a utilizar métodos anticonceptivos, que además la librarían de muchísimas enfermedades venéreas. A estos que son más liberales y a los que no lo son tanto tal vez se les olvidó explicarles que, ante una situación inesperada, lo último que deben hacer es avergonzarse de un hijo. Equivocarse es de humanos, y son los humanos los que tienen capacidad para ayudar. Si estás pensando en animarla, en darle toda tu ayuda sin recriminarle lo ocurrido, entonces te digo ¡qué suerte tiene tu hija por tenerte!

En cambio, si piensas recriminarla, dejarla sin salida, sin apoyo, y solo la vas a criticar, te pregunto ¿de qué sirven las críticas en ese momento? ¿De qué sirve el «Ya te lo dije»?

Como ves, todos somos disminuidos o analfabetos en algún momento. Unos, por no saber cómo actuar; otros, por no saber cómo ayudar a resolver la situación sin criticar. Les decimos: «Tened a vuestros hijos, pero apañaos como podáis, porque para quedaros embarazadas no nos

necesitasteis».

La gente asiste a las manifestaciones en contra del aborto y, por tanto, a favor de la vida. Sin embargo, de ahora en adelante me gustaría que esa gente que se manifiesta a favor de la vida lo hiciera de verdad. Como dicen los niños, de verdad de la buena, y defendieran también la vida de esas progenitoras. Ésta también importa; es una vida que hay que tener en cuenta. Nos tendremos que asegurar de que seremos capaces de responder en caso de ser requeridos, como lo hizo la madre Teresa de Calcuta, que colgó carteles por toda la ciudad de Calcuta donde decía: «No tiréis a los bebés a la basura; yo los acojo a todos».

Esta magnífica persona lo decía y lo hacía.

No basta con ir a las manifestaciones para que vean lo buenas personas que somos. Además, debemos asegurarnos de que seremos capaces de hacer todo lo que defendemos a favor de los bebés. Si no vamos a ser capaces, al menos no critiquemos.

Personalmente conozco tan solo a una persona capaz de hacer esto. Encima no va a las manifestaciones porque dice que no tiene tiempo para asistir. Argumenta que los niños lo necesitan en todo momento...

Me gustaría que estas manifestaciones tuvieran otro eslogan. Por ejemplo: «Por la paternidad siempre responsable».

Porque esto está mucho antes que lo otro. Se supone que estas manifestaciones se hacen para concienciar a la gente de lo que ocurre, a las nuevas generaciones que están formándose. Si hay que protestar, protestemos, pero para prevenir. Que nadie tenga que llegar a lo otro. De todos es sabido que una manifestación no va a evitar que una mujer aborte, ni que quiera a un hijo que está por llegar, ni evitará que lo maltrate si se le obligara a tenerlo. Todo esto ya lo sabemos. Las mujeres que quieren abortar lo hacen desde hace milenios, aunque a muchas les costaba la vida. Ése no es el mensaje correcto. El mensaje es el sí a la

vida.

Eduquemos a las nuevas generaciones a crear vida. Enseñemos a las niñas, futuras mujeres y posibles madres, que se puede elegir... con responsabilidad. Si carecemos de ella, o simplemente no queremos tenerla, que nos eduquen para utilizar métodos anticonceptivos, para no causar atropellos innecesarios. Pero que nos eduquen para ello.

Que les dejen claro de una vez a esas adolescentes que ante su elección de ser madre, no habrá marcha atrás, ni con respecto al padre elegido ni con la familia de este tampoco. Esa familia, la del padre, también será la familia de su hijo. De manera que una madre que eligió un padre para su hijo, ¿cómo puede después criticarlo, negarlo, prohibirlo...? Eduquémoslas de una vez para que las custodias compartidas sean entendidas y aceptadas desde antes de la elección.

Qué mala costumbre tenemos, qué fácilmente hacemos de jueces en casa del vecino. No todo el

mundo sabe afrontar las adversidades. Pienso que es mucho más responsable y humano asumirlo. ¿De qué sirve traer un bebé al mundo sabiendo que no seremos capaces de hacernos responsables de él como es debido?

He explicado todo esto porque necesito que se entienda mi postura. No todo vale con la vida de los niños. Lo único que me vale es que cuando se traigan niños a este mundo, hayamos pensado en lo que significa ser padres.

Ahora quiero hablaros de los que ya están aquí, los que sufren maltrato diario de manera muy sutil según la sociedad. Desde luego, comparado con lo que antes te he contado, puede parecerlo.

**En el tercer mundo, los niños mueren de hambre y en el primer mundo, en el civilizado, se les muere el alma por falta de afectividad y comprensión. Pues quiero encontrar ese segundo mundo que nadie nos ha dicho dónde está, pero que es donde reside el sentido común. Ése en el que no tiene sentido traer hijos al**

**mundo para después ser maltratados por parte de los que un día decidieron traerlos.**

Es como cuando un maltratador es acusado de pegar a su pareja y él se excusa diciendo que no la maltrató mucho, que fue solo un poco, que no le pegó todo lo fuerte que podía, que fue solo un par de veces... Lo peor es que lo dice convencido de que realmente no la maltrató demasiado. Claro, ¡como no la mató! ¡Qué barbaridad!

Qué ocurre con ese niño que llega porque una señora decide s3lita traerlo al mundo, hacer responsable a quien no le consult3 y, de paso, decirle al ni3o que su padre no lo quiere y toda la familia de 3ste es muy mala, que solo ella es muy buena porque s3 quiso que naciera. ¡Menudo porrazo se va a dar el ni3o!

He empleado bien la palabra. El porrazo est3 asegurado.

Quiero que quede claro que decirle a un ni3o que no es querido es tambi3n un maltrato. ¡S3! Un maltrato grav3simo.

Por mucho que una mujer quiera a su hijo, si lo quiere solo para ella, si cree que es exclusivamente de ella y solo a ella le pertenece, comete maltrato con su hijo y las demás personas. Porque los niños vienen a través de nosotros, pero no nos pertenecen. No son cosas.

¿Crees que por no pegarle no se le maltrata? ¿Crees que porque se le dedica al niño todo el día no se le maltrata? ¿Qué tiene de malo que también sea querido por su padre? Ese que también lo ha estado criando y educando hasta que se ha separado de su mujer. Incluso, ése al que no se le ha preguntado, pero sí se le ha usurpado el derecho a decidir y, todavía así, quiere ejercer de padre.

Una madre debe saber todo esto. Si no lo sabe, es que no es una madre de verdad.

A mí me da que todo esto tiene un tufillo raro, raro. ¿De verdad una madre no sabe esto? ¿Acaso no será que se está obligando a alguien a hacer algo que no quiere, no se le consultó o,



simplemente, se le engañó? A lo mejor es que por encima de los intereses de los niños hemos antepuesto:

- Si la casa me la quedo yo o no.
- Si me queda una buena pensión o no.
- Si vas a pagar el resto de tu vida que me hayas puesto los cuernos.
- Si era muy joven y me has destrozado la vida porque yo no sabía que esto era así.
- Sí, soy divina y éste tiene pasta. Que pague porque yo lo valgo.

Una lista infinita...

Lo hemos hecho mal, muy mal.

# 5

## Lo que reivindicábamos

From:

mehadichomama@gmail.com

To:

anna1999@mailito.com

Querida Anna:

Hoy quiero contarte todo lo que hemos hecho mal las mujeres de mi generación. Más que mal, yo diría fatal, con falta de sensibilidad y en muchas ocasiones con avaricia. Sin respeto alguno a lo que

significa la palabra madre. Tengo que decirte que la mayoría no lo ha hecho conscientemente, por supuesto, pero desgraciadamente todas lo hemos permitido. Lo peor es que han sufrido niños inocentes y hombres que amaban a sus hijos.

Creímos que no hacer nada al respecto era protegernos como mujeres, pero la realidad es que hemos empobrecido nuestra

dignidad.

Lo injusto es injusto, lo haga quien lo haga, porque ya somos iguales.

Ahora las mujeres de tu generación podéis hacerlo bien. Tenéis que hacerlo por el bien de vuestros hijos y para devolverle a la palabra *madre* el significado que se merece. Además, debéis hacerlo porque hay todavía muchas mujeres, en diferentes partes del mundo, que siguen estando sometidas.

Debéis ser un buen ejemplo para ellas y, sobre todo, para aquellos que las siguen sometiendo. Ellas jamás lo conseguirán si vosotras no dais un buen ejemplo. En cambio, si lo hacéis bien, los hombres no tendrán excusas y ellas tendrán el poder de decir la verdad: que las mujeres no quieren estar por encima de los hombres en privilegios respecto a los hijos. Que desgraciadamente, es

lo que la mayoría cree.

Quiero que cuando se pronuncie esa palabra no haya jamás ninguna duda. Que toda la sociedad sepa la clara diferencia entre madre y progenitora, para que estas jamás se puedan amparar bajo esa limpia y digna palabra *madre*.

Un besito. Mamen.

Mujeres y hombres, hombres y mujeres, en igualdad de derechos y obligaciones. Como debe ser. Pero debe ser así siempre, no solo cuando a nosotras nos convenga.

Seguro que has oído algo del estilo de: «No quería ser padre, eso no, pero meter sí que ha metido». Lamento la expresión, pero la he oído demasiadas veces, y a renglón seguido: «¡Pues que se joda!».

¿No habíamos quedado en que las relaciones sexuales eran una cosa y decidir ser padres otra? ¿No era lo que reivindicábamos? ¿Ahora qué? Pero como quiero que él sea el padre de mi hijo, porque a mí me interesa, lo acuso de haber metido.

Motivos se pueden tener varios para que él sea el elegido como progenitor de tu hijo. Cito algunos:

- «Estoy enamorada de él». Es el más inocente. Esta mujer seguro que llorará de verdad.
- «Me ha dicho que me quiere. Así que todo lo que no me gusta de él lo cambiaré más adelante».
- «Está como un tren. Es un poco golfo, pero qué le voy a hacer, me gustan así. Seguro que

conmigo cambiará».

- «¡Que no se hubiera casado conmigo! Sé que hablamos de no tener hijos de momento, pero seguro que cuando le diga que va a ser padre me perdona la mentirijilla. Tampoco se quería casar y mira, al final lo conseguí».
- «Tengo que darme prisa en darle un hijo, porque si no llegará otra más joven y me lo quitará. ¡Y con toda la pasta que tiene...!».
- «Es famoso y para cuando me deje, me hago una turné por los platos de televisión y me saco para vivir bien de por vida».
- «¡Quién sabe!, a lo mejor me convierto en la próxima princesa del pueblo».

Ahora me gustaría plantear un par de preguntas:

- ¿En qué momento dijo él que quería ser padre?
- ¿Se le preguntó antes o cuando el embarazo



ya era un hecho?

Por cierto, a la que pensaba que lo iba a cambiar más adelante, ¿no te habías enamorado de él tal y como era, siendo golfillo? ¿En aquel entonces querías cambiarlo? ¿Con qué pócima lo cambiarás? ¿Le has preguntado si quiere cambiar?

Y a la otra, la que da por hecho que estar casada le permite hacer padre al marido sin previa consulta se casó, pero lo ha engañado.

Está claro que si este tipo de chicas (o señoras) decide tener un hijo, nadie podrá impedirlo, aunque él no quiera.

Ella se aprovechará de la actual ley, aunque para él solo se tratara de un revolcón de una noche; aunque él le dejara muy claro y a tiempo que no quería tener hijos; aunque él ya esté casado con otra mujer; aunque ella mintiera diciendo que no se podía quedar embarazada...

Si ella ha decidido tener un hijo, nadie lo podrá evitar. Se escuda en que la ley es la ley,

cosa que si fuera a la inversa, es decir, si fuera el hombre el que abusara de su poder, clamaría al cielo.

No hay ninguna ley que obligue a una mujer a tener un hijo. A estas alturas, lo tenemos todo claro. Doy gracias por ello, pero ¿en qué momento una mujer decide imponer su deseo, su sueño, su voluntad, a otro ser humano y por qué? ¿Por qué le respalda la ley? ¿Es justo? ¿Nos sentimos orgullosas, poderosas? ¿Acaso fue para esto por lo que lucharon todas esas mujeres y hombres? ¿Para que las mujeres de hoy cometan estas injusticias con niños, padres, abuelos...?

Creo que, precisamente, batallaron para que no llegaran más niños a este mundo sin ser muy deseados por sus padres, por los dos, y con las responsabilidades muy claras.

Recuerdo todo lo injusto que los hombres podían hacer antes porque la ley lo permitía. He citado algunas de esas cosas, pero no todos se aprovechaban y pegaban a su mujer esa bofetada

legitimada Solo lo hacían los necios, los cobardes, los acomplejados que se sentían poderosos imponiendo la fuerza, ya fuese con la ley en la mano o sin ella. Como hacen ahora algunas mujeres con sus mentiras, chantajes y beneficios egoístas con la ley de cara Por eso, estoy segura de que nuestras antecesoras no deben de estar muy orgullosas de nosotras.

Aprovecho para recordar que siempre hubo, hay y habrá hombres valerosos que nos defendieron cuando necesitamos su apoyo. Que ayudaron a una gran mujer, Clara Campoamor, por ejemplo, a que nosotras y nuestras hijas —todas las mujeres— tengamos voz y voto, y seamos escuchadas.

Me gustaría que en los colegios explicaran cómo una sola mujer consiguió lo que todas ahora poseemos. Conocer la historia nos puede hacer mucho bien.

En el 1932, Clara Campoamor logró que las mujeres en España pudieran votar. Por entonces,

solo había dos mujeres en el congreso de los diputados y ni siquiera la otra la apoyó, a pesar de que eran del mismo partido. Le dijo: «Siento no haberte apoyado, pero creo que la mayoría de las mujeres todavía son analfabetas y se dejarían llevar en el voto por sus maridos o los curas, y entonces retrocederíamos», a lo que Clara Campoamor contestó: «¿Más...? ¿Tú crees que se puede retroceder más si las mujeres no tenemos ni voz ni voto?». Clara no cedió y ganó con el respaldo de los hombres. El objetivo de ella era la igualdad. Por tanto, podemos decir que lo consiguió para España una sola mujer, con la ayuda de muchos hombres, y la mayoría no era de su partido. En los demás países del mundo se necesitaron miles de mujeres para lograrlo. Aquí solo hizo falta una.

Independientemente de que la ley sea justa o no, lo permita o no, lo cierto es que hay personas que abusan de otras, con la ley o sin la ley, con razón o sin ella, que obligan a otro ser humano a

ser o a hacer lo que no quiere.

A esas personas yo les diría: «Se puede obligar a un hombre a tener un hijo, pero jamás se podrá obligarlo a ser padre si no quiere. Aunque en este caso, desgraciadamente no lo pagará la progenitora, sino su hijo, pero ella será siempre la responsable de esa orfandad».

Esas mujeres, ya que robaron lo que querían y no se les va a condenar por ello, por lo menos deberían intentar ser madres y no conformarse con ser solo progenitoras. Pero que lo intenten con todas sus fuerzas. Porque ahora ya no se trata ni de ella ni de él, sino de algo mucho más importante que también nacerá con unos derechos que seguramente ella ni siquiera se había planteado antes.

El hombre que eligió para que fuera su progenitor lo será de por vida, le guste a ella o no.

Los tíos, primos, abuelos... todos éstos son también su familia, le guste a ella o no. ¿O también pensaba cambiar a toda la familia? ¿Ninguno de

sus miembros es suficientemente bueno? ¿Acaso sus primos (niños carentes de toda culpa) son malos también? Porque no debe olvidar que su hijo, al nacer, adquiere el derecho de ser el único que debe valorar en el futuro a quién debe querer o no.

¿Solo son buenos los componentes de la familia de ella?

En el mundo, la vida es muy variopinta. Hay personas de todo tipo: gruñonas, serias, simpáticas, entrañables, especiales, originales, chismosas, dañinas... Todo esto lo tiene que aprender y valorar él solito, pero con la ayuda de su familia. ¿O es que acaso ella es omnipotente como Dios?

No es necesaria la televisión para saber que existen casos de todo tipo, aunque, desgraciadamente, siempre se oye lo peor de cada caso y cada casa. Esa historia que te conté al principio, en el capítulo 1, sobre aquella chica que obligó a su marido a tener un hijo para después no

dejarle ser padre, ¿recuerdas? ¿En qué consistían sus anhelos? ¿Quería una hija y un marido de por vida? Sí, así era y eso lo sabemos. Pero ¿por qué castigó a toda la familia paterna de su hija? ¿Por qué esa niña no pudo sentir que tenía muchos primos que la querían? De verdad pienso que hay gente sin corazón. Solo hacen las cosas para aparentar ante los demás. Solo piensan en ellas mismas.

¿Tú crees que sabía que hacía sufrir a tantas personas, que esta mujer se sentiría feliz si supiera que causaba tanto dolor? Jamás ninguna de estas personas le recriminó nada, precisamente, para que la niña nunca pudiera tener un mal recuerdo de su familia paterna. Eso debió hacer que la madre de la niña se sintiera muy poderosa.

Esa chica era una tirana. Solo se hacía lo que ella decía y cuando ella lo dijera.

Perder a un padre en un accidente, en una guerra, o que reniegue de ti, por el motivo que sea, debe ser horrible. Pero tenerlo, que quiera serlo y

no lo puedas disfrutar porque te lo han negado...  
¡Qué pérdida y qué dolor más innecesario!

Esta mujer suplicó para casarse, y por medio del engaño consiguió lo que quería, de manera que se acabó su sufrimiento. Pero él, que atendió su súplica por no soportar verla llorar, ¿cuándo liquidará su penitencia por haber sido un bobo con buen corazón?

Creo que la progenitora confundió ser responsable de la niña con ser su dueña. Que su egoísmo, por no querer compartirla, ha empobrecido enormemente las vivencias familiares de su hija.

¿Cuándo podrá esta hija conocer la verdad? La verdad relativa, porque, por desgracia, la verdad de su padre nunca la sabrá.

Él siempre decía: «Ella es muy buena madre con mi hija. Solo la tiene tomada conmigo».

Evidentemente, pensar esto es un error, puesto que no se puede ser buena madre si le dice a su hija que su padre no la quiere. Una verdadera



madre jamás le causaría tanto daño a un hijo. Antes de hacerlo, se dejaría matar.

La sociedad da por hecho que la progenitora es buena por naturaleza y que el progenitor tiene que demostrarlo. Pero ¿y si no se le da la oportunidad de demostrarlo?

Yo no doy por hecho nada hasta que se demuestre.

¿Te imaginas que alguien pueda utilizar la amenaza de suicidarse para tenerte en sus manos? ¿Te imaginas que pueda haber personas que crean que eso es amor?

Hay tantos casos... Estoy segura de que éste te ha impresionado. Si no ha sido así es porque quizá nos impresionan los casos que tienen nombre y cara.

## 6

# Padres monedero

La mayoría recordará la historia de un conocido presentador de televisión que, supuestamente, mantenía una relación sexual adulta con una compañera de trabajo. Después de varios años de una supuesta relación sentimental, aunque no de convivencia puesto que él tenía pareja oficial e hijos, ella decidió tener un hijo de él, aunque éste le advirtió en numerosas ocasiones que no estaba de acuerdo. No obstante, ella se quedó embarazada, pero esta vez abortó. No quería contrariarle.

A la primera no le salió bien la jugada, pero siguió intentándolo... Como decíamos de niños: «Si me sale me la quedo; si no, la devuelvo».

Esta relación continuó, pero cuando ella se dio cuenta de que nunca sería su pareja oficial, sino

que lo seguiría siendo la otra mujer, volvió al ataque: nuevamente se quedó embarazada.

Ella cuenta que él es muy prepotente. Esto no lo puedo discutir, porque a él no lo conozco. Pero una cosa sí está clara: él no quería tener hijos con esta señora, aunque sí deseaba mantener una relación exclusivamente sexual. Ella lo sabía y aceptaba. Nadie le obligaba a hacerlo.

Lo de la prepotencia lo ha dicho ella públicamente. También ha dicho que no la trataba muy bien, por eso es difícil entender que insistiera tanto en querer tener un hijo con este *maltratador*. ¿Sería solo por el dinero?, ¿por la fama?, ¿por el prestigio? No, seguro que no. ¿O sí? No, qué va...

A partir de aquí es donde empieza la historia para el resto de los mortales. Una chica que se ha quedado embarazada y tiene a su hijo. Y como es famosa, pues nos acabamos enterando.

De lo contado anteriormente no se supo nada hasta que ella mismo lo detalló. Antes de que hiciera sus primeras declaraciones, casi llegué a

sentir empatía y respeto por ella, pues hizo algo que me pareció muy honrado y valiente: decidió no contarle a nadie quién era el padre del hijo que esperaba. Pienso que si una mujer quiere tener un hijo en estas circunstancias, porque no le ha salido la jugada como ella esperaba, pero quiere ser madre, pues adelante.

Otras mujeres lo hacen por medio de la inseminación artificial, pero es que ese hijo crecerá sabiendo la verdad, que no hay padre y que si él está en este mundo es porque su madre, con valentía, así lo decidió. En ningún momento, a este niño se le dice que su padre no lo quiere o ha renegado de él. Por eso, el niño no se sentirá culpable ni responsable de nada. **Claro está, tal decisión la toman muy pocas mujeres, puesto que el banco de espermatozoides no paga ninguna manutención, ni casa, ni te da autoridad para desangrar el corazón ni la vida a nadie.**

Así lo decidió su madre. Se haría cargo absolutamente de todo en cuanto al futuro hijo se

refiere: cariño, educación, manutención...

Este comportamiento no es reprochable. Lo que inadmisibile es que haya un solo niño en el mundo al que se le haga sentir que, por el simple hecho de haber nacido, no es querido.

Muchos niños pierden desgraciadamente a su padre o a su madre en accidentes de la vida, pero nadie les dice que no eran queridos. Lo realmente importante es crecer sabiendo que has sido deseado antes de nacer. Mucho más cuando ya estás aquí, en este mundo.

Pensé que esta señora —dejo de llamarle madre— se haría cargo de su decisión con valentía, porque hace mucha falta para afrontar a solas este sueño de ser madre. Pero, lo que en realidad ella había tramando era que su examante se doblegara a sus deseos. Aunque se equivocó y, además, llegó la crisis, la económica.

Él se mantuvo firme en su decisión; ella, no. El niño, que hasta los nueve años aproximadamente vivió feliz y sin disputas, disfrutando de una mamá

que lo quería muchísimo, se despierta un día con la noticia de que su padre existe, que además es famoso, pero desgraciadamente no lo quiere.

El niño seguro que se preguntaría a sí mismo cómo es posible que su padre no lo quisiera, si ni siquiera lo conocía ni sabía nada de él.

Ya contamos con una nueva tragedia de un niño víctima de su progenitora. Lo peor es que esta vez solo es por el asqueroso dinero.

Una vez más, la ley se ha manifestado. Dice que el presentador es el padre, aunque a mí me gustaría que a partir de ahora se empleasen bien los términos. El presentador es el progenitor de este niño y el niño es su hijo, pero el adulto nunca será su padre, a no ser que cambie de opinión, y ante esto la ley no puede hacer nada.

Esta progenitora usó la ley:

1. Para que se enterara toda España de quién era el progenitor de su hijo, aunque sin desearlo. También nos informó de que a ella le faltó

valor y honradez para criarlo sola, como en su día parecía ser su intención.

2. Para que se enterara toda España de que su hijo tiene un progenitor al que hay que obligar a ser padre, porque ella así lo pensó un día. El presentador fue el elegido...
3. Y por supuesto, también para cobrar la pasta, la pasta gansa.

Fuera de los tribunales, consiguió muchas exclusivas que le generaron pingües beneficios, introduciéndose de nuevo en el mercado del famoseo.

¿Crees que nos hubiéramos enterado de quién es el progenitor de su hijo si fuera un mendigo?

Quiero hacer una aclaración: no me importa que las personas hagan exclusivas. Al contrario, algunas son muy interesantes, y me gusta ver a los periodistas hacer bien su trabajo, con preguntas mordaces a personajes sugerentes, pero no con el tema niños y difamar a otras personas en estos

programas, me parece muy necio.

Ella ha ganado mucho dinero con esta historia, pero no hay dinero en el mundo para compensar el sufrimiento de su hijo, que ahora, desgraciadamente, sabe que al que llaman su padre no lo quiere.

Realmente, el presentador nunca ha dicho que no quiera al niño. Pero antes de que hubiera nacido sí dijo que no quería ser su padre, aunque entiendo que ceder a un chantaje de este tipo es permitir que te quiten la libertad de tomar tus propias decisiones y, de rebote, perjudicar a un niño. Pero ¿quién ha provocado que esto ocurra? Evidentemente, ese daño no lo ha causado él, sino la señora, que a sabiendas de lo que iba a ocurrir, ha procurado tanto dolor a un niño y a un hombre. A los dos. Su sueño, el de ella, lo ha convertido en una pesadilla para estas dos víctimas.

A todo esto, realmente no sabemos si el presentador es el padre, puesto que la ley no ha podido conseguir su ADN, pero, claro, ante la



duda... caso resuelto y a pagar. Es más, ni siquiera podemos saber si es verdad la historia de que fuese amante de él, pero han dado tantos dividendos las supuestas verdades o las supuestas mentiras.

¡Pobrecita!

Esto que hacen hombres y mujeres, me refiero a la doble vida que viven a diario, ¿me puede gustar o no! ¿Lo puedo entender o no! Pues como dice un amigo mío: «hay muchas vidas» y cada una tiene una pequeña circunstancia que la hace distinta a todas las demás. Lo que a mí me importa es que no se juegue con la vida de estos niños fortuitos.

¿Puedes imaginar por un momento que el presentador fuera una mujer? ¿Te puedes imaginar que a la persona a la que se le ha obligado a tener un hijo fuese una mujer? ¿A la versión femenina de todo esto no se le llamaría violación?

Es muy distinto a lo habitual, ¿verdad?

Una mujer a la que han obligado a tener un hijo

en pleno siglo XXI es una barbaridad, ¿cierto? Sin embargo, esto que es tan abominable sucede a diario. Personas que obligan a otras a hacer cosas que no quieren, privándolas de libertad y utilizando para ello a bebés de cristal, fáciles de romper. Como siempre, no importa el género ni en qué siglo vivas. Se trata de malas personas a las que poco les importa utilizar a sus propios hijos, a bebés, para imponer sus sueños y deseos, y cuando alguien se niega a ser víctima de tan vil chantaje, se le demoniza siempre.

¿Cuántos mártires más han de haber para que reaccionemos de una vez por todas?

¡Menuda arma se han buscado!, un bebé. ¿Habrá algo más inocente y desprotegido en el mundo?

En los dos casos que te he mostrado (tanto el del marido engañado del primer relato, como el del presentador), quiero que observes varias cosas. Los dos padres fueron engañados, aunque uno sí decidió ser padre a pesar de no tomar él la

decisión, y el otro simplemente se niega a ser cuestionado y vapuleado a los caprichos de una mujer, puesto que él nunca decidió darle un hijo a esta señora, incluso duda de si será el padre. Los dos están en su derecho. Aunque los dos están también condenados a soportar las decisiones de los sueños de unas progenitoras amparadas por las leyes de este país.

¿Podemos catalogar al primero como buena persona? ¿Pero de qué le sirvió? ¿De qué le ha servido tanto sufrimiento?

¡Qué buen ejemplo para los jóvenes!

A los dos se les reclama una cosa vital para la vida del niño: dinero. No verán a sus respectivos hijos, aunque esto parece que no es tan importante, mientras tengan pasta. ¡Qué más da! Cuando crezcan, ya se les pasará a los niños ese sentimiento de no ser queridos. Además, ¿para qué están los psicólogos?

Al que ha dicho que no quiere asumir su paternidad, aunque se lo imponga la ley, lo

acusamos de haber renegado de su hijo y lo tachamos de hijo de..., sin embargo, ella se va de rositas.

Al que ha intentado comprometerse con su paternidad porque quiere ser el padre de su hija, le decimos que se joda y que no se hubiera casado si no la quería. Y ella se va de rositas.

No obstante, un niño y una niña están sin padres. Esto lo causó la decisión de esas mujeres utilizando el engaño y el chantaje emocional.

¿Alguien las ha acusado de obligar a unos adultos a tener una responsabilidad de por vida sin que ellos pudieran decidir?

**¿Acaso esto no es un delito? A mí me parece que sí. A mí me parece una violación en toda regla.**

Cuando el primero perdona el engaño y decide hacerse responsable de su hija pero no le dejan, ¿tampoco es un delito de la mujer?

Cuando estas señoras les quitan a sus hijos el tercer derecho de los niños, el de tener una

identidad, ¿tampoco es un delito?

«Por eso pido las pruebas de paternidad, para darle una identidad», dicen algunas.

Con mucho gusto les diría yo a estas mujeres:

«¡Cuidado!, no te hagas líos conmigo. No, cariño, no, esto te lo digo de manera sarcástica, claro. Es que a este punto hemos llegado porque tú has violado a otra persona. Ya se ha cometido el primer delito, y ahí es donde reside el problema. Ahora tenemos un niño con un derecho adquirido al nacer: saber quién es su progenitor. Pero su progenitor ha sido violado.

Y todo eso lo has hecho tú solita.

Aquí está la laguna legal que tú tan alegremente aprovechas. Te ríes del futuro padre. Tú decidirás si le dejas ser padre o no, pero eso sí, que pague puntualmente la pensión de manutención. También te ríes de tu hijo, en el que no pensaste antes de quedarte embarazada, sabiendo lo que le ibas a provocar. Y por último, también te ríes de la justicia, porque consigues la

pasta y has hecho de tu capa un sayo. ¡Que vivan los padres monedero!, que vivan... hasta la independencia de los hijos».

Qué a gusto me quedaría si pudiera decirle todo esto. Reconozco que hablar de esta injusticia me enfurece, pero es que últimamente aparecen fenómenos de estos hasta debajo de las piedras. Es como si se hubiera puesto de moda ser progenitora y todo el mundo lo aceptase sin cuestionarlo.

Sé que eso no es cierto, pero lo parece y debemos empezar a actuar. Ya nos estamos movilizando. Creo que será una realidad la custodia compartida, pero no basta con eso. Lo que hay que conseguir es que solo sean padres los que así lo hayan decidido.

No puedo dejar de contarte que hay cien versiones diferentes de padres e injusticias, pero ésta no quiero dejar de contarla.

Este caso es una pasada.

Me refiero a este hombre que durante el tiempo que estuvo casado fue un padre maravilloso, se

hacía cargo de sus hijos, incluso más que la propia madre. Pero ahora, tras la separación, las cosas han cambiado porque la madre ha de decidir si le deja o no seguir siendo un buen padre para sus hijos.

Claro, los niños ganarían mucho puesto que no perderían al padre que tienen, que es perfecto y ella lo sabe. Pero ella sabe que la ley le concede un poder que muchos quisieran, ya que en sus manos está:

- Que los niños sigan teniendo un padre maravilloso a los que ellos adoran.
- Que ella quede como madre ejemplar, ya que le permite al padre que continúe ejerciendo como tal.
- Y que su ex sea el mejor esclavo que jamás nadie pueda imaginar.

Estos requisitos son fundamentales porque él, mientras estuvo casado, no consentía cosas con las

que no estaba de acuerdo, como por ejemplo:

- Que los suegros se metieran en la educación de sus hijos.
- Que tuviera que ir siempre de vacaciones con ellos (los suegros).
- Que lo despreciaran porque los suegros tenían mucha pasta.
- Que cualquier decisión respecto a sus hijos fuera siempre cuestionada y, casi siempre, desaprobada: ¿fútbol?, ¿llevarlos al campo por la noche con el frío que hace?, ¿judo?, ¿baile moderno?... Mientras se escuchaba una voz a lo lejos que gritaba: «¡Qué espanto! Que ni lo sueñe. ¡No se lo consientas!».

Y los padres de esa mujer haciendo leña del árbol caído: «Cariño, tú no tienes por qué aguantar esas cosas. Aquí están tus padres para que le des una patada en el culo cuando quieras. Y si decide dejarte él, quédate tranquila, será mucho mejor. Ya



verás cómo paga cada lágrima que te haya hecho derramar».

Al final, este hombre se ha separado, pero si quiere seguir siendo un padre para sus hijos tendrá que ser el esclavo perfecto y lamer, lamer, lamer...

En teoría, cuando uno decide vivir en pareja se independiza. Los padres educan y los abuelos colaboran. Pero en la práctica, muchas veces no ocurre ni lo uno ni lo otro.

Encima, estos padres tienen que dar por hecho que han tenido suerte, ya que estas señoras les hacen sentir que son buenísimas, porque al permitirles ser padres, les han concedido algo que solo ellas les pueden consentir.

Los que no pasan por el aro, como los casos que conté antes, no podrán ejercer de padres porque ellas no lo permiten.

Nuestra sociedad está acostumbrada a aceptar, e incluso está bien visto, que estos padres, los que sí quieren serlo para sus hijos, tengan que vivir

bajo la tiranía y con las migajas de las horas durante las que ellas les dejan ver a sus hijos.

Encima ellas se quejan de la manutención y la casa en la que viven los niños, a la que hay que dedicarles muchas horas.

Les diría que si tanto sacrificio y lágrimas les cuesta mantener a sus hijos, ¿por qué no cambian las tornas durante un tiempo? ¿Por qué no les dejan a ellos ser los sacrificados durante una temporada? Que sean ellas las que abonen la manutención para los hijos y dejen el hogar familiar durante este tiempo. Mientras ellas se liberan de tantas horas dedicadas a la educación —y como encima solo van a estar con los hijos cuando los padres lo consideren oportuno—, van a poder disfrutar de mucho tiempo libre.

¿Por qué no permiten esto?

Me temo que no le gusta la idea a ninguna. Si la realidad fuera ésta, seguro que pedirían justicia para poder ver a sus hijos sin tener que pedir permiso a nadie, puesto que eso es antinatural.

Ésta es la verdadera justicia que reclamo para los padres y los hijos. Los que son padres, los que quieren serlo para sus hijos, no tendrían que pedir permiso a nadie para serlo, y menos a las que les robaron a los hijos que hoy tienen.

Esas progenitoras quieren hacer creer a la sociedad que cuando estos hombres dejan de amarlas, o simplemente se separan, aunque sea de mutuo acuerdo, también se separan de sus hijos. Esto en la mayoría de los casos es mentira.

Jamás vi a ninguna de estas reclamarle las pruebas de paternidad a un hombre pobre. Qué casualidad. En ese caso no defienden tanto que el hijo sepa quién es el progenitor.

Como en el caso del presentador, tenemos un bailarín, un cantante, un torero, un abogado, un jugador de fútbol... En fin, una lista muy larga. Tampoco hace falta que él sea famoso, cada una de estas mujeres, a su nivel, pero siempre intentando desangrar al máximo. Y si no hay mucho dinero, pues desangramos emocionalmente a niños y

adultos.

Quiero decir también (y esto es muy importante] a esas mujeres que mienten en los tribunales diciendo que han sufrido malos tratos (siguiendo el consejo de las malas amigas o de los malos abogados) para obtener la custodia absoluta de sus hijos, que cada vez que hagan eso y sea falso, ellas pueden ser las causantes de cada asesinato de violencia hacia la mujer. Ellas están apretando la soga en el cuello a cada una de esas mujeres que tanto sufren con esos cobardes energúmenos. Me explicaré a continuación.

De momento, ya llevan en su haber un hijo sin padre y un padre sin hijo, y encima con el sello de maltratador de por vida. Mientras, muchas otras mujeres realmente maltratadas no pueden recibir el amparo que necesitan porque se lo están dando a las mentirosas que han hecho creer que ellas también son maltratadas.

Como consecuencia de lo anterior, se suele decir que la justicia es lenta. Que la mataron

porque la ley dejó libre al sinvergüenza asesino porque no había suficientes pruebas que lo incriminaran y los que tenían que encontrarlas estaban ocupados con casos falsos, como el de esas mujeres que mienten vilmente.

¿Cómo pueden estas mujeres cargar con todo este mal a sus espaldas?

¿Sería más rápida la justicia si a las personas que mienten les recayera la misma pena que piden para sus falsos agresores? La misma pena; es decir, perderían la custodia, una orden de alejamiento, cárcel y la prohibición de ver a sus hijos. Dejándolas en la más absoluta de las ruinas, tanto emocional como económicamente. Todo lo que ellas piden para sus víctimas. Sin duda, esto debería ser así ya.

Realmente toda esta reflexión ha sido un ataque de ira. En el fondo no me gustaría que fuera así, porque entonces estaría siendo igual de irresponsable. No tendría corazón, como ellas.

Si todo fuera de esta forma que he supuesto,

entonces me tocaría salir en defensa de esas mujeres mentirosas, con todo el dolor de mi corazón, porque si ellas no protegen a sus hijos, alguien tendrá que hacerlo. Yo no podría permitir que a un niño le dijeran que no puede ver a su madre porque su progenitora es una mentirosa y una mala persona ¡Qué culpa tienen los hijos de tener este tipo de madres! Eso es lo que creen estos pobres niños, que tienen una madre, cuando en realidad solo tienen a una alimaña que vive con ellos. Cuando ellos descubran, si alguna vez lo llegan a descubrir, que una verdadera madre jamás haría eso, ¿qué les dirán entonces?

Dicen los abuelos «Muerto el perro, se acabó la rabia». Si a la primera ingrata que puso una denuncia falsa se la hubiera castigado, seguramente no habría habido una segunda. Entonces la ley no sería tan lenta, y de paso les ahorrarían un montón de tiempo a los jueces y dinero a los ciudadanos, que dicho sea de paso, nos cuestan un dineral.

No olvidemos que si una mujer miente o ha mentido en esto tan grave para toda la sociedad, ella ha sido la cómplice de ese otro monstruo que ha matado a su pareja. La mujer mentirosa le ha dado alas para que lo hiciera. Seguramente cada vez que salía en la televisión un caso de estos de falsa acusación, ha hecho el comentario de «¿Veis? Es que todas son iguales: mienten». Como consecuencia, al llegar a casa apaleaba a su pareja...

He mencionado solo los malos tratos, por no hablar de infinidad de cosas y aberraciones que algunas han sido capaces de decir.

¿A estas mujeres no les importa que sus hijos piensen que su padre es un monstruo? ¿No les importa que sus hijos crean que llevan genes de un maltratador? ¿No les importa que cuando sus hijos ven en la televisión lo que esos asesinos hacen con sus parejas, supongan que su padre es de esa clase de personas? ¿No les importa que sus hijos lleven esa carga tan pesada?

También las hay que ni siquiera llegan a juicio porque hacen chantaje, asegurándole a su exmarido que el amor de madre difícilmente es cuestionado. Simplemente con la amenaza les basta para que el padre se retire antes de solicitar la custodia compartida. A diferencia de ellas, sus exparejas no quieren convertir la infancia de sus hijos en un circo. Por eso evitan las visitas a los juzgados, para tener que salvar a su hijo de decidir a cuál de los dos quiere más, y porque igualmente saben que sus ex mienten.

El amor de madre jamás debe ser cuestionado, tienen razón; eso nadie lo discute. Pero el de verdadera madre, no el de esas mujeres que hacen denuncias falsas. **Una madre mentiría y robaría por amor a un hijo, pero no para robarle a su hijo el derecho a ser amado por su padre, que es lo que estas mujeres pretenden.**

Si de verdad quieren a sus hijos y no eran conscientes del sufrimiento que les estaban ocasionando o iban a ocasionarles, entonces les



suplico que lo piensen detenidamente y se planteen la posibilidad de rectificar sin temor por el qué dirán. Las personas valientes no son las que no tienen miedo, sino las que se enfrentan a él. Es mucho mejor afrontarlo que mantener una mentira. Las mentiras siempre provocan daños colaterales. Lo importante de rectificar en estos casos es evitar oír a otro niño decir a su padre: «Me ha dicho mamá que no me quieres».

Esas mujeres que interponen denuncias falsas deben ser conscientes de que, tal vez algún día, su hijo o su hermano se puedan encontrar en una situación parecida a la de los casos que he contado en los párrafos anteriores, pasando ellas a ser las abuelas o las tías de la víctima principal, el niño. ¿Entonces qué? ¿Qué culpa tendrán ellas como abuelas o tías? ¿Y los nietos y los sobrinos?

Si está lleno de rencor y odio, nadie puede ser feliz ni hacer feliz a las personas que le rodean.

Después de todo lo dicho, ¿de verdad merece la pena causar tanto sufrimiento?, ¿de verdad

siempre quisieron ser esa clase de personas o, simplemente, se dejaron llevar y ahora se dan cuenta de en lo que se han convertido?

Cada uno es dueño de su vida. Por eso, esas mujeres pueden cambiar la suya. Sé que no son felices, es imposible que lo sean. Ojalá decidan cambiar. Ojalá decidan renovarse. Seguro que siempre se han preguntado por qué hay gente feliz. La respuesta es clara: si se observa a esas personas felices, se ve que, entre otras cosas, jamás han hecho daño a nadie de forma deliberada. Un truco puede ser pensar como un niño que se siente querido. Así será muy fácil.

Tal vez alguna de estas mujeres no sea de las que lo hace solo por dinero o celos. Quizá sea de las que lo hace porque nunca tuvo a alguien a quien entregar todo su amor y ser correspondida. Y al contrario que las otras, le encantaría que el padre no aportara nada para la manutención del bebé. Tal vez alguna de esas mujeres lo haga porque nunca se sintió querida de verdad. Piensa

que ese bebé es suyo y quiere amarlo con toda su alma. Demostrarse a sí misma y a quienes la rodean que no necesita a nadie para querer y mantener a su bebé. Pero esta mujer debe tener en cuenta que eso es lo que necesita ella, no su bebé.

He visto cómo, en ocasiones, este tipo de madres, las que hacen esto último, no sentían que sus padres estuvieran orgullosos de ellas. Con la llegada del bebé han comprobado —o creído— que recuperaban el amor de sus padres y volvían a ser importantes para ellos. Si es así, lo lamento de todo corazón. Como niñas que eran entonces, no tenían ninguna culpa. Sencillamente eran las víctimas, por eso ahora deberían evitar que sus hijos sean quienes lo paguen.

Si a esa mujer le tocaron unos padres egoístas que tenían unos sueños para su hija que ella no cumplió, no debe preocuparse. Tampoco tenía por qué cumplirlos. Eran los sueños de sus padres, no los de ella. Pero con su actual conducta perpetúa ese disparate haciendo lo mismo con su hijo. Es

necesario que se rompa ese círculo vicioso maldito y dañino en el que todos perdemos y nadie gana.

Los hijos no se traen a este mundo para cumplir los sueños de sus padres. Por eso, en manos de estas mujeres está deshacerse de ese lastre que ellas, mejor que nadie, saben cuánto pesa; por eso, no se lo deben cargar a sus hijos. Deben ser valientes y conseguir que se sientan los hijos más queridos del mundo por sus madres y padres. Estas mujeres deben permitir a sus hijos tener sus propios sueños. Que no se dejen comprar por dinero o por llevar una vida más cómoda. Si lo hacen, vivirán toda la vida arrodilladas, y eso es un sinsentido. O se vive de pie o no se vive.

Es muy importante sentirse querido. Si los adultos necesitamos sentirlo, es fácil imaginar el dolor que se les puede causar a los niños por hacerles sentir lo contrario: que su padre o su madre no los quieren.

Precisamente el recordar cuán necesario es

sentir que somos el centro de atención para nuestros padres, cuando conseguimos un logro, trae a mi memoria vivencias personales. Reclamamos esa atención desde que nacemos.

Pensemos por un momento: cuando éramos pequeños, estábamos en la piscina y descubríamos que sabíamos ejecutar una nueva voltereta o acabábamos de aprender a tirarnos de cabeza, ¿qué hacíamos? Nos íbamos como locos para contarles nuestras hazañas a nuestros padres: «¿Me habéis visto? ¡Ya sé hacerlo! ¡Miradme otra vez!». Hasta cien veces podíamos salir con la misma intensidad, dispuestos nuevamente a que nuestros padres nos vieran realizar nuestras proezas. Y ellos, nuevamente, haciéndonos creer que no habían visto nada igual en toda su vida.

Éramos capaces de dejarnos la vida en el intento y tragarnos toda el agua de la piscina, con tal de sentir que nuestros padres estaban orgullosos de nosotros.

Los padres son lo más importante en la vida de

los niños. Por eso tienen que sentir que son queridos por ellos. Necesitan el reconocimiento y la seguridad de que así es.

Si ahora que sabemos esto, queremos rectificar, no debemos sentirnos mal por ello. Quizá antes lo hicimos mal porque nunca nos lo enseñaron. Por eso, en mi caso, yo les diría a mis hijos: «Perdonadme, hijos, pero en mi ansia por quereros con toda mi alma, me olvidé de que no erais de mi propiedad, pues el amor ni se compra ni se vende ni se trafica con él. Jamás volveré a deciros cómo debéis pensar de vuestro padre, pues sois libres para amarlo, y en vuestro derecho está el ser correspondidos. Si así es, jamás os lo impediré».

No creas que hacer eso es humillante. Eso solo lo puede hacer una persona valiente y responsable, sabedora de los estragos que puede haber causado a muchas personas. Una mujer u hombre capaz de pedir perdón a sus hijos tiene un nombre maravilloso: madre o padre, respectivamente.

Todavía, a día de hoy, sigo buscando el reconocimiento de mi padre; me reconforta. Como mi madre hace tiempo que se marchó, cuando consigo algo importante para mí, algo que me ha costado mucho esfuerzo, pienso en lo que le habría gustado a mi madre haberse enterado. Lamento no poder ver su expresión con cara de satisfacción y orgullo hacia su niña.

Se marchó ella, pero me queda él. ¿Será por eso que la naturaleza nos da dos?

Si eres una mujer que amas a tu hijo desde lo más profundo de tu corazón, sabrás lo duro que podría ser para ti que te prohibieran amarlo.

Hace unos años escuché una entrevista que le hicieron al actor Christopher Reeve (conocido por interpretar el papel de Superman). Por todos es sabido que sufrió un accidente que lo dejó tetrapléjico, y es notorio el apoyo que recibió por parte de su mujer, hijos y amigos. Fue una entrevista muy dura, en la que alentó a todas las personas que estaban como él, animando a ser

fuerzas a los familiares de todos ellos.

De todo lo que dijo, hubo algo que se me quedó grabado en la memoria para toda la vida. Fue la respuesta que dio a la siguiente pregunta que transcribo literalmente: «Señor Reeve, ¿qué es lo que más lamenta no poder hacer?». Él contestó, para sorpresa y desconsuelo de los allí presentes: «Lo que más lamento es no poder abrazar a mis hijos. Lo que más lamento es no poder sentir el contacto físico con ellos».

De todas las cosas que podía lamentar Superman —seguramente, una lista interminable—, lo que le causaba más dolor es lo que muchas mujeres hacen sentir a diario a hombres que afortunadamente no han sufrido ningún accidente: impedirles sentir el contacto físico con sus hijos. Esto produce un sufrimiento indescriptible no solo a esos padres, sino también a sus hijos. Todo por el egoísmo y la maldad de causar daño al que un día les dio lo que ellas *dicen* que aman más que ninguna otra cosa en el mundo: sus hijos.



¿Cómo puede un ser humano y madre hacer esto?

Cuando eres niña y has tenido un mal día o miedo, un abrazo de tu padre hace que te sientas la chiquilla más protegida del mundo. Piensas que no hay nada que pueda hacerte daño si él está presente.

¿Cómo se puede negar eso a los hijos?

A esas madres las invito a que lo piensen, y vivan y dejen vivir.

## Decidir ser madre

Desde el mismo instante en que una mujer decide ser madre, lo primero que debería hacer es pensar es todas esas cosas que podrían ocurrir:

- Puede que la historia de amor con su pareja no salga bien.
- Si desgraciadamente fuera así, él siempre será el padre de los hijos en común.
- Si se equivoca y resulta que el padre es diferente a como ella pensaba, deberá asumirlo.
- Si la pareja discute, el niño deberá quedar al margen de cualquier disputa.
- Puede que el niño nazca con problemas.
- El bebé no viene a este mundo para resolver los problemas de pareja.

- Los niños no se tienen porque ya toca ni porque se le *pase el arroz* a nadie.
- Los niños no son un seguro de vida.

Jamás se deja de ser madre. No es algo que va y viene, que ahora lo cojo y ahora lo suelto, que ahora me apetece y ahora no. No hay vuelta atrás. Pero asegúrate de que ni has obligado a un hombre a ser progenitor, y de que a tu hijo no le negarás a su padre.

Para el resto de las mujeres, las jovencitas y las que serán madres, si veis que hay demasiado sufrimiento injusto y que la mayoría de las veces pagan justos por pecadores, no os quedéis calladas, que no os sigan engañando. No permitáis que se amparen bajo el manto que les proporciona la palabra *madre*.

Podemos ganar todos, pero si no hacemos nada, nuestros hijos van a seguir recibiendo mal el mensaje. Dejarán de ser víctimas de otros niños que a su vez son víctimas de sus progenitores, que

llegan al colegio llenos de rabia, rencor, apatías y provocando actos violentos. Éstos son los daños colaterales que produce que un niño no se sienta querido. Difícilmente podrá actuar con normalidad hacia sus compañeros. Pero hay que ayudarles, no demonizarlos, porque ellos solo son niños inocentes. Si no consiguen llamar la atención de sus padres, lo intentarán con los profesores o los compañeros de colegio. Estos niños o son tremendamente sumisos para intentar agradar a todo el mundo, con lo que eso conlleva para ellos, o son terriblemente violentos, con lo que eso supone para los demás.

Que al resto de los niños no los maltrate un niño problemático, pero que a este niño problemático no lo arrinconen los adultos. Solo es un niño que necesita ayuda. Hay que ser valiente por el bien de todos. El silencio está muy bien para la vida contemplativa, pero con los débiles y los indefensos, no podemos permanecer callados, sino que hay que ofrecerles la máxima ayuda.

Mi hija de tan solo 12 años me ha contado que un compañero suyo siempre se duerme en clase. Le pregunté el porqué y me dijo: «Como sus padres están separados, él duerme siempre en casa de su abuelita, y como su abuelita es muy mayor, dice que espera a que se duerma y después sale de marcha hasta las dos o las tres de la madrugada». ¡De marcha hasta las dos o las tres...! Yo le pregunté: «¿Y nadie de su familia se ha enterado?», a lo que ella me contestó: «Bueno, la profe, sí, porque cuando le riñó por dormirse en clase se lo contó delante de todos, para que nos riéramos, supongo. Pero, mamá, yo no le encuentro la gracia. A mí me da pena». Yo le respondí: «A mí, también, hija».

Mi hija los llamó padres. ¿Qué te parece? Evidentemente, ese niño no tiene madre. ¿Y padre? Esto es más complicado de saber, porque a lo mejor lleva un siglo reclamando serlo, y aunque la custodia la posee la madre, puesto que a la abuelita que se refirió mi hija era la materna,

realmente a ese niño no lo custodia nadie. Aunque también es muy posible que sean dos descerebrados.

Hay una cita de Pitágoras de Samos que dice: «Educad a los niños y no castigaréis a los hombres».

Si educaran a este niño como se merece, no lo castigarían ni hoy ni mañana. Lo peor es que a una personita así la predisponen a ser un desgraciado el día de mañana. A hacer desgraciado a todo aquel que pille por delante.

Somos muchas más las mujeres que estamos en desacuerdo con esas formas de abandono infantil, pero hemos permitido, con nuestro silencio, que lo que está mal no cambie y se vea como algo normal.

Espero no quedarme sola cada vez que digo esto. Si tú también estás en desacuerdo, házselo saber. No seas cobarde y ármate de valor, no permitas que sigan las cosas así. No tengas miedo a lo que pensarán de ti o si se enfadarán contigo.

También ellas han hecho y dicho lo que les ha venido en gana, y no les ha importado lo que tú pensaras. Estas personas no piensan en nadie, solo en ellas mismas. Están acostumbradas a que se les dé siempre la razón.

Debemos decirles que no está bien lo que hacen. Han de saberlo. Tenemos la obligación de comunicárselo.

Os habréis dado cuenta de que la ayuda os la pido a vosotras las mujeres, sobre todo a las jóvenes. Tenemos que ser nosotras las que hagamos conscientes de una vez por todas de que en los países civilizados no hay ningún niño que llegue a este mundo si la mujer no quiere. Que somos las privilegiadas, las responsables de educar y no engañar a las niñas, a las futuras madres, con un mal ejemplo.

Si algún hombre lo ha intentado, hasta el momento lo más bonito que le han dicho ha sido machista, y porque no se le puede quemar en una plaza pública...

Hay por ahí falsas feministas que utilizan el arma del insulto. A ellas, que tanto daño han hecho a los niños, padres y familias anexas, les quiero decir: jamás en mi vida conocí tanta incoherencia. Las feministas defienden que ningún hombre tiene más derechos que una mujer, que el género de las personas nada tiene que ver con los derechos y obligaciones de éstas, y que las mujeres estamos igualmente capacitadas que los hombres. Pero ¿de dónde se han sacado la idea de que las mujeres están más capacitadas que los hombres en el asunto de criar a sus hijos? ¿O que los quieran más que los hombres?

En el siglo pasado, criticábamos a los hombres por no hacerse cargo de sus hijos. Solo las mujeres eran las que se ocupaban de ellos, casi sin poder acceder al mundo laboral, con lo que ello suponía y que prefiero no volver a contar. Ahora que ellos se incorporan a las tareas del hogar, ahora que llevan a los niños al colegio, al médico,



a los parques, hacen los deberes con ellos, comparten absolutamente la vida con sus hijos, tal y como anhelábamos en el pasado, ahora salen estas aparentes feministas y les dicen que los niños son de las madres.

Señoras falsas feministas, ustedes quieren volver al siglo pasado y que las mantengan los hombres a cambio de la crianza de sus hijos. Ustedes, señoras falsas feministas, no defienden a las mujeres ni a los hijos de éstas, muchos de ellos varones y futuros hombres. Ustedes no quieren a los hombres, pero yo sí los quiero con toda mi alma, porque son hijos nuestros, todos. Y lo que tenemos que hacer todos es educarlos.

Así los hermanos, cuando crezcan juntos, ni siquiera se cuestionarán lo que significan esas palabras tan feas: *machista* y *feminista*. Cuando por fin tengan clara la igualdad real, ayudarán a que sea entendida en los países que tan lejana la tienen.

Ustedes, falsas feministas, ¿quieren o

pretenden borrar del mapa lo conseguido? A ustedes les aseguro que no son verdaderas madres. Se han hecho un lío muy gordo. ¡Ya está bien de tanta tontería! ¿Las mujeres y los niños, primero? ¡No...! Los niños, primero; la frase anterior es del siglo pasado.

A las mujeres, madres, abuelas, tías, amigas... que no os sorprenda si algunas se ponen a llorar cuando le recriminéis sus actos, cuando les advirtáis de que decirles a los niños que sus padres no los quieren es un maltrato y un delito. Por lo visto están acostumbradas desde pequeñas a conseguir siempre las cosas. Éste es el problema que siguen arrastrando durante la madurez. Por eso, debéis decirles; «De verdad, siento haberte dicho esto, pero seguro que tu hijo ha llorado mucho más».

Cuando se lo digas, verás que no soportan no ser ellas el centro de atención. Seguro que les

saldrá la furia de titanes, porque necesitan hacer creer que ellas son madres Coraje, cuando, en realidad, ni siquiera permiten que alguien se compadezca de sus niños. De ellas, sí, pero de los niños, no.

Hay algunas que se han profesionalizado en el llanto. Juegan con el corazón de la buena gente que no aguanta ver llorar a nadie.

Aseguran haberlo hecho todo por ellos, por sus hijos. Sin embargo, ¿conoces a algún niño en esas condiciones que sea feliz?, ¿que no tenga problemas de autoestima, con los compañeros o para relacionarse? Me refiero a esos niños cuyos progenitores se pasan todo el día a la gresca y de pronto se dejan de hablar, importándoles un bledo el sufrimiento que esto ocasiona. Son incapaces de sacrificarse por ellos. Llevo años observando el comportamiento de estos niños. Me resulta muy curioso cuando en el propio colegio dicen: «Este niño es muy violento; lo de ayer ya ha pasado varias veces, pero es que tiene muchos problemas

en casa». ¿Problemas en casa? ¡Qué pena! Tienen videojuegos, televisión en su habitación y todo lo que su progenitora considera vital para el niño, pero no tiene lo que cualquier niño debe tener: un hogar y una estabilidad emocional.

Luego, con llevarlos a un psicólogo se creen que todo está arreglado. Así, además, consiguen que todo el mundo a su alrededor vea por lo que están pasando...

Señoras, ustedes no están pasando por nada que no hayan elegido por sí mismas. Los niños son la consecuencia de las decisiones que un día ustedes tomaron, a las cuales, nadie las obligó.

He oído a alguna adolescente decir: «Para mí, mi padre está muerto. Lo odio. Casi no lo conocí, pero mi madre dice que pasó de mí».

Me da mucha pena escuchar estas cosas. ¿Cuál será la verdadera historia de esa niña? ¿Será como la historia del primer relato que os he contado? Si como ella misma dice, casi no lo conocí, ¿cómo es posible entonces que pueda odiarlo?

De momento, está claro que los sentimientos de rabia y odio de esta niña se los ha inculcado la mujer que ella misma llama madre. Palmariamente, ésta no supo o no quiso darle un padre.

Si tú, querido lector, eres un hombre, seguro que lamentablemente habrás oído decir a muchos otros mil y una perrerías acerca de la madre de sus hijos. Aunque ellos crean que tienen motivos más que suficientes, recuérdales que delante de sus hijos no lo hagan jamás. Si de verdad eres su amigo, diles también que no hablen mal ni delante ni detrás de ellas, porque esto dice peores cosas de ellos mismos que de ellas.

Diles que quienes de verdad lo están pasando muy mal son los niños. Ellos no lloran en público por esas cosas, pero les llora el corazón, y de tanto llorarle, en ocasiones se les forma una coraza difícil de romper.

Diles que los que necesitan a los psicólogos son esos progenitores incapaces de darles un hogar. No hablo de una casa ni ese sinfín de cosas

materiales, sino de un hogar. En realidad un niño no necesita todas esas cosas y si las necesita, más motivos hay para darse cuenta de que solo le han enseñado a valorar los bienes materiales. Realmente, si un niño únicamente estima los bienes materiales, la respuesta es clara y muy triste: habrá tenido buenos maestros. Seguramente nunca han jugado con él a rebozarse por el suelo, porque estaban muy ocupados con los abogados, sacando una buena tajada. Al menos ella. De él solo puedo decir lo mismo si no ha luchado por la custodia de sus hijos. Si lo ha hecho y tanto ella como la ley se lo han impedido, entonces lo lamento de todo corazón por él. Todavía más por los niños.

A ella, si pudiera, le preguntaría: «¿Para qué quieres la casa más grande? ¿Para ti sola...? ¿Para que te permitas perder de vista a tu hijo y te quepan los abuelos?». Porque además, no sé por qué, pero algunas de estas madres siempre cuentan con la ayuda de los abuelos. Lo reconocen; los

utilizan para todo, hasta para quitarse la responsabilidad de tener que ser ellas las que eduquen a sus hijos. Ni los educan ellas ni quieren que los eduquen sus padres legítimos, aunque ellos lo supliquen. ¡Acabáramos entonces!, no las llamarían madres Coraje. ¿Qué sentido tendrían entonces sus vidas?

«Si me quieres, te hundo. Si no me quieres, pues te hundo también, pero te hundo». Porque ellas son así: malas personas.

Mira qué refrán más acertado: «Ni contigo ni sin ti mis males tienen remedio», y si lo pagan los niños, pues ya me arrepentiré.

¿De verdad vamos a seguir permitiendo que ocurran estas injusticias?

# 8

## Adoptados

Hay otro asunto que me preocupa mucho porque es otro claro ejemplo de la diferencia que existe entre querer ser madre y tener hijos.

Están llegando muchos niños adolescentes a los centros de acogida y de menores. Algunos de ellos son menores que en su día fueron adoptados. El motivo por el cual han llegado hasta el centro de acogida es por el abandono, maltrato o desengaño de los progenitores, los mismos que un día tanto desearon tenerlos.

*Bienaventurados los que saben dar sin  
recordarlo.*

*Y recibir sin olvidarlo.*

Eric Gibson



Al centro de menores llegan porque en ocasiones cometen delitos o porque son denunciados por sus propios padres, los cuales están siendo maltratados por esos niños, que ya crecidos, les pegan.

Tal vez, en algún momento hayas pensado que las parejas que adoptan a niños serían unos magníficos padres, puesto que ellos sí le habían dedicado mucho tiempo (años) a meditarlo detenidamente. Por supuesto, muchos sí que son padres maravillosos, evidentemente. Pero creo que voy a darte una frustrante sorpresa, la misma que yo me llevé un día. Me explico a continuación.

Hace varios años conocí a una chica que llevaba mucho tiempo queriendo tener una hija. Fíjate muy bien en lo que te he dicho: una hija. Yo por aquel entonces no apreciaba la diferencia entre querer ser madre y querer tener hijos, pero ahora sí sé cuál es. Fue aquella chica la que me hizo darme cuenta.

Estaban años sin poder tener hijos, cosa que

ella llevaba fatal; a él le daba un poco igual. Así nos lo hacía saber cada vez que estaba con sus conocidos. Pero un día decidieron ir a un centro de reproducción asistida recomendado por mí; si lo llego a saber... Él siempre decía: «Lo hago por ella, para que no me caliente más la cabeza».

Por fin ocurrió: ella se quedó embarazada. La felicité con toda la alegría de mi corazón. Aún recuerdo lo que le dije: «¡Enhorabuena!, seguro que serás una buena madre».

Pero a las dos semanas de enterarse de que estaba embarazada, nos contó que traía dos hijos al mundo, iba a tener mellizos. Pensé: «¡Bien, qué suerte! Va a tener dos. Con las ganas que tiene de ser madre, y ahora por partida doble. ¡Qué bien!».

Una tarde nos juntamos todos los amigos en mi casa para tomar algo. Ella y su marido también acudieron, puesto que eran los amigos de unos amigos míos. Para mí, ellos solo eran conocidos, y me hacía ilusión que vinieran, así podría felicitarles nuevamente y con mayor cercanía. Por

fin llegaron a casa y me enteré de la historia que te paso a contar.

Nada más entrar, y para sorpresa mía, ella llevaba una cara de perro que me hizo pensar en lo peor. Es más, ni me atreví a preguntar qué le pasaba por si se le había malogrado el feto y no nos habíamos enterado. Pero no, luego me enteré de que eso no era lo que había pasado. Lo que sucedía realmente es que estaba muy decepcionada, puesto que su deseo, su sueño durante todos estos años, había sido tener una niña, no dos, y mucho menos que pudieran ser varones. A esto se debía su mala cara.

Venían de la clínica a la cual ella había asistido para solicitar que le *sacaran* uno. No me tengas en cuenta esta expresión, porque fue la que ella misma utilizó. Fue lo que más me enfureció de toda la historia. No quiero ni pensar en la cara que pondrían los profesionales de la clínica. Recuerdo que aquella reunión vespertina no acabó de una manera muy agradable, la verdad.

Evidentemente, no me pude callar. En cuanto me recuperé del asombro le pregunté: «¿De verdad quieres ser madre?». Tras mi pregunta, todos los allí presentes empezaron a barruntar tormenta. Por supuesto no era mi intención en absoluto. Sabía que estaba embarazada e intenté hablarle lo más serenamente que pude, pero mi decepción fue desoladora.

De lo que sí quise asegurarme es de dejarle claro que, tuviera lo que tuviera —niños, niñas o una parejita—, serían en la vida lo que ellos mismos (los hijos) quisieran, no lo que ella [la madre) deseara. Era fácil prever que esta mujer es de esas personas que además quieren decidir el futuro de sus hijos.

Por eso tenemos que ver cómo hay progenitores que se empeñan en que sus hijos jueguen al fútbol, aunque a los niños no les guste lo más mínimo y acaben odiándolo, y niñas que odian ir de rosa pero su madre se empeña hasta la saciedad, para que así no se note que a la niña le

vuelve loca jugar con los niños.

Estas personas que creen que sus hijos deben ser lo que ellos llevan en la cabeza crean en sus hijos unos sentimientos de no ser lo que sus padres han querido que sean, que les causan unas frustraciones horribles. Los primeros frustrados son los propios padres, y martirizan a sus hijos, con o sin conocimiento de ello. Pero lo cierto es que lo hacen.

Si el padre era bueno en Matemáticas, entonces el hijo deberá ser bueno en Matemáticas. Si la madre era una atleta formidable, la niña deberá ser como Nadia Comaneci. ¡Qué estupidez!, seguramente ni el padre era tan bueno en Matemáticas ni la madre era tan buena atleta, pero eso sí, que los hijos cumplan lo que ellos no pudieron llegar a ser.

He querido contar esto porque el hecho de que una pareja lleve años queriendo adoptar a un hijo, o tenerlo por medios científicos, no quiere decir que tengan claro que quieren ser padres. Pues en

esos años de espera es posible que hayan podido formarse en su cabeza una imagen idealizada de lo que es un hijo, que por supuesto no es real.

Cuando lo adoptan y empiezan a ver que no es tan cariñoso, tan rubio, tan moreno, tan listo, tan dócil, tan valiente, tan femenina o tan y tan y tantas cosas como ellos se habían imaginado, empiezan a sentir que «Esto no era lo que yo esperaba», «Claro, como no tiene mis genes», «Éste no es el que yo quería»... Entonces empiezan los reproches para esos niños, el rechazo día tras día, que se plasmará en un sinfín de pequeños detalles que crecen con ellos, para acabar diciéndoles: «Si no te hubiéramos acogido, aún estarías allí esperando a que alguien te diera todo lo que nosotros te hemos dado. ¡Desagradecido!». Estos progenitores hacen que algunos niños acaben de la peor manera, sintiéndose las peores personas del mundo, porque nada de lo que hagan llenará de orgullo a esos progenitores. Por eso optan por ser unos rebeldes para la sociedad. Muchos son los que ahora están

llegando a los centros de menores, puesto que sus progenitores adoptivos los devuelven como se hace con los toros que no dan el juego esperado en la plaza y se retornan a los corrales.

A estos progenitores se les olvida que ellos también debían ser agradecidos para ese hijo, pues pudieron oír de su boca eso que ellos tanto deseaban que los llamaran: padres. Pero no se lo han ganado, todo lo contrario. Hicieron sentir a ese hijo que no era lo que ellos esperaban, que no ha sido bienvenido porque no respondió a sus expectativas.

No olvides la gran diferencia que existe entre ser padres y tener hijos. Queda demostrado, por tanto, que nada tienen que ver los años de espera. ¡Nada!

La diferencia está en que cuando una persona piensa en ser padre, desde ese mismo instante se está ofreciendo para ser alguien que guíe los pasos a su hijo de la forma más sabia que pueda, consciente de que no será tarea fácil. Intentará esto

con toda su alma, y lo protegerá de igual modo. Le enseñará los valores de la vida y, cuando esté preparado, lo dejará tomar sus propias decisiones y las respetará. Si se equivoca, lo entenderá, a sabiendas de que es humano equivocarse, pero lo ayudará a levantarse con cada fracaso y tantas veces como sea necesario. También respetará a quien su hijo quiera amar, y le dejará ser lo que quiera ser.

Sin embargo, cuando alguien piensa en *tener un hijo*, la primera diferencia es evidente: tener. La expresión tener un hijo denota posesión de ese hijo, que estará a disposición de su progenitor, que será como a su progenitor le guste... Para los verdaderos padres, los hijos son, no se tienen. Los verdaderos padres desean ser (padres), no tener (hijos). Por eso no les importa si son altos o bajos, rubios o morenos, si vienen de uno en uno o de dos en dos, listos o difíciles, y cuantas cualidades quieras añadir. Serán padres de por vida en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad,



todos los días de sus vidas.

Esta frase, familiarmente escuchada en un altar, puede ser que muchos la cumplan y otros no. Puede ser que muchos lo cumplan sin ni siquiera saber qué es un altar y todo está bien, todo es aceptable entre adultos. Pero con los hijos no hay disolución posible.

No saber decir no también trae consecuencias nefastas. Hay padres que desearon tanto a sus hijos, los

quieren tanto, que confunden dos términos bien distintos: ser padres buenos con ser buenos educadores. Te cuento otra historia.

Cuando pensamos en buenas personas, pensamos en personas dóciles, capaces de soportar un sinfín de injusticias. Pero yo quiero que pensemos por un momento en alguien que fue, de forma indiscutible, una buenísima y bellísima persona para todo el mundo. No importa qué raza

o creencia religiosa profese: católica romana, luterana, anglicana, budista, metodista, musulmana... Me refiero a la madre Teresa de Calcuta, la mujer que más hijos ha criado en el mundo. Me gustaría contaros un poquito de su historia, que a mí me impresionó muchísimo.

Fundó una congregación que se llamaba Las Misioneras de la Caridad, caracterizada por su espíritu de pobreza y alegría. Dicho así, parecen términos incompatibles, pero así lo dijo ella. Esta congregación nueva serviría a los pobres más pobres, no quería en ningún momento, como ella misma dijo, que le pasara lo que a otras órdenes religiosas, que empezaron sirviendo a los pobres, para acabar, sin darse cuenta, sirviendo a los ricos: esto, lo dijo ella misma.

Así pues, un 16 de agosto de 1948 y con tan solo cinco rupias en el bolsillo, se quitó el hábito negro que llevaba puesto y se compró un sari blanco con una franja azul. Debía ser el más barato, y también deduzco que pensaría que yendo

vestida de negro, pocos niños se le iban a acercar, y se subió al tren que la llevaría a Calcuta.

Al llegar, se introdujo en uno de los barrios más pobres de la ciudad. No disponía de dinero para fundar nada, aparentemente, porque liarla, la lio.

Montó una escuela en la calle, y para enseñar a los niños el alfabeto bengalí utilizaba el suelo. No tenían nada, aunque ella decía que tenía mucho: a los niños con unas ganas enormes de aprender, y ella con más ganas de enseñarles. De premio por asistir a clase les daba un vaso de leche o un trocito de jabón para lavarse. Pues ellos estaban acostumbrados a lavarse con ceniza y arena. La madre Teresa vivía de la caridad, no de ninguna institución, de las donaciones de la gente de buen corazón que se había enterado de sus proyectos. Con esas donaciones, alquiló dos barracas para dar clases, y cuando terminaba con las clases, curaba a los enfermos que nadie quería cuidar por miedo a los contagios. Entre esa gente de buen

corazón había un musulmán que le cedió una casa de dos plantas en una de las principales avenidas de Calcuta. Pienso que no debe ser nada habitual que un musulmán ceda su casa a un convento católico, pero ella dijo: «Él sabía que atendíamos a enfermos de todas las religiones y respetábamos profundamente sus creencias. Es por eso que no intentábamos cambiarlas». De hecho, fundó también un lugar donde la gente más pobre que era desahuciada de los hospitales, porque ya estaban más muertos que vivos, pudiera morir en paz con su fe. Hizo que a los musulmanes les leyeran lecturas del Corán, que los hindúes recibieran agua del Ganges y que a los cristianos se les diera la extremaunción. A cada uno le daba lo que su creencia religiosa le pidiera, pero con el máximo respeto.

Esta mujer me sobrecoge el alma. ¡Qué generosidad! Me hace sentirme tan pequeña...

Te he narrado lo anterior porque es un ejemplo inequívoco de lo que significa ser buena persona elevada a la máxima potencia. Pero, y aquí viene la pregunta, ¿de verdad piensas que esta señora decía a todo que sí? Me encantaría que todo el mundo leyera su biografía, pero intentaré explicar que una persona buena, nada tiene que ver con una persona sumisa y que permite a todo el mundo salirse con la suya, por lo menos cuando está bajo su responsabilidad. Como por ejemplo: a todas las personas que decidieron unirse a ella les exigía que tuvieran el mismo trato con los enfermos y con los niños. Si alguna de sus colaboradoras no podía reprimir su cara de angustia o de asco al tener que limpiar las llagas de los leprosos, la recriminaba. Les decía que hiciera otra tarea, pero las cosas o se hacen bien o no se hacen, y ningún enfermo merecía una cara de asco y menos en esas circunstancias. Jamás permitió que no se le devolviera la sonrisa a un niño por muy atareadas que estuvieran.

Los padres tienen que ser padres y ejercer como tales, y con criterio, para así proteger siempre a sus hijos de peligros y demás circunstancias adversas. Pero protegerlos también es decir «No sales a estas horas porque aún no tienes la edad suficiente» o «Estás castigado por lo que has hecho».

Si te lo permito hoy, dentro de unos años serás un pequeño delincuente». Esto también es ser buena persona, y encima requiere un gran esfuerzo.

Los hijos no pueden faltarles al respeto a sus padres, y eso solo lo pueden saber si sus padres se lo enseñan con el ejemplo desde bien pequeños. A un niño hay que educarlo con firmeza, que no con dictadura, y dejándole bien claro desde pequeño quién lleva el gobierno del hogar. Un niño educado así, jamás pegará a sus padres.

Los hijos quieren saber y necesitan saber que sus padres son grandes y valientes. Con grandes, me refiero a la capacidad de tomar decisiones; con valientes, a la capacidad de enfrentarse con arrojo

ante la adversidad.

Algunos niños que entran en las cárceles de menores, desde el mismo día que llegaron al mundo aprendieron que lo normal es que el padre los apalee, que la madre maldiga constantemente la hora en la que lo trajo al mundo. Les hacen creer que son ellos los culpables de todas las tragedias de sus progenitores. Saben que a los que llaman padres les da absolutamente lo mismo lo que ocurra con sus vidas. Prefieren que los metan en los centros, para así no tener que verlos. Solo su presencia les molesta. Jamás nadie les dio un beso, los acarició o les dijo «¡Qué dibujo más bonito has hecho!», «Que duermas bien, angelito mío», ni nada absolutamente que les haya hecho sentirse queridos. Otros, los menos, son éstos a los que sí se quiso mucho, pero a los que jamás se les prohibió nada. Los convirtieron en pequeños dictadores de la casa, haciéndoles creer que todo está permitido. Unos por exceso y otros por defecto no han obrado adecuadamente. No han

sido buenos educadores.

¿Qué ocurre con esos progenitores que han hecho que un niño sea así? Nada. Que nadie piense que esto ocurre solo en las familias más desfavorecidas económicamente. Cada vez más son niños que pertenecen a familias de nivel económico medio-alto. Es lógico. A mayor casa, más posibilidades de perder a los hijos de vista.

Cada niño que viene al mundo con unos progenitores así vive su genocidio particular, día tras día desde que nace. Sin darnos cuenta, puede pasar de ser la víctima a ser el agresor más sanguinario y destructor, puesto que es lo que ha aprendido.

Durante esos años de sufrimiento para ellos, cuando aún eran bebés, «¿Dónde estaba la sociedad?», se preguntarán. «Si nadie me defendía, será porque no lo merezco. Si ellos no me quieren, ¿por qué voy a ser bueno con ellos?». Quien nunca se sintió querido de verdad nunca sabrá querer de verdad. En esos casos, el amor es



más una mercancía de chantaje que un bálsamo necesario para los engranajes básicos de la vida.

Una vez me dijo un juez de menores que cuando los chicos entran en estos centros la primera vez y se apagan las luces y cierran las puertas, hasta el más chulito, ese que se cree el más duro y violento, llora. Que nadie olvide que son niños —o lo fueron no hace mucho—, y está claro que alguien les robó la infancia. Primero, sus progenitores; luego, el resto de la sociedad los hemos empujado hasta allí.

La falta de cariño siempre está presente...

Dice una canción: «Yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así, porque nadie me ha tratado con amor, porque nadie me ha querido nunca oír. Y quisiera ser como el niño aquel, como el hombre aquel que es feliz...».

La canción dice «quiero ser». En ningún momento, «quiero tener».

Es un verdadero problema pensar que los niños prefieren tener cosas a sentir que son

amados. Ningún niño acude al psicólogo por no tener un juego o lo que sea. Lo que perturba sus mentes es no sentir, desde muy pequeños, desde el vientre materno, que son bienvenidos al hogar.

Dice un gran maestro en el mundo de los niños, don Casimiro Bodelón, que para una buena gestación nos sobran incubadoras y falta el calor y el cobijo de la clueca hogareña.

Me encantaría que los padres y futuros padres leyeran a este personaje. Ha trabajado toda su vida por y para los niños, sus chicos, como él los llama. Personajes anónimos de los que los gobernantes deberían aprender, cuanto menos escuchar. Seguro que si lo hicieran, no se cometerían tantos atropellos; los corregiríamos antes.

No hace mucho tiempo me he enterado también de la existencia de Mamá Tunza, como la llaman los niños. Una mujer africana que acoge a todos los niños abandonados. Más de lo mismo: no la ayudan los gobernantes e instituciones. Se ha

corrido la voz y son los turistas los que colaboran a diario con lo que pueden. Está visto que es cuestión de capacidad humana, más que de poder político o económico.

Cada persona, cada uno de nosotros podemos ser un mundo entero para esos niños desprotegidos. La mente unida a la acción puede mover montañas.

¿Te imaginas que cada uno de nosotros moviésemos pequeñas piedrecitas en favor de los niños, ya fueran nuestros o no? La tribu humana adulta en defensa de todos los niños del mundo.

Pues para eso solo necesitamos querer. Querer defender la necesidad de hacer consciente a todo aquel que hable de querer tener hijos, de que hay una fórmula. Basta con preguntarles: «¿**Queréis tener hijos o ser padres?**».

Cuando oigan esta pregunta, alucinarán. Tú habrás movido una pequeña montaña para ese futuro bebé. ¡Ya lo creo!

# 9

## Los abuelos y la pájara cuco

Los abuelos son muy necesarios en la vida de los niños. Su ayuda viene muy bien a los padres. No obstante, una cosa es ayudar y otra bien distinta, cargarles de responsabilidades. Ellos no son los padres, son los abuelos. Hay que dejarles disfrutar de su vejez; se lo han ganado. Hay que permitirles que vean a sus nietos cuando les apetezca, pero no por obligación, que a algunos no les dejan tiempo ni para saludar.

Creían que se habían jubilado, pero ahora resulta que trabajan más que nunca. Tienen que recogerlos del colé; hacerles la comida para que así sus hijos se ahorren el comedor; llevarlos otra vez; volverlos a recoger; llevarlos a las actividades extraescolares; recogerlos; y los

viernes, llevarlos a algún cumpleaños, que es lo que les faltaba a esos abuelos: doscientos niños gritando como locos. Me siento agotada solo de pensarlo. La mayoría no protestan porque no les quedan fuerzas para hacerlo. Además, saben que a sus hijos les va a dar igual.

Seamos justos: ésa no es la tarea de los abuelos. Muchos padres dicen «Si no fuera por ellos; no sé qué haría». Una cosa es que ayuden, y otra muy distinta, que asuman toda la responsabilidad de criarlos. Ellos ya asumieron la suya, la de sus propios hijos. Mientras haya abuelos que desarrollen tareas de cuidadores, los gobiernos seguirán utilizando este sistema. Las mujeres trabajamos, las madres trabajan, y es el gobierno el que tiene que asumirlo. Aquí es donde hacen falta las feministas, no en otros asuntos como la separación de padres e hijos. Que se ocupen de luchar para que haya una igualdad real a la hora de solicitar puestos de trabajo por parte de las mujeres; para que nosotras dispongamos de las

mismas horas que los hombres; que soliciten guarderías públicas; y que pidan que las grandes empresas también las creen en sus instalaciones. Esto último también va dirigido a los que defienden a los trabajadores, que, después de muchos años, parece haber caído en el olvido.

Mi padre, el abuelo de mis hijos, cuando viene a verlos les consiente cosas que a mí, en su día, ni en mis mejores sueños... Y ¿sabes lo que pienso? Me encanta que lo haga. La mayoría de las veces hago como que no me he dado cuenta, porque él ya se ha ganado el no tener que estar educando constantemente, lo cual es una tarea dura y constante. Ahora la tarea dura nos toca a nosotros. A ellos por fin les toca ser recompensados con esos abrazos llenos de ternura, aunque saben que a su vez les están metiendo la mano en el bolsillo para buscar esos caramelos, cromos o todas esas cosas que nosotros, los que estamos educando, no se las podemos consentir a diario. Recuerdo cuando todas las tardes de verano mi abuelo me

compraba un helado y me decía: «No se lo digas a tu madre, que nos reñirá a los dos». Yo me sentía feliz porque creía que era nuestro secreto. Por supuesto, mi madre lo sabía todo. No había más que ver las manchas en mi ropa después de haberme comido el helado.

Así debe ser, porque si el abuelo ejerce de papá, los nietos se quedan sin abuelo y, por supuesto, sin su verdadero padre.

Los abuelos son muy importantes en la vida de los niños. Son la voz permisiva de la vida. Con enseñanzas que, por su tono, son difíciles de olvidar. Realmente entrañables.

Los niños que han tenido abuelo (lo que yo llamo tener un abuelo) mantienen siempre una relación con ellos muy especial.

Mi hijo solo tiene doce años, pero mantiene a su abuelo informado de todos los partidos de fútbol que cree que le pueden interesar.

Mi padre viene a casa adrede para ver los partidos con su nieto, y durante los mundiales a

veces se quedaba dormido en algunos.

Yo le decía a mi hijo: «Cambia de canal hijo, si el abuelo está dormido», y él me decía: «¡Jooo, mamá! ¿No te das cuenta de que cuando marcan un gol lo despierto con un toque disimulado y cantamos gol juntos? A él eso le encanta, ¿no lo ves?». A mi hijo nunca le interesó mucho el fútbol —es tenista—, pero sabe que a su abuelo le apasiona.

Me encanta que haga eso. Mi hijo es ahora el que conquista y protege a su abuelo.

Mi padre ya está un poco sordo, y cuando le repito algo muchas veces y no lo oye, me rindo y lo dejo estar. Esto no es más que una falta de aguante por mi parte. Por lo visto, guardo toda la paciencia para mis hijos, pero sus nietos enseguida salen en su defensa: «Oye, mamá, que el abuelo no tiene la culpa de estar sordo, ¿vale? Anda, explícaselo bien, por favor».

¡Madre mía, cualquiera molesta a su abuelo!

A mis hijas, desde que eran muy pequeñitas, mi



padre les dice: «Tengo la suerte de tener a las nietas más guapas de España», y como se lo dice su abuelo, pues tan contentas... Se mueren de ganas por oírse lo decir.

En defensa de los abuelos, creedme si os digo, que algunos la necesitan, que en su mayoría de las veces, por intentar seguir siendo padres, para una hija un tanto especial, se les olvida que también son abuelos. Y pasan a crear sin ellos saberlo, lo que denomino: **La pájara cuco.**

Hace mucho tiempo oí una historia que me dejó perpleja. Era muy curiosa, aunque entonces no pensé que la naturaleza es sin duda la mejor maestra para quien quiera aprender.

Hay un ave que mientras las demás preparan su camada, ella se prepara para marcharse de viaje. ¿Cómo puede hacer eso? Pues dejando sus huevos en nidos ajenos donde serán empollados para más tarde ser alimentados por otros pájaros que serán

sus padres adoptivos, aunque sin ellos saberlo.

Curioso, ¿verdad?

La hembra cuco, aunque a mí me gusta más llamarla la pájara cuco, no construye ningún nido ni cuida a ninguna de sus crías. ¿Por qué? Porque pone sus huevos en nidos ajenos, en los nidos de los petirrojos, en los de currucas..., y así puede ser parásita hasta de cien especies diferentes.

Pero no pienses que deja sus crías en cualquier sitio y de cualquier modo. La pájara cuco lo tiene todo muy bien calculado. Para el mes de mayo, ya con sus huevos fecundados, empieza a vigilar las idas y venidas de todos los pájaros de alrededor, sobre todo a los de la especie que fueron sus padres adoptivos. Vigila más de un nido, y en cuanto los propietarios del nido elegido lo abandonan por un momento, por ejemplo para buscar comida, la pájara cuco entra, pone un huevo y, cogiendo otro del nido, huye rápidamente. Evidentemente, el que roba lo estrella contra el suelo. Esto lo repite en distintos nidos, hasta

quince veces.

Año tras año estas pájaras cuco consiguen engañar a pájaros de otras especies para que sean los que incuben sus huevos y críen a sus polluelos. Esto es todo lo que hacen estas pájaras cuco por sus crías, dejar que otras se lo críen, pero, ¡ojo!, sin permiso. No se trata de un pacto entre las dos partes. Los padres adoptivos lo son, pero sin saberlo.

Me parece asombroso. Pero lo de la cría es escalofriante: nada más nacer y aún ciega, con tan solo tres gramos de peso, comienza a limpiar el nido utilizando su trasero y expulsa del nido al resto de huevos o crías recién nacidas hasta quedarse ella sola. Nada más nacer, la cría del cuco, sabiendo que no cuenta con el apoyo de sus padres para ser alimentada y criada, se ha convertido en una dura y calculadora asesina. Ha matado al resto de las crías para asegurarse todo el alimento y atención de los nuevos padres adoptivos. No piensa compartir absolutamente

nada con nadie.

Entiendo que si ya antes de nacer piensan en abandonarte, eso debe causarte una sensación de pura supervivencia.

Hay un proverbio sobre los cucos que dice: «Quien lleva dinero encima al escuchar el canto del cuco dispondrá de él durante todo el año». Curioso, siempre se le relaciona con dinero.

¿No te ha parecido fascinante?

Te he querido contar esto porque en páginas anteriores he dicho que a toda madre se le supone el amor por sus hijos, como a los soldados, el valor cuando les daban la cartilla de la mili. Puesto que no habían entrado en acción de guerra, en la casilla referente al valor decía así: «Valor: se le supone».

Está muy bien, pero cuando una pájara cuco (y ahora me refiero a las humanas, de ahí que me guste llamarlas así: pájaras...) deja sus hijos a

cargo de los abuelos, poco a poco y como quien no quiere la cosa, lo que empezó siendo algo maravilloso para los abuelos, estar con sus nietos, acaba convirtiéndose en una obligación.

A estas pájaras cuco hay que cuestionarles el amor que sienten por sus hijos y, por supuesto, también el amor por sus padres. Porque a estos abuelos nadie les pregunta por sus necesidades, deseos e inquietudes: si quieren jugar una partida de cartas con sus amigos, si han decidido hacer deporte junto con las otras compañeras de su edad, si les gusta ver los telediarios en vez de Bob Esponja... Como estas pájaras Cuco ya hemos quedado en que son muy listas, además, a sus padres siempre les lloran por lo desgraciadas que son.

¡Abuelos, despertad de una vez!

Los hijos son de ellas, así que los críen ellas, que son las que decidieron traerlos a este mundo. Ya no se le obliga a ninguna mujer a quedarse embarazada. Ustedes ya criaron a los suyos.

Ahora, a disfrutar del la vida. Si lo siguen haciendo ustedes, ellas no necesitarán hacer bien las cosas porque ya les tienen a ustedes para solucionárselo todo. No permitan que surja otro parásito para la sociedad: «Pongo el huevo y que otros me lo críen». Ayudar es una cosa; criar, otra bien distinta. Ustedes creen que las están ayudando, pero ¿y los niños (los nietos)? Ustedes ya no tienen ni la fuerza ni la paciencia ni las ganas para criarlos durante las 24 horas los 365 días del año. Y aunque la tuvieran, siento decirles que eso ya no les corresponde. Si ella, la pájara cuco, no contara tanto con su apoyo, seguro que habría intentado hacer mejor las cosas con el padre de sus hijos. Seguro que querría compartirlos con él, pues ella también reclamaría tiempo para sí misma.

Porque ya hemos visto que de pasión maternal esta señora en concreto no anda sobrada. Pero como están ustedes, no necesita llegar a ningún acuerdo con nadie, puesto que ella entra y sale

cuando quiere, ya que la responsabilidad de criar a sus hijos se la ha transferido a los abuelos. Lo peor es que ustedes, sin saberlo, han contribuido a que sus nietos no tengan padre. Si ella no tiene instinto maternal, quizá tengamos la suerte de que él sí tenga instinto paternal. Si es así, el padre tiene sus derechos. ¿Se los van ustedes a negar?

¡Ánimo, abuelos, al gimnasio!

Verán cómo así les respetan y les admiran más sus nietos.

Estos dirán: «¡Qué jóvenes y felices están siempre mis abuelos!». De paso, su hija que intente ser lo que tiene que ser: una madre de verdad, no solo una progenitora.

Estas pájaras cuco se criaron con Heidi, y como les debió gustar mucho la serie de dibujos animados y vieron que Heidi estaba encantada con su abuelo, han decidido que sus hijos se críen también así, felices con los suyos. Se les ha debido olvidar que Heidi era huérfana.

¿Quién no conoce a alguna pájara cuco?

Que las parejas se separen nada tiene que ver con esclavizar a unos abuelos. Por eso hay que tener muy claro si queremos tener hijos o queremos ser madres.

Cuando oigo a alguien decir: «Es que a mi abuela la quería como una madre», no puedo evitar pensar: «Mal asunto... Esta persona no tuvo a la madre todo el tiempo que hubiera querido o como la hubiera querido». Porque quien ha tenido una madre de verdad haciendo la función como tal sabe que eso es imposible. A la abuela se la quiere con ternura también, pero, como todos los amores, es diferente. Mi abuela era mi abuelita; mi madre era mi mamá. Lástima que ya no pueda utilizar esta palabra para llamarla.

En cierta ocasión, volviendo de recoger a mis hijos del colegio cuando aún eran pequeños, mi hijo me preguntó: «¿Mamá, te puedo llamar por tu nombre? Es que un amigo mío llama a su madre por su nombre». Mi hija mayor le respondió: «¡Ah, sí!, yo también conozco a una», y la pequeña dijo:



«¡Yo también!».

Permanecí callada un rato.

«¿Por qué no contestas mamá?», me preguntaron al unísono. Respondí: «Todas las personas que hay en el mundo, y os aseguro que son miles de millones, a excepción de tres, me pueden llamar por mi nombre, pero solo esas tres personas me pueden llamar mamá, y sois vosotros. ¿Qué interés podríais tener en llamarme como el resto de las personas? Yo solo podía utilizar esta palabra para llamar a una única persona en el mundo, y ya no puedo hacerlo».

Se quedaron callados durante un ratito, imagino que pensando en su abuelita, que era mi madre, y me dijeron que jamás me llamarían por mi nombre. Además se lo iban a decir a sus amigos para que pensaran que esa palabra estaba creada para utilizarla con una única persona del mundo.

Quiero añadir que lo mismo ocurre con la palabra *papá*.

Antes he hablado de abuelos que metían cizaña en un matrimonio. Esos abuelos si hacían eso creyendo que así ayudaban a su hija, estaban equivocados. Si no les gusta el yerno, mala suerte. No es a ellos a quienes les debe gustar. La buena madre debe aconsejar a su hija, pero una cosa es aconsejar y otra muy distinta, creerse Dios para ella. La cizaña (esa mala hierba) nunca es buena para nada. Los consejos, lecciones, sugerencias... son una cosa, pero querer crear discordia donde no la hay es otra: un atropello a la armonía.

Abuelos, ser padres se es siempre, mientras se viva. Aunque sus hijos sean maduros y peinen canas, ustedes siempre seguirán siendo sus padres y tendrán la obligación de ser sus educadores. Por eso, de la misma forma y con la misma autoridad que ustedes no les permitieron a sus hijos que metieran los dedos en los enchufes cuando eran niños, y del mismo modo que les obligaron a que se pincharan en el culete para evitarles enfermedades, si ahora alguno de sus hijos, por

muy maduro que sea, saben ustedes que va camino del descarrilamiento, deben decirle que siempre contarán con el apoyo de ustedes dos, pero que no le permitirán que haga daño a sus nietos, porque además, de rebote, se harán daño a ustedes mismos.

Los padres siempre deben advertir. Siempre.

# 10

## Los medios de comunicación

A algunas televisiones y medios de comunicación les diría que aunque ganar dinero es el propósito de toda empresa, ¿todo vale para ganar dinero?

Sabéis que muchos niños carecen de padres, que solo tienen progenitores, y es con esos niños y adolescentes con los que jugáis, a costa de los que os enriquecéis. Y a los gobiernos, a los responsables y a las demás cadenas, les diría que solo ayudamos a estas nuevas generaciones si les explicamos el mal que ocasionan todas estas mentiras, chismes y maldades. Si no lo hacemos, nos habremos convertido en unos acomplexados cobardes, que no tenemos el valor de llamar a las cosas por su nombre. Cuando una mujer dice en televisión algo como: «El padre de mi hija no la

quiere», hay que atreverse a decirle de forma directa que eso no lo puede saber ni ella ni nadie. Eso solo lo puede saber él, su padre, al cual habría que preguntarle.

Además, hay que preguntarle si ella como madre considera que esas declaraciones públicas benefician a su hija. ¿Por qué no se lo preguntan?

Ojalá yo tuviera la oportunidad de preguntar a estas mujeres:

- ¿En qué beneficia a su hija diciéndole que su padre no la quiere?
- ¿Siente que su hija es más feliz ahora que usted se lo ha hecho saber?
- ¿Cree que si el padre también la quiere, haría infeliz a su hija?
- Si su hija alguna vez descubre que le ha mentado y que su padre sí la quiere, ¿qué hará usted? ¿Cómo restaurará tanto sufrimiento?
- ¿Posee usted algún poder divino para

saber con certeza lo que siente ese hombre por su hija?

No le hacéis estas preguntas porque ya sabéis que no hay nada en el mundo que justifique poder decirle a un niño que su padre no lo quiere. Y menos públicamente.

No se las hacéis porque estáis muertos de miedo por si os llaman machistas a todos los que trabajáis en ese medio. Os da miedo la opinión de todos y por todo.

Si sois incapaces de romper una lanza por los niños en edad de formación, no merecéis vuestro puesto de trabajo. Hay que ser bobos para pensar que no son los vuestros contra los que se atenta. A todos los niños los debemos proteger los adultos, sean nuestros o no. Además, son los niños que comparten la vida con los vuestros, con los nuestros, con los de todos. Son los que educarán a los hijos del mañana.

Vosotros sabéis mejor que nadie que una

imagen vale más que mil palabras, y ver llorar a una mujer en público es terrible para cualquier persona que tenga corazón. Pero a mí me preocupa más lo que no veo. ¿Y los niños? Ellos no pueden llorar en televisión, ¿verdad? Vosotros lo sabéis. Ellos son los que a mí me preocupan, los que no se pueden defender porque son menores.

Menos mal que hay una ley que prohíbe *traficar* con las imágenes de los niños. Es una lástima que esa misma ley no prohíba hacerlo con sus sentimientos.

Cuando alguien dice estas cosas públicamente, nos debe dar igual si es hombre o mujer quien se lo recrimine. Está mal, y eso es lo que hay que decir.

¿En qué bando estáis vosotros? ¿En el que enciende las cámaras de gas o en el otro? En los medios de comunicación no hay más sitios donde posicionarse: o estáis en el bando que defiende las injusticias o en el que las denuncia.

Somos todos iguales en derechos y

obligaciones, así que, por favor, no quitéis eso a nuestros hijos, a vuestros hijos. Mi hijo debe tener los mismos derechos y obligaciones que mis hijas, y mis hijas, los mismos derechos y obligaciones que su hermano, porque esto ya se consiguió en el pasado.

Si no lanzáis bien este mensaje, estaremos igual que antes. Habremos intercambiado el género del agresor. Unos golpean físicamente y otras, psicológicamente, pero la víctima seguirá siendo la misma: el menor y el indefenso.

Defendisteis lo que se suponía que eran mujeres indefensas llorando en televisión, dando una pena terrible a cualquiera que no pueda ver llorar a un ser humano. Pero a esas víctimas iniciales las habéis convertido en agresoras tiranas para todo aquel que se atreva a cuestionarlas. Ni estaban tan indefensas, puesto que el mal de amores forma parte de la vida, ni son verdaderas madres, que es como las habéis llamado.

Pido —suplico— que me ayudéis a



concienciar a todo el mundo de que nadie, absolutamente nadie en el mundo, tiene derecho a decirle a un niño que no es amado por su padre.

Hay padres y progenitores. ¡No es lo mismo. No!, como dice la canción. También hay periodistas y alcahuetes. ¡No es lo mismo. No! De estos últimos hay más de los que quisieran los verdaderos periodistas, solo que ahora poseen título. Pero de éstos y como éstos, hay cuatro en cada pueblo, en cada manzana y, si te descuidas, en cada edificio. Informar es una cosa; alcahuetear, otra. ¡No es lo mismo. No!

Aprovechando, también quiero hacer una clara diferencia entre maestros y maestrillos, que tampoco son lo mismo. Los maestros no solo nos forman académicamente, sino que también nos forman como personas, y esto es doblemente enriquecedor. Son éstos (mis amados y respetados maestros) los que también se quejan de que hay demasiados asalariados a los que se les olvida que su profesión es enseñar y educar: hacer crecer a

los niños, a las personas.

# 11

## La custodia

Si de verdad toda la sociedad tuviera sentido común, la mitad de las leyes no harían falta.

- No sería necesaria una ley que obligue a los padres a que lleven a sus hijos con cinturón de seguridad, bajo la amenaza de multa.
- No serían necesarias las campañas de control de alcoholemia.
- Ni sería obligatoria la enseñanza.
- Ni...

Cuando se hacen las leyes, se hacen partiendo de que no todas las personas tienen valores, empatía y sentido común. Es por ello que, para beneficio de toda la sociedad, se redactan leyes que impongan el bien común. Si no, cada uno buscaría única y exclusivamente su propio

beneficio.

La ley de custodia compartida no haría falta si tuviésemos esa empatía con los niños, con esos padres que ya sabemos que son necesarios para el desarrollo emocional de los hijos. No sería obligatoria si cada padre y madre tuviera claro que sus hijos están por encima de sus caprichos, necesidades y rencores.

Si la ley castiga, afortunadamente, a los agresores físicos, ¿por qué no castiga a las mujeres que violan los derechos de un adulto y un niño? ¿Porque son mujeres?

Yo soy mujer, y quiero que la ley me juzgue como persona, no como mujer. Porque si no es así, ¿cómo podré explicar a mis hijos que somos todos iguales ante la ley? ¿Es una utopía? ¿Es una ilusión?

¿No vamos a hacer nada? ¿Vamos a permitir que tantos niños se queden desamparados?

La ley no es sinónimo de justicia. Si hubiera justicia en el mundo, no existiría ni un solo niño

que muriera de hambre o por falta de la valentía de unos adultos que no quisieron protegerlo.

Sé que algunos y algunas no se merecen esos hijos, pero ya hemos quedado en que si tú eres su padre o su madre, no debes ser quien se lo digas. Tarde o temprano descubrirán ellos mismos quiénes son en realidad, pero a ti solo podrá darte las gracias por haber sido una buena madre o un buen padre que jamás le hizo sentir rencor, odio o el sentimiento de no ser querido.

También sé que tiene que ser duro, porque está claro que si os separasteis, la convivencia no sería maravillosa. Pero anteponéis la felicidad, identidad y autoestima de vuestros hijos, porque un día decidisteis ser unos verdaderos padres y no solo tener hijos.

Para beneficio de todos tenemos que conseguir:

1. Que una mujer no pueda obligar a otro ser humano a hacerse responsable de sus

decisiones (las de ella). Ya sabemos que eso desampara al hijo —tiene progenitor, pero no padre— y al progenitor —ha sido violado su derecho a elegir—.

2. Que si lo hace, mientras llegue la nueva ley, que sea el *engañado* quien decida si se hará cargo económicamente de su hijo. Pero siempre con derecho a ser padre en igualdad de condiciones que ella, puesto que solo ella pudo decidir si lo iba a tener o no.
3. Que cuando unos adultos decidan ser padres (los dos), lo sean en igualdad de derechos y obligaciones.

Para tenerlo claro y evitar que lleguen los chantajes, tanto el padre como la madre deben firmar un contrato en el que quede explicitada la custodia compartida, y que los dos se responsabilicen porque así lo decidieron.

¿Tanto extraña esto? ¿No creéis que se acabarían los engaños, los chantajes y la tiranía?

Firmamos contratos para decir que nos amamos. ¿De verdad que por firmar un documento me aseguro de que mi pareja, la persona a la cual amo, me va a querer toda la vida?

Si hacemos eso como prueba de amor, ¿por qué no hacerlo con algo mucho más importante: la protección de nuestros futuros hijos?

Nos casamos y nos cubrimos las espaldas por si acaso. Por ejemplo, con la separación de bienes. Lo decidimos todo, lo dejamos bien atado y lo firmamos. Sin embargo, esta decisión —la más importante—, no. Queda al libre albedrío.

Si esta cuestión tan importante se zanjara desde el principio, los niños dejarían de ser un arma arrojadiza. Si los dos miembros de la pareja tienen claro desde antes de nacer el niño que éste no les va a pertenecer, pero que sí serán responsables de él en igual grado, se acabaría la tiranía habitual. Ésta es la mejor prevención que podemos hacer para las nuevas generaciones. La mejor enseñanza siempre es la información y la

prevención. Tenéis la posibilidad de elegir lo que queráis, es vuestro derecho, pero ya sabéis que también hay responsabilidades y obligaciones.

Sé que hay ciertas reticencias a la custodia compartida, pero creo firmemente que las chicas listas, las egoístas y las que confunden ser madre de un hijo con ser dueña de él, si desde el principio supieran que el hijo nunca les va a pertenecer y no va a haber abuso económico ni padre al que maltratar psicológicamente, otro gallo cantaría...

A los gobernantes quiero hacerles esta reflexión: imaginemos un país donde los ciudadanos contribuyesen con sus impuestos a que se pagasen los hospitales, carreteras, universidades, teatros, centros culturales, infraestructuras ferroviarias, puertos, puentes..., pero que no tuvieran derecho a disfrutarlos. ¿Os lo imagináis?

Imaginemos también que fueran esos ciudadanos los que los diseñasen, porque creyeran



que realmente son necesarios, porque sueñan con ese proyecto de compartirlo, y una vez que los hubieran diseñado, no se les dejase construirlos, ni tan siquiera acercarse a ver ese proyecto para poder asegurarse de que todo va como lo concibieron. ¿Os lo imagináis?

Sí, creo que sí, a eso se le llamaría dictadura. Aportamos todos pero lo disfrutan unos pocos. Qué curioso, igual que pasa en muchas casas de parejas separadas, en las que hay hijos y dos personas los mantienen, pero hay solo una que puede disfrutar de esos hijos, decidir su educación y cómo se construye a esas personitas, incluso deciden a quién deben amar y a quién odiar. La casa también la disfrutan solo algunos, claro. El otro, con un poco de suerte, se puede permitir el lujo de observar desde lejos. Pero eso sí, que no se olvide de pagar...

Señores gobernantes, pónganse las pilas en esto. Si la decisión de traer hijos al mundo la toma solo uno, que se haga cargo ese uno. Pero si la

decisión la toman los dos, las obligaciones y derechos también deben ser de los dos. Lo contrario es una dictadura y una violación de los derechos humanos, tanto del niño como del adulto relegado y la familia de éste.

Aprovecho para mostrar todo mi apoyo a las comunidades que están luchando por esto y a las que ya lo han conseguido, aunque queda mucho camino por recorrer.

Estas listillas, ahora que se ha conseguido la custodia en algunas comunidades, se quejan. Dicen que no es muy buena idea, pues tendrán ellas que alquilar una casa para vivir y cargar a medias también con los gastos de la casa de sus hijos. Por lo visto, esto no se les había ocurrido antes. Ellos llevan años haciéndolo. ¿No se habían dado cuenta de que ellos tenían que pagar también otro sitio donde vivir? Tienen el mismo derecho a educar a sus hijos que ellas, ¿no? ¿No lo habían pensado?

A las nombradas falsas feministas, quiero decirles que la igualdad no consiste en conseguir

por sistema la custodia de los hijos en favor de la madre. Cuando la solicitáis por sistema, por ley, estáis dando por hecho que el hombre no es competente en el cuidado y crianza de sus hijos. Si afirmáis esto, ¿dónde está la igualdad? ¿A qué siglo queréis que retrocedamos?

Soy consciente de que esto es solo un remiendo para los niños que ya están aquí, para los que han llegado en circunstancias llenas de ambición, falta de responsabilidad y violaciones a hombres que no querían ser progenitores, y mucho menos padres. Cuando esto sea vigente en todas las comunidades, estoy segura de que se acabarán las chicas listas, porque tendrán claro que los hijos son la mayor decisión de sus vidas.

A los que ya lo han sufrido, os pido perdón. A todos: niños, padres, abuelos, primos, tíos, amigos, educadores, jueces... Perdón de todo corazón.

Que nunca más haya niños *granada*, aquellos que siempre están a punto de estallar.

A los padres que no les dejan serlo les digo  
que jamás tiren la toalla. ¡Jamás!

La verdad siempre prevalece.

# 12

## La autocrítica

From:

mehadichomamaSgmail.com

To:

anna1999@mailito.com

Hola, Anna:

Espero que te hayan servido de ayuda todos los mensajes que te he ido enviando...

Adjunto uno que escribí hace unos meses, mientras estaba sentada en la cafetería en la que

sabes que me gusta escribir, y tuve la grandísima suerte de que se sentaran en la mesa de al lado unas cuantas mujeres que eran la alegría de vivir. Si una decía que era desgraciada, la otra, además de apoyarla, le contaba su historia, que era aún peor, más trágica. No dejaron títere con cabeza. Mientras las oía, me dieron ganas de reírme a carcajadas, para comprobar si recordaban lo que era reír y ver si les

podía contagiar mi  
risa. Eran todas de  
mi generación. Esa  
generación perdida de  
padres. Ha sido la  
generación más  
prolífica de  
progenitores. De ahí  
que haya tantos y  
tantos niños  
sufriendo la falta de  
educación.

Bla-bla-bla...

Un besito. Mamen.

Nos olvidamos de que la vida no es estar pendiente de los demás. La vida es como una obra de teatro: unos la representan y otros son espectadores. Esta frase no sé de quién es, pero es magnífica.

La gente que ves verdaderamente feliz es gente que vive su vida, sabiendo que hay oportunidades que no se vuelven a presentar. Estas personas aportan felicidad a cuantos les rodean: hijos, pareja, compañeros, padres... Respetan todo y a todos los que le rodean, pero también protestan cuando tienen una causa justa que defender. No son gente acomplejada. Son gente con coraje, sensible, pero no sensiblera, que no es ni parecido.

En cambio, quienes no viven su vida tienen que conformarse con chismorrear sobre la de los demás, porque les falta valor para vivir la suya propia. Son incapaces de arriesgar nada; no respetan nada ni a nadie. Ni siquiera a la vida que le regalaron sus padres, a las personas que les rodean o a las personas que les quieren.

Odian al que está feliz. Ponen mil excusas a su felicidad.

Si te sientes identificado con esa gente que se queja de que no tener suerte en la vida, ¿qué tal te vendría un poquito de autocritica? ¿Qué te parece



un poquito de valentía para seguir leyendo?

¿No has tenido suerte con la pareja? ¡Vaya por dios! Sin embargo, ¿sigues con ella? ¡Vaya por dios! Te merecías otra pareja, ¿a que sí? Pero, claro, para intentar mejorar las cosas tuviste hijos, ¿a que sí? Y qué lástima, la cosa empeoró con él, ¿verdad que sí? Porque ahora se fija en otras a quienes no se les ha estropeado tanto el cuerpo y tienen más tiempo que tú para arreglarse; porque tú siempre estás atareada y de mal humor porque no tienes ayuda, ¿a que sí? Además, casi todas las que tienen hijos y están estupendas lo están porque se han hecho operaciones de estética, ¿verdad? Además, a ti no te quedan ganas de arreglarte, porque ¿para qué, si la vida es patética?

Solo te entienden las que, como tú, han tenido mala suerte, ¿a que sí?

Sí, es verdad, solo te pueden entender ellas.

No entiendo que siguieras con una relación que considerabas que no era buena para ti, pero deduzco que pensarías: «La vida no es perfecta, y

ya que estoy con éste, pues este mismo. ¡Qué más da!»». Sin embargo, lo que mal empieza mal acaba.

Todo hay que lucharlo; eso, lo primero. Para mí es muy importante que la gente que me rodea cuente con muchos valores. Si he de vivir mi vida con alguien, al menos espero que tenga cualidades que me hagan feliz, porque yo necesito hacer feliz a quien tengo al lado. Si esa persona no vale la pena, lo siento; no me gusta perder el tiempo. Y en vez de luchar por encontrar a la persona adecuada, ¿preferiste rendirte al primero que te dio la oportunidad?

Las personas como tú no hacen felices a nadie, porque lo que poco cuesta poco se valora. Además, no te has parado a pensar que esa persona, si tú no le hubieras hecho perder el tiempo, tal vez estaría con otra que sí lo haría feliz.

Encima tienes hijos porque sí, como los tiene todo el mundo. Pero claro, como lo has hecho sin pasión, ahora arrastras a toda la familia a la

desgana y a la apatía. ¡Pobres niños! Tu marido por lo menos se puede divorciar, pero ¿y los niños? ¿Tendrán que aguantar tus frustraciones de por vida? Como vas tan agobiada de casa al trabajo y del trabajo a casa, ni te arreglas y acusas a tu pareja de que mira a otras mujeres. Y yo me pregunto, ¿por qué no lo puede hacer? Cuando criticas junto con tus amigas a esas que dices que han tenido suerte, realmente criticas a personas luchadoras, no como tú. Si van siempre arregladas es porque se levantan antes que tú. Si están siempre contentas es porque se esfuerzan en ello, motivándose diariamente. Si se mantienen en forma es porque se lo trabajan todos los días, aunque se tengan que levantar una hora antes para caminar o ir al gimnasio a la hora de la comida, mientras tú estás de bisbiseo con el cafecito. No critiques a la que cada día se esfuerza para estar bien, primero para su satisfacción personal y, de rebote, para los suyos. Además, ésta es la única manera de la cual disponemos para hacer feliz a

los demás. Si no estás orgullosa de ti, ¿cómo vas a hacer feliz a alguien? Otra pregunta: ¿por qué querría alguien hacerte feliz? ¿Le has dado algún motivo? ¿O el motivo es simplemente que tiene la obligación de hacerlo? ¿Por qué?, ¿porque se casó contigo? ¿Y tú?, ¿no tienes la misma obligación con él? ¿Tan brillante has sido para los tuyos? ¿Nada tienes que reprocharte? ¿Les aportas cada día inyecciones de felicidad y orgullo? Permíteme que añada lo que más me ha sorprendido siempre, a algunas hasta las he oído, cuando quieren conseguir algo de sus parejas. Cómo les cuentan a sus amigas que se prepare a no tener sexo en una temporada, hasta que consiga lo que quiere... Siempre pienso: «Realmente Dios las cría y ellas se juntan». ¿De verdad eso se utiliza como un castigo? ¿De verdad un hombre se deja humillar con eso? ¿De verdad se le puede faltar el respeto así a la persona amada?

Una pareja no debe tener precio. Sin embargo, sí se lo pones. ¿Sabes lo que le diría a tu pareja?

Que ya que paga, se guarde de que la elegida sea espectacular; seguro que le sale más económica que tú...

Es imposible que llegues a casa con alegría si piensas —o sabes— que te vas a encontrar la rutina de siempre. Que la persona que está esperándote no tiene ningún valor especial. ¿Por qué no lo pudiste solucionar en su momento? Habría bastado con ser sincera y decir: «Lo siento, pero no eres para mí. Te haría infeliz, créeme. Y yo necesito hacer feliz a quien me rodea. Para eso, necesito amar, no solo que me amen».

Si crees que operándote vas a tener la elegancia de Isabel Preysler, ¿a qué estás esperando? Yo no lo dudaría ni un segundo. Pero, ¿dónde se opera la elegancia? No seas absurda. Nadie te exige que seas así. Solo te piden que no le amargues la existencia a los que te rodean. Nadie ha diseñado tu vida, lo has hecho tú solita. Conozco mujeres sin dinero y a quienes el físico no acompaña, y sin embargo son guapísimas y

hacen que todo lo que les rodea brille.

Será por eso que todo el mundo quiere estar con ellas. Me refiero a esas mujeres que te alegra que se incorporen a la reunión, porque sabes que de un momento a otro te van a hacer reír o a darte el mejor consejo del mundo. Me refiero a esas mujeres que no permiten un chisme en su presencia, que por cierto, ¿qué chisme hay que sea bueno, qué sea constructivo? Ninguno. Dicen que es el alimento de la sociedad y pregunto: «¿De cuál? De esa que todo lo ve negativo ¿de esa que ríe con el mal ajeno...?».

Si te equivocaste, rectifica, pero no le echés la culpa a todo el mundo.

Te separas y asumes las consecuencias. Con todo el cariño del mundo te lo digo: para que tus hijos puedan disfrutar de una madre con proyectos y alegría, intenta no volver a estropearle la vida a nadie.

Haz el esfuerzo; te prometo que merecerá la pena. Nunca te acuestes sin mirar la luna, nunca te

acuestes sin preguntarles a tus hijos cómo les ha ido el día, piensa en todo lo que tienes, que es muchísimo, más de lo que la naturaleza está obligada a darte. Si tú cambias, todo cambiará a tu alrededor.

Ayuda a desterrar de la mente de las personas que los niños —tuyos o no— son cosas; no son mercancía privada. Son las madres las primeras que tienen que tener esto más claro que el agua. Los hijos quieren —necesitan— madres de verdad, y no que estas sean amigas mientras son niños. Las amigas se encuentran en la calle; la madre es única.

Querida Anna, hasta aquí lo que escribí aquel día llena de rabia hacia mí misma.

¡Qué generación, Dios mío!

No puedo contar maravillas, la verdad. La educación emocional de los niños la dejamos totalmente descuidada. Con psicólogos, sí, pero sin padres.

Lo que sigue a continuación es lo que quiero

que les cuentes a tus amigas y amigos, a toda tu generación, que sois los que nos estáis enseñando tantas cosas: a reciclar, a no fumar, a hacer deporte, a estudiar, a luchar contra la crisis, esa que también os hemos dejado en herencia.

Quiero terminar con una historia que cuando me la contó tu prima pequeña con sus propias palabras, entendí lo sencillo que puede ser la convivencia. Solo hay que pensar un poco antes de actuar. Esta historia creo que la recordará mi hija toda la vida, y yo se la debo a una gran maestra que tuvo en educación infantil.

—Mamá, hoy una niña del colé ha insultado a mi amiga y le ha dejado un agujero —me dijo.

—¿Cómo...? ¿Cómo que le ha dejado un agujero?, ¿le ha pegado? —pregunté.

—No, mamá, no le ha pegado, pero ya sabes...

—Pues no, no sé de qué me estás hablando. Como no me lo expliques mejor.



—Mi profesora nos ha dicho que cuando decimos cosas malas a otros niños, a nuestros hermanos o papás les dejamos agujeritos para siempre. Nos contó que había una vez un niño que cada vez que se enfadaba, insultaba a todo el que tenía por delante. Su ira y su rabia las proyectaba a cualquiera que le dijera algo que a él no le gustase. Pero un día se dio cuenta de que se había quedado sin amigos de esos que siempre se están riendo, de los que son felices de verdad. Se dio cuenta de que ya nadie quería jugar con él. Solo jugaba con él otro niño que también insultaba a todo el que se le acercaba, pero se aburría mucho porque nunca se reían juntos, y dejó de juntarse también con él. Esto le produjo una gran tristeza, pensó en lo triste que sería siempre su vida. Pero una cuidadora del patio se fijó en él, dándose cuenta de que aquel niño no sabía salir de aquella situación, aunque lo deseaba desesperadamente. Después de hablar un ratito con el niño, le dijo: «Si quieres volver a jugar y a reír, tendrás que

tener amigos. Sin amigos es casi imposible, y tú los has maltratado a todos ellos cada vez que les decías malas palabras con la intención de hacerles daño. Les clavaste una flecha en el corazón. ¿Ves este tablero que llevo en la mano y las flechitas que lleva? Pues así están sus corazones». El niño se quedó pensando. Cogió el tablero y vio que no sin esfuerzo había conseguido sacar dos flechas. Lejos de la desesperación preguntó: «¿Y cómo puedo quitarles las flechas? Yo no quería hacerles eso. No sabía que les hiciera tanto daño. Si lo hubiera sabido...». Y la cuidadora le dijo: «Si quieres quitarles las flechas, es muy sencillo, tan solo tienes que pedirles perdón». El niño, sin perder más tiempo, se levantó, se armó de valor y les pidió perdón a todos y cada uno de los niños a los que había hecho daño. Sin embargo, minutos más tarde se encontraba de nuevo sentado y solo en aquel patio de recreo. No lo podía entender. «Pero si ya he pedido perdón, ¿por qué ningún niño viene a jugar conmigo?», pensaba

entristecido. Y armándose de valor otra vez, se levantó y se dirigió a su cuidadora lleno de rabia y gritándole: «¡Ya les he pedido perdón y siguen sin jugar conmigo! ¡Me ha engañado!». La cuidadora, lo más dulcemente que pudo, le explicó: «Jamás te engañé. Te dije que quitarles las flechas era sencillo, y así ha sido. Todos te han perdonado. ¿No ha sido así?», le preguntó la cuidadora. «Sí, me han perdonado, ¡pero no juegan conmigo!», respondió el niño gruñendo. «Naturalmente que no quisieron jugar contigo. Mira el tablero. ¿Qué ves?», dijo la cuidadora. «Que ya no tiene flechas», contestó el niño. Pero la cuidadora le volvió a insistir: «Míralo de nuevo. ¿No ves nada en él?». A lo que el niño respondió: «Yo solo veo unos agujeros». Y la cuidadora concluyó: «Pues esos agujeros son los que ahora tendrás que rellenar en los corazones de tus amigos. Esos agujeritos son las heridas que les han dejado las flechas que tú lanzaste. Has sacado la flecha, pero queda la herida, y esto no es tan sencillo de curar.

El perdón es el comienzo, pero tendrás que trabajar duro cada día para que tus buenas acciones empiecen a sanar sus heridas y sean estas acciones los medicamentos para eliminarlas».

Ésta, querida Anna, es la historia de mi generación. Unas por lanzar esas flechas, y otras, que a sabiendas de que se estaban lanzando, no hicimos nada para evitar las heridas. Trasladada la historia que te he contado a las palabras que les hemos dicho a nuestros hijos, déjame que te diga que aunque les pidamos perdón mil veces y las heridas quedes sanadas con el perdón, siempre les quedará la cicatriz, esa que recordarán en sus primeras relaciones, discusiones amorosas, a la hora de comprometerse...

Ésta es la generación de los primeros separados y la siguiente. Nadie nos explicó las heridas que nuestra falta de sensibilidad producía. Y muchos de aquellos niños, hoy ya crecidos, nos

perdonan. Muchos, porque saben mejor que nadie el dolor que causa el hecho de ser rechazados y no quieren que nadie más sienta esa amargura, estos que, a pesar de todo, sois buena gente. Y a los que no lo son, ¿qué culpa puedo echarles? No los protegimos ni los educamos.

Te hablo de nosotras, pues ya te he explicado que somos las madres de todos. Las únicas que contamos con el privilegio a la hora de decidir. A mayor privilegio, mayores responsabilidades... Ya lo sabes cariño.

Anna, hay una cita que dice así:

*Todo nuestro descontento  
por aquello de lo que  
carecemos procede de  
nuestra falta de gratitud por  
lo que tenemos.*

Daniel Defoe

Querida Anna, por muy tentada que estés por el mal que le hagan a un ser querido, por mucho que queramos vengar su sufrimiento o el propio, nunca te lo permitas. Nunca se lo permitas a nadie si lo puedes evitar.

Diles la verdad a las de tu generación. No permitas que les mientan. Ya no son víctimas de nadie, ni de ninguna ley. Solo tienen que tener claro que sus vidas las dirigen ellas mismas. Sin complejos, pero con valores.

No se pueden permitir no amar a sus hijos.

Seréis también las madres del hijo que seguramente algún día será padre.

Nunca olvides lo que sintió Christopher Reeve: «Lo que más lamento es no poder abrazar a mis hijos. Lo que más lamento es no poder sentir el contacto físico con ellos».

Los padres de mi generación no han sufrido accidentes como el señor Reeve, lo que sí han sufrido ha sido *atropellos*. No solo ellos; también

sus hijos.

Elegid siempre a buenas personas para ser padres y madres de vuestros hijos. Será la segunda decisión más importante de vuestras vidas, y esto se lo digo a mi hijo y a mis hijas.

**Pero mucho antes que esa elección está la otra, la más importante: tener hijos no es una obligación. Que no os mientan. Ser padres sí lo es, si has traído hijos a este mundo.**

# Epílogo

Ha pasado un año desde que terminé de escribir lo que tú estás leyendo. He terminado de leerlo ahora y, ¿sabes que leo y no me reconozco? Te explicaré el porqué: al principio dije que llevo años escribiendo relatos y que nunca se los enseñé a nadie. Estos relatos siempre estaban llenos de ilusiones, de proyectos para mi vida futura y anécdotas de mis hijos. De cómo les había ido en el colé, lo que pensaba de un profesor o de otro, de cómo desearía que les fuera en la vida, de cómo habían superado el cambio de colegio... En fin, de todas esas cosas que pensamos las madres a diario, y que algunas como yo además lo escriben.

No me reconozco porque en muchas páginas se me nota muy enfadada. Esto es debido a que imaginaba que nadie lo leería. Pero si realmente alguien va a leer esto, como lo estás leyendo tú, quiero dejarte claro que para nada soy una persona



que esté enfadada. Sé que lo ha parecido, y es que en esos momentos lo estaba. Lo estaba porque me obligué a mí misma a ver los programas que nunca veía, precisamente para ver qué tipo de información estaba recibiendo la sociedad en esos momentos, el porqué de que tantos niños estuvieran yendo a las consultas de los psicólogos, el porqué de que tantas madres estuvieran enrabiadas, el porqué de que tantos padres estuvieran deprimidos... Intenté ver los programas de máxima audiencia. De ahí nació mi enfado.

Pero ahora que ya han pasado unos meses y he conseguido desintoxicarme, he vuelto a mi estado natural; es decir, a saber que la gente tiene todo el derecho del mundo a ver lo que quiera. He conseguido en mí desgranar dos pensamientos con sus dos sentimientos correspondientes.

La primera conclusión es que si consiguieron que hablara en un tono enfadado —incluso a veces lleno de rabia hacia ese sector de mujeres que, a mi entender, causan estragos en la salud mental y

sentimental de sus hijos—, si consiguieron esto en mí, que tengo mi personalidad formada, si consiguieron irritarme hasta ese punto, ¿qué no ocurrirá en las personitas que están en edad de formarse? El primer sentimiento, sin duda, ha sido de tristeza. La tristeza de saber que hay jóvenes que están creciendo con esa avalancha de información llena de odio, envidias y críticas poco constructivas. Nada de lo que oigan en ese tono les hará crecer sanos emocionalmente. No los informan, sino que los llenan de chismes. Les declaran la guerra de sexos.

La segunda conclusión ha sido agradecimiento. Gracias, Dios mío, por hacerme consciente del mayor problema que tenemos hoy en día: la carencia de valores humanos. El respeto a los demás, la alegría, la afectividad, el esfuerzo por las cosas bien hechas y un largo etcétera. El segundo sentimiento ha sido de alegría, y te lo digo de todo corazón, porque ahora sé que cuando oigo algo en ese tono agrio, vulgar, deprimente,

humillante... simplemente renuncio a escucharlo sin más. Porque ese tono que emplean en muchos medios de comunicación me ha hecho sentirme mal y no me enseña nada. Estoy convencida de que cada vez hay más personas que aborrecen ese tipo de programas.

Solo me han hecho sentirme bien las personas que nos ayudan a ser mejor persona. Son estas personas a las que se debe escuchar.

Estas personas nos darán los buenos días porque de verdad nos desean que pasemos un buen día.

Nos dirán «No te preocupes. Vamos a intentar solucionarlo juntos. Yo te echaré una mano», porque de verdad tienen el deseo de ayudarnos.

Nos dirán «Es verdad que la madre que haga eso no está ayudando a su hijo, pero no debemos olvidar que tampoco ella lo debe de estar pasando bien, porque si después de tantos años sigue odiando al padre de sus hijos, será porque aún no lo ha superado, por eso no es feliz. Está enferma

de odio, y ésta es una enfermedad contagiosa que mata silenciosamente. Por eso necesita ayuda urgente, y si se la prestamos, la solución será posible».

Lo voy a intentar cada día. Ayudaré a que se despojen de cualquier odio, que se olviden de lo que hace o deja de hacer el vecino, de si él lo hizo bien o mal, que piensen en lo que realmente les hace felices y que ayuden a que los demás hagan lo mismo.

Si pienso en personas realmente felices, veo que todas tienen el mismo denominador común: siempre están dispuestas a ayudarte si las necesitas, a hacer partícipes a los demás de su felicidad, de su positivismo. Nunca dicen no a una buena causa.

Nunca he visto a una persona feliz hacer daño a alguien, y menos a un niño.

Que en el nombre de la palabra *madre*, no volvamos nunca a cometer ningún atropello, porque los hombres son también nuestros hijos.

He comenzado mi andadura. ¿Me acompañas?

P. D.: en los años de bonanza, en los que se supone que más felicidad nos dieron, surgió la generación de niños más faltos de afectividad de la historia. Con muchas cosas materiales, pero niños muy pobres.

# Agradecimientos

Llegó el momento de los agradecimientos. Dicen que es de bien nacido ser agradecido; yo también lo creo. Por eso quiero agradecerles a las siguientes personas que el sueño de publicar este libro se haya cumplido.

A mi querido Casimiro Bodelón, que ha dedicado su vida entera a la educación y formación emocional de los niños, intentando hacer entender a padres, profesores y compañeros, que sin duda eso es lo más importante. Lo demás llega con esfuerzo y motivación. Hombre de carácter, de los que da la cara ante instituciones, progenitores y demás que estén a cargo de la educación. Gracias, Casimiro, me has regalado tantas horas, tantas enseñanzas.

A José Antonio Madrigal, que fue quien al

oírme hablar del sufrimiento de los niños y mis mil anotaciones, me dijo: «¡Escríbelo! Escribe ese libro que llevas dentro».

A Lola, mi cuñada, que es de las personas más sabias y generosas que he conocido. Exigente, coherente y optimista. Apoyando siempre. Especialista en sacar lo positivo de cada persona.

A Antonio Pellicer, fundador del Instituto Valenciano de Infertilidad (IVI), que hizo posible la llegada a este mundo de mis hijos, mi vida. Sin ellos, no habría habido posibilidad alguna de estos escritos. Por lo tanto, formas parte de este libro. Ha conseguido reunir a los más brillantes médicos, pero además con una capacidad emocional que deslumbra a todos los que algún día llegamos allí con el deseo de traer hijos a este mundo.

A Mari Cruz Gisbert, que logró pintar el mismo niño lleno de desazón y tristeza que vi aquel día en la cafetería. A esto se le llama ser

artista. A ella le debo la portada de este libro.

A todos mis amigos. No los puedo nombrar porque somos como una Falla muy extensa. ¡Jajaja! Ellos saben por qué me río.

A mi Cotí y Ana.

A Erica y Elisa.

Al tiempo que se iba forjando este libro, se hizo una película relacionada también con la falta de atención que padecen nuestros hijos *I want to be soldier*, por la que seguiré luchando para que todos los padres puedan verla en las televisiones públicas, y algunas personas conocidas y reconocidas de este país me trataron con un gran cariño, como a una amiga y me dedicaron horas y días a pesar de sus apretadas agendas, y me ayudaron a que se difundiera.

A Carlos Herrera, que apenas bastó hablarle del sufrimiento de los niños para que me tratara



como a una antigua amiga. Carlos, tienes una empatía y generosidad abrumadora. Que todo el mundo sepa que no te atreves a competir conmigo en las paellas. ¡Jajaja!

A Rosa Forner, una mujer con una coherencia pasmosa. Cada vez que hablo con ella, me da una nueva lección. Es un pozo sin fondo a la hora de ayudar.

A Emilio Calatayud, juez de menores de Granada, gracias por sus famosas y brillantes charlas, y por ofrecerme apoyo en la película social y educativa. ¡Conseguiremos el pacto del menor!

A Arturo Canaldas, que fue Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, gracias por su apoyo a los niños y por las reuniones que me concedió.

A Óscar González, fundador de Alianza

Educativa, que seguro conseguirá hacer entender la necesaria unión entre padres y profesores. Es la única vía para la buena educación.

Y, cómo no, a la Fundación Filia y a las asociaciones de custodia compartida, que no paran de informarnos en las redes sociales. Gracias por intentar, día tras día, que se eviten más sufrimientos de niños separados de sus padres y sus madres.

A mi familia. ¡Tengo tanta suerte! Es extensa, ya lo creo.

A mis cinco hermanos: Toni, Miguel, José, Juan y Ángel. Son tan distintos y los quiero tanto... Creo que soy un poquito de cada uno de ellos, irremediablemente. A mi hermana Amparo, la única que tengo e irreplicable; te quiero.

A mis hijos: Blanca, Nacho y Marta. Me han enseñado tantas cosas; me han dado tanto... Los

quiero con el alma, con el corazón, con todo lo que se pueda querer.

A Álvaro; la palabra *gracias* no es suficiente.

Mamá..., siempre te querré. Te quiero, papá.



CARMEN SERRANO (Valencia, España). Carmen Serrano, casada y madre de tres hijos, nació en Valencia en el seno de una familia de siete hermanos. Desde joven, percibió la importancia de que los niños obtengan una buena educación emocional para su crecimiento personal, social, profesional y, por supuesto, como futuros padres.

Después de años de investigación y crecimiento en este tema tan complejo, se aventuró a plasmar en

un libro sus observaciones, vivencias y reflexiones.

Está orgullosa y agradecida por haber aprendido de los mejores psicólogos, abogados, y maestros. Grandes profesionales en educación emocional que la han avalado y ayudado a convertirse, a día de hoy, en una experta capaz de trasladar a la gente los asuntos más espinosos con un lenguaje próximo. Comunicación accesible a todo el mundo, sin barreras a causa de la edad o creencias políticas y religiosas.